

PAOLO SORTINO

---

*Elisabeth*



---

ANAGRAMA  
Panorama de narrativas

## Índice

PORTADA

ADVERTENCIA

1. JOSEF

2. LA CUERDA

3. AQUÍ MANDAS TÚ

4. KERSTIN

5. STEFAN

6. LISA

7. MONIKA

8. ALEXANDER Y MICHAEL

9. EL INVIERNO MÁS CÁLIDO

10. FELIX

11. LOS SECRETOS SON SUEÑOS REALIZADOS

CRÉDITOS

## ADVERTENCIA

Aunque la mayor parte de los personajes, lugares y hechos narrados son reales, esta novela es una obra de ficción hasta en los menores detalles. Las referencias onomásticas, topográficas e históricas que coinciden con la realidad responden a la exigencia de construir en torno al dramático suceso en el que me inspiro un esquema útil para contar experiencias universales.

Entre posibilidad y elección se mueve fluctuante la total libertad de *mi* Elisabeth y de los demás personajes, a los que he inventado una vida que no quiere ser ni mejor ni peor que la real, sino sólo posible. Por eso, y aunque el relato presente a trechos cierta semejanza con los hechos reales, la presente obra no tiene ningún valor documental.

*Para Ricarda, que está muy triste  
porque ha sido una chica obediente*

*Año 1979, ciudad de Amstetten, capital de Baja Austria.*

*Bajo la amenaza de la guerra fría, el ciudadano Josef Fritzl obtiene los permisos necesarios para construir un búnker nuclear en el subsuelo de su casa.*

*En diciembre de 1982, es acusado de violar a dos mujeres y condenado a dieciocho meses de prisión. Al salir de la cárcel termina de construir el búnker.*

*Unas semanas después encierra en él a su hija Elisabeth.*

## 1. JOSEF

### EL VIAJE

Eran los últimos días y no lo sabía.

Ese año también acababa la escuela y daba paso al primer verano sin su padre, que por eso se presentaba luminoso. Hablaban de que se fuera con la familia de Rosvita, quien ya a principios de marzo la había invitado a acompañarla a las cortas vacaciones que sus padres pensaban pasar lejos, no sabía dónde. Desde entonces las dos amigas se miraban y se hacían guiños en clase. Reían de lo dulce que era esperar el viaje que por fin se realizaba.

De momento, pues, Elisabeth iba contenta a clase. Recuperaba un espacio aún libre que empezaba donde la casa terminaba. Aunque no estaba acostumbrada a salir, aunque tenía la impresión de que no sabría cómo hacerlo, bajaba el último escalón de la puerta dando un brinco de alegría. Se sentía bien. Lo bastante bien para querer vivir. Aún se le veían en la cara sonrisas inasibles.

Será que la juventud habla por sí misma, pero allí, en la escuela, donde, aunque callada, siempre participaba en los juegos, en las carreras, encontraba el principio de su segunda iniciación. Ahora que el padre ya no la esperaba en la verja desde antes de la hora de salir, pasaba todo el rato que podía junto a los muros que separaban las aulas de los jardines. Se acurrucaba allí, y con el calor del sol en la cara saboreaba aquellos momentos de soledad, que por fin era bella, e interminable.

A su madre le bastó leerle los ojos para contestar «Vale» a la súplica de que la dejara ir. Tenía diecisiete años y era por poco tiempo. Rosemarie sintió una emoción singular, que no supo definir, por tener que decidir sola. Su marido, hombre severo, habría montado en cólera y nunca se lo habría permitido. Rosemarie se sintió incapaz como quien, no habiendo podido nunca asumir responsabilidades, de pronto contrae algunas cuando ya es tarde y comprende que ha desperdiciado el tiempo.

–Ve y diviértete –le dijo, haciéndole una caricia torpe porque no estaba acostumbrada a acariciarla. Quiso ayudarla en la sencilla tarea de meter en la bolsa lo que debía llevarse. Cohibida, prodigó demasiados consejos y la colmó de objetos inútiles. Elisabeth casi deseaba que el equipaje estuviera mal hecho,

para poder seguir pensando en el viaje como en un acto de libertad. Le dijo que la dejara, que ya lo hacía ella y que se iría lo antes posible.

–Ya está casi todo decidido, mamá.

Cerró como pudo la bolsa y salió al jardín a esperar que sonara el claxon. Se imaginó a Rosvita bajando del coche y subiendo a la carrera los escalones de la puerta para tocar el timbre, o asomándose a la verja y llamándola por señas. Se cogerían de la mano y reirían nerviosamente. Partirían bajo un cielo que se habría despejado como adrede.

Los Adelmann sabían que el padre de Elisabeth estaba en la cárcel, aunque no sospechaban la verdadera razón. Estaban convencidos de que se debía a que había hecho negocios ilegales a cuenta de la Voest Alpine, la empresa en la que trabajaba como técnico electrónico y de la que lo despidieron a raíz de la condena. Su madre calló la verdad, ya que las violaciones por las que lo habían condenado escaparon milagrosamente al feroz chismorreó que en provincias ata al hombre a su culpa. También contribuyó la rapidez con que la prensa local cambió de tema. Sencillamente, Rosemarie lo aprovechó guardando silencio y dejando que el tiempo acabara de enterrar el asunto.

Los Adelmann consideraban a Elisabeth una chica como todas las demás, y eso hacía que su amistad fuera espontánea.

La acogerían como a una más de la familia. Se lo dirían con los ojos, como hacen las personas que se entienden, cada cual en su rol. Friedrich haría de padre, la señora Anja de madre y su querida amiga, Rosvita, de hermana. Pero mientras que para los Adelmann se trataba de llegar tranquilamente al lugar de destino, para Elisabeth era cuestión de irse como fuera.

Sonó el teléfono. Contestó Rosemarie. Dijo: «Ya, entiendo.» Alzó la vista y miró por la ventana que daba al jardín, en busca de su hija. La vio paseando como un potrillo que espera correr. Por la puertaventana le hizo señas de que fuera. Elisabeth había oído el teléfono y pensó que era una amiga. Pero había pasado mucho tiempo desde que su madre cogió el teléfono y cuando la llamó tenía una expresión extraña. Algo había ocurrido. Quizá los padres de Rosvita habían anulado el viaje, o quizá había algún problema con los documentos que se necesitaban para expedir su pasaporte, ya que era menor de edad. Esperó que no fuera así y subió los escalones de la casa arrastrando la bolsa como si llevara a un perro de la correa. No encontró a su madre y cruzó el pasillo. Asomó de la sombra la cara y los hombros. Se echó a reír al verla en el tocador, con el

pintalabios en la mano. Rió hasta que su madre, con la cara rígida como la de quien anuncia una muerte, pronunció el imposible veredicto:

–Tu padre viene para acá.

## LAS DOS AMIGAS

Se le vino el mundo encima. Sintió que se movía hacia ella esa parte de realidad que hay bajo las cosas, como la burbuja de agua de los peces predadores. Se preguntó de qué lado podía llegar su padre. Podía agarrarla por abajo, y arrastrarla hacia lo hondo como el lucio que atrapa una libélula.

Quiso huir, y al volverse tropezó con la bolsa de viaje. La cogió con la idea de llenarla de más ropa. La de invierno, que de pronto le pareció necesaria, estaba guardada en cajas en un cuarto del sótano. Se detuvo en lo alto de la escalera. Para entrar en ciertos rincones de la casa Elisabeth tenía que coger una carrerilla de fantasías: salió de sí misma, como si fuera una cámara de aire que, sacada de su envoltorio, conserva la forma. Se vio de espaldas, su cuerpo abandonado se tambaleaba, con la boca abierta, con los pies pesados. Empujó escaleras abajo aquella envoltura hueca, pero antes de que se derrumbara volvió a meterse en ella por los hombros, como si fuera un traje de buzo.

Por la escalera encendió una serie de bombillas que colgaban como ojos insomnes. Los conos de luz creaban en el techo un firmamento artificial. De pronto todo estaba allí para asustarla. De algún modo la casa era cómplice de su madre.

Al llegar abajo encendió una pequeña lámpara de neón que apenas iluminó un pasillo de muros húmedos que se dilataban formando una gruta cárstica. Si hubiera caído una moneda habría producido un eco interminable. Escrutó la profundidad atisbando en las tinieblas. Se había olvidado de las obras, de que había cavado allí obligada por su padre. Se preguntó si no habrían avanzado ellas solas, en ausencia de su progenitor. Siguió mirando la sombra como si fuera una criatura. Una ballena mágica criada en la tripa de un abismo privado.

Las cajas que buscaba estaban apiladas en la pared de enfrente. Las formas de las prendas, envueltas en plástico como en niebla quieta, semejaban bultos infernales. La luz de neón reflejada en los envoltorios se convertía en una nube difusa. Parecía que hubiera evaporado una cantidad inmensa de ópalo que saturaba el aire y alteraba las dimensiones del recinto.

Aquella especie de túnel que no llevaba a ninguna parte, aquella fosa horizontal, ahora que Elisabeth estaba de rodillas atareada con las cajas, crecía a sus espaldas como un presentimiento. Aunque vago, aunque apenas lo percibía, o quizá precisamente por eso, sentía como el soplo de un fuelle roto, de un aparato grande pero inservible, absurdo, como un frigorífico viejo que se caía a trozos.

Asustada, siguió preparando su fuga. Se dijo que dentro de unos minutos estaría fuera. Su padre le tendía la mano a través de aquel vacío opresivo, pero ella huiría tan veloz, que dejaría atrás la imagen de sí misma en los brazos de su padre.

Instantes después, sin embargo, ya no le pareció tan fácil huir. Los obstáculos que Josef le había puesto siempre por delante –horas prohibidas, prendas reprobadas, celos estaban transformándose en muros mentales. Pensó que preparar una fuga definitiva requería más tiempo. Tiempo que no acudía en su ayuda. Ella y su adolescencia eran dos amigas obligadas a jugar en un jardín de cemento. Empezaba una cuenta frenética para decidir cuál de las dos saltaría el muro y cuál se limitaría a poner el hombro. Se apresuró a coger la ropa preguntándose: «¿Qué pasaría si mi padre viniera ahora, en este momento?»

La imaginación ya no bastaba. Se esforzó por figurarse a su padre de vuelta. Así podía mirarlo sin tener que bajar los ojos. A la sensación de estar perdiendo tiempo se unía la urgencia de mirar alrededor en busca de algún objeto con el que defenderse si su padre, efectivamente, entraba en ese momento. Aquella escena que soñaba rápidamente despierta para evitar el dolor más grande, se impuso a la realidad y la paralizó. Estuvo largo rato con la cabeza gacha, mirando fijamente el suelo por el círculo que formaban sus rodillas, como quien ha olvidado lo que estaba haciendo pero sabe que era algo muy importante y urgente.

La sobresaltó la voz de su madre, que la llamaba como si estuviera en un pozo. Se agarró a ella como a una cuerda.

Rosemarie estaba en el umbral de la puerta de la escalera, y al ver la expresión furiosa de la hija se preocupó. Pero a Elisabeth le dio lástima el vestido de estar por casa, aquellas florecillas estampadas que ceñían, deformándose, el cuerpo de mujer mayor. Si a su madre le hubieran dicho alguna vez palabras inocentes, las habría reconocido cuando Elisabeth, apartándola para pasar, murmuró:

–Déjame en paz.

Si debía luchar contra la adversidad de tener de nuevo a su padre en casa,

como si fuera una tormenta que hay que afrontar, por lo menos que no hubiera idiotas de por medio.

Y pasó con la frente bien alta, más que por orgullo, por necesidad de respirar a pleno pulmón. Su madre intentó retenerla, pero al ver que se le escapaba corrió a la puerta y le cortó el paso, y cuando consiguió que le prestara atención, y como si se le hubiera ocurrido una idea genial, le dio una bofetada. Elisabeth se llevó instintivamente una mano a la cara. La mirada humillada aplacó a su madre, y así le fue más fácil aguantar la afrenta. Empezó su viaje llorando, como quien viene al mundo.

## LA ÚLTIMA NOCHE

Sobre ella, el cielo era de una serenidad incómoda.

Llevaba la mirada fija en la punta de los pies, que daban pasos alternándose ligeros como pistones de la máquina perfecta en la que le habría gustado transformarse para acelerar la fuga. Todas las direcciones a las que miraba le parecían claras, pero ninguna le sugería un destino. Las señales de tráfico eran muchas para quien tenía la libertad de ir a donde quisiera, pero no para ella, que acababa de conquistar esa libertad. Llevaba la chaqueta atada a la cintura, se colocaba sin parar el bolso en el hombro.

Cambió de calle varias veces. Subió hasta Wiener Strasse, cuyo nombre le procuró cierto alivio, pues le indicaba el camino hacia Viena. Entonces escuchó. Aquella ciudad sonaba como una campana que anuncia el final de la guerra. Allí desaparecería de verdad. Habría una multitud inmensa, las luces y las sombras serían infinitas. Encontraría el mundo del revés en una confusión de calles, laberintos inextricables, voces, nombres; le saldrían al paso mil señales, tantas que impedirían orientarse incluso a un adulto. Siguió adelante, sintiéndose decepcionada, burlada, violada incluso en aquel poco espacio que se había hecho junto a su vida, más acá del dolor. Su padre siempre, y ahora su madre, habían entrado en el reducto que se había excavado junto al corazón con esfuerzo, quitando al cuerpo kilo tras kilo como si quitara tierra a la tierra.

La noche lo había envuelto todo. Se volvió infinidad de veces con no se sabe qué temor para asegurarse de que nadie la seguía. Trató de contener el llanto para que no la oyeran. Estaba sola, y eso le procuró un extraño consuelo. Quizá lo había conseguido. Ahora tenía que llegar a Viena. Nada quebrantaría la certidumbre de haber hallado por fin su punto de unión con el mundo. Se durmió

en un banco en medio de un parque desierto, encogida en la chaqueta que no la tapaba del todo. Al día siguiente emprendería el viaje.

## LAS MANOS MANCHADAS DE SANGRE

A las cinco de la mañana la despertaron dos agentes que estaban de servicio patrullando las calles. Sus razones no los convencieron y la condujeron a casa.

Cerca ya de las baldosas de la puerta principal, Elisabeth vio la casa envuelta en las llamas de un inmenso incendio. Pero la mecha que se imaginó encendiendo con la fuerza del pensamiento no ardió, ni se hundieron las paredes que quiso derribar agitando los brazos. Se encerró en el silencio. No tocaría nada ni dejaría que nada la tocara.

La puerta de la verja que daba al garaje estaba entornada, luego era verdad que su padre había vuelto. En aquel momento debía de hallarse allí detrás, en el jardín, haciendo algo, con su empeño de siempre. Debía de haber oído llegar el coche patrulla, a los agentes decir el nombre de su hija e invitarla a apearse, y ahora fingía que no se percataba, para que los policías, si luego lo veían en casa por la gran ventana, le vieran la expresión desconsolada del padre afligido.

Fue a abrir su madre, que enseguida se abalanzó sobre ella y le tomó la cara entre las manos, las mismas manos con las que la abofeteó el día anterior. Elisabeth advirtió de nuevo en los dedos de Rosemarie la insolencia de aquel gesto, como un calor que no calienta. Se apartó, con un movimiento aparatoso, para que los policías entendieran lo que no acertaba a denunciar con palabras. Pero ellos no lo notaron, sino que, quitándose el sombrero, aceptaron la invitación a entrar de Rosemarie.

Pasaron al salón, donde lo primero que se veía era la gran chimenea que Josef había construido, con un sistema de tomas de aire que hacía que tirase magníficamente. Estaba orgulloso de ella y no entendía por qué a sus hijos nunca les había gustado estar allí aquella hora o dos que él exigía que todos pasaran juntos ante el fuego. Durante años, hacia las seis de la tarde, los obligaba a sentarse allí en silencio. Sólo cuando se consumía la primera carga de leña –y ya era transigir con la impaciencia de los hijos–, dejaba que cada cual volviera a lo suyo. A excepción, pues, de aquel período, en el que la presencia de los hijos había llenado aquella estancia de olor, de ruido, de desorden, de cierta vida, el

salón se convirtió en un lugar en el que algún día la única amenaza sería el polvo.

Elisabeth pensaba moverse por aquellos espacios como un estratega que tiene la ventaja de conocer el campo de batalla. Como hicieron sus hermanos durante «la edad del fuego» (como llamaban a su infancia por la obsesión que tenía el padre con todo lo que ardía), así ella lo contentaría en asuntos de poca monta, esperando el momento de huir por segunda vez en cuanto fuera mayor de edad.

Rosemarie invitó a sentarse a la mesa a los agentes y desplegó todos aquellos falsos modales que se usaban en las familias de antes para entretener a los invitados. Elisabeth no se movió del amplio sofá. Dejó que el más joven de los policías cruzase su mirada varias veces. El muchacho, alto y robusto, la miraba alelado, y ella aceptó aquel sencillo halago como una compensación del viaje frustrado.

Cuando el policía de mayor edad se interrumpió, Rosemarie se dirigió al joven de uniforme:

–A usted, muchacho, nunca lo había visto con el teniente Meier.

–Agente raso Albert Habicher, señora –contestó el muchacho, poniéndose en pie con orgullo.

Rosemarie se volvió hacia el teniente y sonrió, y el teniente le correspondió con un gesto de complacencia, tras lo cual hizo a su subordinado una seña para que se sentara.

–Me alegra ver que nuestra mejor juventud se pone al servicio de la seguridad –continuó ella mirando con complicidad a Elisabeth, quien, sin embargo, bajó los ojos.

–¿Le apetece una taza de té, señor Habicher?

–Con mucho gusto, gracias.

–Elisabeth, anda, ve a la cocina y prepara té para nuestros invitados. ¡Qué menos! No vamos a privarnos de gozar un ratito de su compañía, después de la buena obra que han hecho.

Alejada su hija con ese pretexto, Rosemarie siguió representando su pantomima de madre amorosa.

Al entrar en la cocina, Elisabeth se sintió embestida por la luz que entraba de fuera. Al fondo del jardín se elevaba una fila de altos abetos entre arbustos y zarzas que, aunque cuidados, daban una impresión de hostilidad. Al pie de ellos se extendía la hierba verde, que el padre mantenía uniformemente cortada. Reparó en un bulto que había allí, se acercó para verlo mejor y se detuvo

intrigada. A distancia pero claramente visible a la luz del sol que quemaba, en el espacio que había entre los árboles y la trasera del garaje vio a su padre golpeando un saco de arpillera contra un muro; lo hacía con tanta violencia que del saco saltaban fibras.

Lo observó preguntándose qué estaría haciendo, pero cuando vio que se volvía a casa corrió a encerrarse en su habitación. Echó la llave, la sacó de la cerradura y se la llevó al pecho. La tenía, pero era un arma inútil. Se volvió para no dar la espalda a la ventana. Y de nuevo para no darla a la puerta. Tenía miedo de exponerla a aquellos puntos por los que podía abrirse una brecha, como si la ventana y la puerta, las partes más frágiles del cuarto, pudieran contagiarla de debilidad. Y se volvió otra vez, y otra, hasta que las paredes empezaron a darle vueltas. Y entonces cayó de rodillas y luego de bruces al suelo.

Su padre se detuvo en el umbral de la puertaventana y vio al agente joven, quien, al oír los portazos, pensando que Elisabeth se había escapado por detrás, había entrado en la cocina para asomarse al otro pasillo. Josef dejó caer el saco y se limpió las botas antes de entrar. Entonces lo vio el muchacho:

–Buenas tardes, señor Fritzl, soy el agente raso Albert Habicher. Perdona la curiosidad, pero quería saber si estaba aquí su hija. La hemos traído a casa, pero ya sabe, está algo turbada.

Josef lo tomó afablemente del brazo y lo condujo al salón. Al teniente le tendió los brazos, ladeando la cabeza y con una expresión alegre, como si dijera: «Ha sido un placer», con los modales del perfecto anfitrión que se ha divertido.

Y mientras Elisabeth, que había vuelto en sí, veía con la nariz pegada al cristal de la ventana que en el saco que su padre había dejado en el suelo se movía algo, Fritzl, en el salón, después de abrazar campechanamente al teniente, que se había puesto en pie al efecto, con la mano en la espalda, como quien no quiere la cosa, lo llevaba ya hacia la salida. Seguido de su mujer, que se despedía de los agentes y los invitaba a volver otro día, se cercioró de que nadie se quedaba atrás. Se los había quitado de en medio sin necesidad de decir una sola palabra. Le había bastado con sonreír.

Cuando volvieron a la cocina, vieron a Elisabeth acuclillada en el suelo, llorando y temblando. Tenía las manos sobre el saco abierto y miraba fijamente unos gatitos que el padre creía haber matado. La sangre de los animales había permeado el tejido y le manchaba las manos.

TERCERA PERSONA

Los días siguientes Josef la evitó. Incluso a mediodía comía rápido para encerrarse en el garaje. Quería reanudar las obras de ampliación del sótano y a la semana Elisabeth y su madre lo oyeron hablar por teléfono con un proveedor de material de construcción. Pidió tal cantidad de cosas que necesitaba para las obras, que se quedaron pasmadas, aunque pensaron que era por la manía de querer tenerlo todo controlado, aquella obsesión que tenía por comprar cosas en abundancia para que no le faltase de nada, y que le había hecho acumular en casa nada menos que cuatro frigoríficos y tres neveras antiguas de un metro cúbico de capacidad.

Pidió sacos de cemento, yeso, ladrillos macizos y perforados, ladrillos refractarios, placas y paneles aislantes, tuberías con el diámetro adecuado para el agua y el gas, macarrones para la instalación eléctrica, todo lo necesario para construir un refugio en el que cupieran decenas de personas.

Ni Elisabeth ni su madre sospechaban que la mayor parte de aquel material no sería usado en extensión, sino en grosor.

Aquella mañana Josef se levantó temprano. Limpió el patio que había al lado de la casa, comprobó que los utensilios funcionaban, despejó todos los rincones que pudo para dejar sitio al material que le traían a primera hora de la tarde. No entró en casa hasta la hora de comer, y entonces se dijo que era el momento de hablar con Elisabeth. Tenía que decir pocas palabras pero exactas, y sobre todo en poco tiempo, antes de que los interrumpiera Rosemarie llamándolos a la mesa. Con el tiempo así de justo, no tendría que mirar a Elisabeth a los ojos mucho tiempo ni sentirse apurado.

Estuvo un rato ante la puerta de la habitación, sin decidirse a girar la manivela. Por el ojo de la cerradura vio que la llave no estaba. Conociendo a su hija, seguramente la había quitado para guardarla en sitio seguro. Fue a buscar otra y tuvo cuidado de introducirla sin hacer ruido. Elisabeth podía ser presa del pánico enseguida, y todo el esfuerzo que había hecho por guardar las distancias y hacerla creer que la cárcel lo había cambiado habría sido vano. Pero si entraba sigilosamente la pillaría por sorpresa, fluctuando entre el desconcierto y la duda, y preguntándose si se habría olvidado de cerrar la puerta con llave.

Giró la mano y corrió el pestillo. Abrió la puerta y entró. Ella tenía ya la mirada vuelta en esa dirección. Se le acercó y se sentó al pie de la cama. Quiso alargar la mano y tocarle la cara, pero prefirió evitar gestos que luego serían difíciles de controlar. Se limitó no tanto a fingir como a decir sólo una parte de la verdad:

–Cariño, papá ha vuelto a nacer. Ya no volverás a tenerle miedo. Sabe que te perdió hace mucho, pero puedes estar segura de que volveréis a encontraros y estaréis juntos. Sin más dolor, cielo. Sin más miedo.

Ella permaneció en silencio unos instantes. Luego dijo:

–¿Dónde tenías la llave maestra con la que has abierto la puerta?

–No es ninguna llave maestra, cielo. Cualquier llave abre cualquier puerta.

Elisabeth trató de entender. Mientras creía intuir la razón por la que el padre hablaba de sí mismo en tercera persona –precisamente como si hablara de otra persona–, se dio cuenta de lo fácil que le había sido burlar sus defensas y entrar en la habitación.

Se había abierto camino en ella de una manera tan quirúrgica que, al pronto, Elisabeth no se había dado cuenta. Si a cada puerta no correspondía ya una sola llave, sin duda había que buscar una que las abriese todas; una ganzúa que se saltase la regla, capaz de forzar todas las entradas de la comprensión.

## EL REGALO DE CUMPLEAÑOS

A primera hora de la tarde trajeron el material. Josef contrató a albañiles que encontraba trabajando en la calle, a los que pagaría a diario. Los había escogido con cuidado, a dedo. De buen grado les habría examinado la boca, mirado los dientes, como se hace con los caballos que se compran. Había elegido a los más fuertes, no a los más jóvenes, porque no quería ver por casa a muchachos de la edad de Elisabeth que pudieran atraer su mirada. De los que tenían algún defecto corporal, o algo feo en la cara, se hacía más amigo, y les regalaba cartones de tabaco y botellas de licor, que luego daban pie a peleas que él debía apaciguar. Rosemarie no comprendía el porqué de aquellas propinas que daba además del sueldo pactado, y trató de decirle que le parecían un gasto inútil. Enfurecido por aquella secretaria demasiado diligente que se entrometía, tuvo que sentarle la mano. No soportaba oírle hablar de dinero, siempre de dinero. A saber lo que diría si supiera el capital que se había gastado ya en construir la otra parte del sótano, la secreta, sobre la que, guiñándoles el ojo, había pedido a los albañiles particular discreción, «porque ya sabéis cómo son las mujeres, se meten en todo, no entienden nada y se preocupan sin motivo».

Todo marchaba según el plan que había trazado y pegado en lo alto de la escalera exterior, que comunicaba el rellano de la entrada principal con el

sótano. Subía y bajaba constantemente para marcar a lápiz las sucesivas fases de las obras. Día tras día se gastaban sacos de cemento según sus instrucciones. Parecía imposible llevar bajo tierra tanto material por la sencilla puerta de entrada, que se había convertido en un agujero negro tras el cual la materia cambiaba de forma.

Hasta que, tal como había empezado, todo terminó. Barrieron el polvo que los sacos habían dejado en el suelo, el viento se llevó los restos y todo volvió a la normalidad. El patio quedó de nuevo despejado y el jardín volvió a respirar, aunque aún quedó apilado en un rincón parte del material: media tonelada de yeso y cemento rápido, tela metálica para encofrar, doscientos metros de tubo corrugado y cable eléctrico.

Josef realizó solo los últimos trabajos: levantó una pared de medio metro de grosor delante de las habitaciones, y luego otras dos del mismo grosor, y las comunicó por medio de tres puertas blindadas de no más de metro y veinte de altas, que él mismo diseñó y cuyos componentes ensambló. En la exterior instaló incluso un sistema de apertura electrónico, con teclado y códigos digitales. Entre las paredes quedaron dos espacios que tenían una doble función: aislar acústicamente los recintos y servir de trastero.

La parte nueva constaba de tres cuartos sucesivos comunicados por pasillos de apenas cincuenta centímetros de ancho. El búnker propiamente dicho, que ocupaba una superficie de treinta y cinco metros cuadrados y no tenía más de un metro setenta de alto, estaba dividido en dos habitaciones, una a la que se accedía al entrar, y otra al fondo, en la que estaban las camas. En el espacio que las separaba había una cocina a un lado y un pequeño baño al otro, ocupando sendos entrantes. Los habían construido en medio porque por allí bajaban los desagües de los pisos superiores.

La última pared que Josef había añadido después de despedir a los albañiles, para que ni ellos supieran lo escondida que debía quedar la entrada, seguía exactamente el perímetro del antiguo sótano. Parecía el muro de siempre. Josef no dejó más que una pequeña puerta, que tapó con una estantería vieja.

Faltaba poco para que Elisabeth cumpliera dieciocho años. Rosemarie quería organizarle una fiesta, con la esperanza de borrar de su cara aquella expresión de profunda tristeza.

Una semana antes de la fiesta empezaron dos cuentas atrás: Elisabeth se preparaba para alzar el vuelo para siempre, y su madre confiaba en que una fiestecita colmase el vacío afectivo que con el tiempo se había creado. También

Josef hacía sus cuentas, viendo que se acercaba el día del regalo más grande: el regalo que había preparado con sus propias manos y que estaba deseando ver funcionar. Sólo que él había empezado a contar antes que su mujer y su hija. O quizá era que el tiempo se había acelerado para él. El caso es que llegaría a cero antes que ellas.

A media tarde Rosvita, que había vuelto del viaje, fue a ver a Elisabeth. Como amiga del alma que era, trató de animarla, y dijo que no se había divertido porque sus padres siempre estaban con ella. Rieron como de una mentira evidente, pero Elisabeth tuvo algunos momentos de paz.

Habían ido a hablar al jardín y estaban sentadas en un murete. Cuchicheaban sobre los dieciocho años que estaban a punto de cumplir. De pronto apareció Josef: había estado en el sótano dando los últimos toques –como si pusiera la cinta al regalo– y ahora, después de subir las escaleras, cruzar la planta baja y salir por la puertaventana, aparecía allí, a un lado de la casa. El trabajo que había querido ultimar, fuera cual fuera, estaba hecho. Limpiándose las manos con un paño empapado en disolvente, escrutaba el horizonte. Elisabeth estaba de espaldas y no podía verlo. Reparó en él Rosvita, y le pareció que tenía una expresión extraña, como si estuviera agotado y buscase un lugar donde descansar la frente.

Josef sabía bien que incluso una simple palabra podía ensombrecer el humor de su hija y permaneció en silencio para darle un instante más de sol. Sintió que el pecho se le henchía de expectación y dejó que se colmase. Entonces llamó a su hija y le pidió que entrase y lo ayudara a montar una puerta. Elisabeth despidió a su amiga. No volvería a verla.

Una vez abajo, le explicó lo que había que hacer. Se trataba de colocar una puerta en sus goznes. La pusieron en un carrito de madera y la arrastraron trabajosamente hasta la primera puerta de la zona nueva. Elisabeth experimentó una sensación de opresión y sintió que le faltaba el aire. Su padre la empujaba con la misma puerta que, ella tirando y él empujando, habían llevado hasta allí. Al tiempo que con palabras le decía que se diera prisa, con las manos la empujaba cada vez más adentro.

–¡Entra –le decía–, entra!

Y ella hacía lo que él decía y entraba de espaldas.

Josef cerró con llave la que ella creía que era la puerta de la última habitación

del sótano, y metió la llave en el mosquetón que llevaba al cuello, mirándola a los ojos. Elisabeth creía haber entendido: ahora la agarraría y volvería a violarla.

Pero no: se le acercó y estirando el brazo para guardar la distancia, le tendió un pañuelo de tela doblado varias veces.

–Huele.

Ella dio un paso atrás pero él la tranquilizó.

–Vamos, no tengas miedo.

El pañuelo cambió de mano. Elisabeth, sin apartar la mirada de la de Josef, se lo llevó lentamente a la cara y acercó la nariz. Si le daba aquel pequeño gusto, a lo mejor evitaba lo peor.

Olió el pañuelo y sintió un vapor acre y penetrante que le subió a la cabeza. Los párpados se le cerraron un poco. Josef entonces dio un paso hacia ella, la estrechó contra sí y oprimió el paño contra su cara. Elisabeth perdió el conocimiento. La arrastró por los tobillos hacia dentro, a través de las pequeñas puertas.

## 2. LA CUERDA

### EN EL OJO DE DIOS

Lo despertó Rosemarie que, presa del pánico, se había abalanzado sobre la cama y lo zarandeaba:

–¡Despierta! ¡Tu hija se ha escapado!

Abrió los ojos sobresaltado. Por un instante pensó que se había escapado del búnker. Fue a levantarse y entonces cayó en la cuenta. Se dejó caer de nuevo en la cama, hundió la cabeza en la almohada.

–Tranquila, estará en el jardín.

–No, y tampoco está en la calle... He llamado a los Adelman pero no la han visto, y Rosvita no ha salido de casa. ¡Haz algo, por Dios, levántate!

–¡Te callas o te sacudo! –gruñó–. No está lejos.

–¿Ah, no? ¿Y tú cómo lo sabes?

–Porque lo sé.

Se sentó en la cama, con los pies colgando, los puños en el colchón. Se quedó mirando las pantuflas. Pensó que no aguantaba estar en casa. Echaba de menos el trabajo, a los colegas.

Su mujer prosiguió:

–Pero, bueno, ¿se puede saber qué te pasa? ¿No ves que si se ha escapado no volveremos a verla? Haz algo, llama al teniente...

Se volvió hacia ella apretando las mandíbulas. Rosemarie comprendió enseguida. Empezó a darle puñetazos, en la tripa, en los costados, donde pillaba, hasta que saltó de la cama y maldiciendo se quitó la chaqueta del pijama.

Pies fuertes: unos huesos perfectos capaces de soportar sin problemas el peso de tres hombres. Piernas robustas de quien lo había hecho todo bien en la vida: la mili, el trabajo de técnico en electrónica, las competiciones deportivas; fútbol, tenis, atletismo, esquí de fondo, sexo. La cintura, que la edad, rayana en los cincuenta, había engrosado algo, era como una masa rocosa. El abdomen redondo, las piernas llenas de pelos hasta el mismo arranque de la espalda, los brazos cortos de bípedo macizo. Apenas un metro setenta de estatura, que había usado como medida de la altura de las paredes del búnker.

Ahora estaba duchándose y cantaba. Era una bestia amaestrada que conserva

el mirar salvaje.

Rosemarie se incorporó con trabajo y fue a rastras a la cocina, para que su marido no la viera: si la encontraba en aquel estado, llena de moratones y con el labio partido, se enfurecería aún más. No parecía sino que se lo hacía ella todo, y él era el marido atento que, no sabiendo qué hacer con aquella mujer torpe, acababa reprochándole que fuera tan distraída.

Restañó la sangre con un trapo y se sujetó los intestinos que los puñetazos le habían revuelto. Sirvió el desayuno que había preparado antes de darse cuenta de que Elisabeth no estaba y ahora pensó en su hija con felicidad. Se hallase donde se hallase, al menos estaba lejos de él.

En el dormitorio, Josef se vistió de buen humor. Se metió la camisa en los pantalones y cambió de idea: no tener que ir a trabajar le entusiasmaba. Nunca había necesitado un empleo para mantenerse despierto. La suya era una inteligencia vivaz, aguzada como un arma con la que no pocas veces se hería a sí mismo. Una inteligencia mecánica que hacía de su cerebro una especie de cubo de Rubik: complicado para los principiantes, pero de lo más simple cuando se daba con la clave.

La mente de Josef Fritzl había hecho con el cuerpo una apuesta imposible: quería remontar todas las edades del hombre hasta llegar al punto en el que el discurrir del tiempo cesa y en el que, suponiendo que se sobreviva, se presencia el nacimiento de todas las cosas. Junto con la hija, contemplaría el origen de las galaxias y de todas las palpitaciones de vida, e iría más allá, y entraría en el ojo de Dios... ¿Y cómo iba a impedirselo Él, que nunca cierra los ojos?

## EL NUDO

Transcurrió ese día y el siguiente, y al final Rosemarie pidió a su marido permiso para llamar al teniente Meier. Se lo pidió humillando la mirada, sacando el tema lo más serenamente posible. Josef tuvo ganas de pegarle, pero el hecho de que su mujer se hubiera estado callada dos días lo hizo dudar. Se dio cuenta de que tarde o temprano debían avisar a la policía.

Se levantó del rincón que se había preparado junto al fuego y de mala gana llamó por teléfono. Rosemarie se guardó su alegría y empezó a pensar con ilusión en convertir la fiesta de cumpleaños de Elisabeth en una fiesta de bienvenida.

Cuando Josef hubo informado al teniente de la segunda fuga de Elisabeth, las

ascuas partieron el último leño.

–Bajo a trabajar un poco. Procura no molestarme.

Ella no contestó propiamente. Con los labios dijo «Bien». Cogió el bordado de la cesta e inclinó sobre él la cabeza. La naturaleza muerta representada en la tela le sugirió una soledad a la que se entregó como a un hilo de recuerdos.

Mucho más gruesa que ese hilo era la cuerda que Josef sacó de un gran armario. Sopló el polvo que la cubría y la desenvolvió.

La había adquirido en una tienda de material para barcos y ahora que la veía en todo su esplendor pensó que había sido una buena compra. Además, le habían regalado un gran bote de grasa para que untara las fibras y evitara que la cuerda se desgastara antes de tiempo. En cambio, en ninguna tienda pudo encontrar una de esas argollas de acero que se fijan en el suelo de muelles y embarcaderos. Tuvo que agenciársela por su cuenta, y pagó a un joven que abordó en el lago de Constanza para que le desmontase una del muelle del club de vela en el que trabajaba. Contento con tenerla, por fin pudo colocarla en la pared de la última habitación del búnker, en medio de las dos camas que había dispuesto a los lados.

La cuerda medía dieciséis metros y tuvo que reducirla a nueve. Serían más que suficientes para llegar al váter e impedirle alcanzar la puerta de entrada. Elisabeth era lista, pensaba, y nunca se sabía.

Con esfuerzo levantó la cuerda y se la echó al hombro. La dejó caer al pie de la estantería que tapaba la entrada y de la nevera vieja que tenía en esa parte del sótano sacó el manajo de llaves de las puertas blindadas. Estaba tan helado que con sólo tocarlo los dedos perdían sensibilidad. Lo envolvió en un trapo y lo estrechó entre los brazos para calentarlo. Esperaba unos segundos, abrió el lío y comprobaba la temperatura. Tenía tantas ganas de estar con ella que los pocos minutos que tardó el metal en ponerse tibio bastaron para hacerle perder la paciencia. Empezó a frotar las llaves con el trapo con tanta fuerza que parecía que estaba sacándoles brillo. Pero cuanto más prisa se daba y más pensaba en la puerta que se veía entre los estantes, más le brillaban los ojos de deseo. El brazo empezó a dolerle y el trapo cayó al suelo. Por fin se internó por los pasillos; cuando iba a introducir la llave, Elisabeth, que lo oyó, acudió a la puerta y empezó a aporrearla:

–¡Abre, cerdo!

–¡Espera, Elisabeth, espera! ¡Si empujas no puedo! ¡Apártate!

–¡Abre esta maldita puerta!

Antes de abrirla, pulsó el interruptor eléctrico que había instalado en el exterior, para controlar él la luz. El neón empezó a parpadear en el plafón. La corriente dio varios chasquidos antes de que el gas se inflamase, y otros tantos destellos fulminaron los ojos de Elisabeth, que habían estado muchas horas a oscuras.

La muchacha perdió el equilibrio cuando Josef abrió. La puerta la golpeó en la cara y de repente se halló en el suelo, herida. Josef lanzó la cuerda dentro. Entró, cerró la puerta, que sólo tenía una manivela por fuera, y dejó las llaves en el suelo. Elisabeth trató de levantarse, pero no veía a su padre. Cuando se aclaró la vista y las chispas se extinguieron, vio a su padre de pie, con los brazos colgando, llenos de intención. Tomó impulso con el brazo y le estampó una bofetada. El oído de Elisabeth empezó a silbar ensordecedoramente; quizá se le había reventado el tímpano y todo el silencio del mundo, cayendo sobre ella, le subía por los meandros del cerebro. El dolor era tan intenso que, al apretarse con la mano, en lugar de disminuir aumentaba. Empezó a arrastrarse intentando en vano alejarse. Vio que se abalanzaba sobre ella y levantó el brazo para protegerse la cara, sin saber si defenderse de una patada o de que la agarrase con las manos. La cogió por los tobillos y la arrastró al centro del cuarto. Se golpeó la cabeza contra el suelo. Débil como se sentía por no haber comido y confundida por la rapidez con la que todo estaba ocurriendo, no acertó a reaccionar. Notaba las juntas de los ladrillos pasar bajo su cabeza y arañarle el cuero cabelludo, y la sangre que brotaba y le empapaba el pelo.

La luz fría del neón –zumbante, metálica– era un rayo que incidía directamente en el centro de sus pupilas, como un río que cayera al final de la Tierra. Le sujetaba las muñecas con una presión violácea. Aquello superaba con mucho la violencia habitual. No pudo cerrar las piernas a tiempo y lo notó moverse frenético. Josef concentró toda su fuerza en los hombros, como si quisiera entrar de cabeza en su boca, tanto más feroz y horrendamente cuanto más lo asustaba a él mismo la posibilidad de conseguirlo.

A los golpes se sumó la penetración. Los miembros de Elisabeth se volvieron de madera, pero las manos del padre, ásperas como arena, la pulían: le redondeó más los hombros, le dejó la piel más fina de lo que permitía su delicada naturaleza. Con un mordisco que mitad besaba mitad arrancaba, giró de lado la frente de ella como una masa blanda. La imagen de Elisabeth pasó a ser algo que él podía manipular con los dedos y las palmas de las manos. Desarticulaba el cuerpo de la hija en manchas y borrones fugaces; hasta que el joven tallo se partió como una ramita sobrecargada. Le abrió las raíces, y por donde no había

pasado la bestia pasaba ahora el hombre, apaciguado, alimentándose de los restos con manos y boca.

La penetración continuaba en todos los puntos. Tal como estaba, no podía gritar ni mover un dedo. La profundidad de la pelvis de Elisabeth era la misma, presionada como estaba por arriba y por abajo, pero se hizo más dura. Sintió un dolor que se parecía al de la rotura del himen, pero más intenso, más visceral, como si el hombre le hubiera desvirgado una naturaleza más profunda.

Lo notó él, y le tomó la cabeza entre las manos. Besó la ternura que quedaba. Alrededor de las cejas, en los pómulos, las pecas formaban una constelación nueva, que no sabía si brillar o extinguirse. Lo conmovió tanta belleza porque aún podía recogerla en las palmas sucias. Le pasó la mano por la cara y le echó hacia atrás el pelo. Le pareció que cada vez que pasaba los dedos por la cara, ésta resplandecía más, y pensó que si seguía acariciándola sacaría a la superficie, y luego de la cabeza, la luz de la vida.

Se quedaron quietos. Ella contra el suelo, desmadejada. Él encima, exhausto. La dejó en el centro de una rueda cuyos radios ella misma había trazado sobre las baldosas con la suela de los zapatos, al forcejear. Flotaba tendida en el suelo que notaba moverse como si fuera una balsa. Destrozada en el tórax, en las piernas encogidas. Desfondada en el pecho, en los omóplatos abiertos. Pero viva. Sin abrir los ojos, podía ver a su padre, quien, también tembloroso, tuvo que apoyarse en la pared para subirse los pantalones.

Josef ató un cabo de la cuerda a la argolla de acero. Se había aprendido bien el nudo que quería hacer y mientras, arrodillado, lo hacía, se maravilló de aquella técnica. Pensó en lo sorprendente que era que una cuerda tan gruesa pudiera atarse de aquel modo; doblarse, retorcerse formando lazos y pliegues como si fuera un hilo de algodón. Elisabeth se sumió en ese estado de ánimo en el que pensar en su padre era muy difícil, sacar conclusiones demasiado fácil y comprender los actos del hombre imposible. Se maravillaba de seguir viva; no entendía cómo podía ser. No sabía localizar ese lugar de su ser en el que la vida volvía a nacer cada vez que su padre se la extirpaba por la fuerza. Pensó que si lo encontraba, quizá podía huir allí. Faltaba por saber lo que había al otro lado, lo que vería cuando se asomara a la vida más interior... si es que aquel lugar interior y aquella vida existían.

Cuando Josef, afirmando los pies contra el muro, estiraba de la cuerda para apretar el nudo al máximo, Elisabeth reparó, entreabriendo los ojos, en el manojito de llaves que seguía en el suelo. Cuando hubo terminado, él se volvió y

no la vio al final del pasillo, donde la había dejado. Pensó que podía haberse levantado, cogido las llaves y salido del búnker. Echó a correr por la corta perpendicular que atravesaba los cuartos: la vio en los entrantes de los muros y se calmó.

Se había arrastrado hacia la puerta sin poder erguirse del todo. Tenía la espalda como curvada bajo una carga que no podía ver. Extendió la mano hacia el manajo de llaves, pero él, que llegaba en ese momento, lo alejó con un puntapié. La tomó por las axilas y ella, al sentirse alzada de ese modo, tuvo la sensación de que aquel peso invisible hubiera rodado del abdomen a las piernas y se las hubiera paralizado.

La arrastró por el primer pasillo, pero luego tuvo que detenerse porque los pies de ella, flácidos e inertes, se habían abierto y no pasaban por los cincuenta centímetros del pasillo siguiente. La cabeza colgaba y oscilaba muerta a cada movimiento. La dejó en el suelo y le pasó por encima. Le cogió los pies y junto con las piernas los lanzó al pasillo, con el resto del cuerpo. Como así ya no podía sortearla como antes, pasó pisándola y volvió a cogerla de los brazos. Tuvo que arrastrarla dando tirones. Le raspó las rodillas contra el cemento basto de las paredes.

—¡Levántate, por Dios!

Le doblaba y estiraba los miembros haciendo con ellos una masa informe.

Al fin la dejó tendida con los pies hacia el nudo y la ató, elevando a un orden universal el control que tenía sobre ella. En adelante sería de su propiedad exclusiva, y aquel día se apropió de los tobillos. Se los apretó con fuerza. El búnker era una bestia amaestrada cuyo amo permitía que devorase la presa.

El proceso de desmantelamiento de la conciencia de Elisabeth había dado comienzo. Un relámpago le atravesó la mente: por primera vez vio que las razones para hacer el mal o el bien no eran las mismas que las razones por las que las cosas se hacían mal o bien. Por ejemplo, el cuidado con el que su padre había hecho aquel nudo; por ejemplo, la construcción misma del búnker. Ahora Josef repasaba su mente como si fuera un libro de páginas cada vez más delicadas.

Cansado pero satisfecho, la observó boca arriba en el suelo, entre las dos camas sobre las que no se le ocurrió echarla. Parecía colgada por los pies. La más guapa de sus hijas era el ahorcado de las cartas mágicas. Él mismo sintió un estremecimiento de inquietud viéndola allí, si bien fue porque el resultado obtenido era mejor que el previsto. Se confirmó en la idea de que las razones de tenerla sólo para sí no eran malignas, sino antiguas, pertenecientes a un mundo

que se creía perdido y al que él, sin embargo, había abierto una puerta. Aunque entonces quizá no debía haber llevado a Elisabeth, como creía; quizá aquel mundo se habría movido hacia ellos dos: un universo vivo que quería unirse nuevamente a los humanos, a sus corazones, a sus deseos, para hacerse real.

Fue a recoger las llaves al primer cuarto. Elisabeth, que desde donde estaba no podía verlo, percibió levísimo el ruido metálico que se apagaba. Las vueltas de llave que abrían las cerraduras y luego volvían a cerrarlas resonaron en el acero como escalas de notas que se desvanecían quedas, quedísimas, a lo lejos.

Se quedó sola. Aunque, ay, sola nunca había estado en el mundo que deseaba, y no lo estuvo aquel día. En media hora, su cuerpo había envejecido meses, pero el espíritu ya no se separaría de ella, como esos niños que viven en los límites del mundo materno y sin la madre al lado no son capaces ni de jugar porque sienten que si se alejan están perdidos.

Le dolían las piernas aún más que antes. A la sensación de opresión había sucedido el relajamiento de la tensión. La tortura se había convertido en cansancio, como si hubiera hecho ella el esfuerzo de infligirla. El grueso nudo que le sujetaba los tobillos formaba una madeja de varias capas que la amarraban más a las dobles vueltas de cuerda que al muro. Comprendió que aunque se liberase de la tenaza de la soga seguiría sin poder huir. Aún quedaba el resto del búnker, aún debía atravesar metros cúbicos de cemento. Se imaginó levantándose como un espectro al que no importa ver su cuerpo encadenado. Sin preocuparse de él dejaría en el suelo aquella larga cola, aquel nudo en unos pies que pronto se coagularían formando una masa lívida. Atravesaría los muros sin pensar. ¡Qué bello sería irse así, y qué fácil olvidar que había vivido!

## LA VECINDAD

A la mañana siguiente, por la ventana de la cocina, Rosemarie vio a Josef lanzar algo por encima del seto que separaba su jardín del de Sauer. Cuando soltaron a Josef, el vecino se presentó con un periquito macho de regalo. Ahora, al entrar del jardín, Josef le dijo a su mujer, resoplando:

–Llevo años seleccionando canarios, ¿y qué me trae el subnormal ese? ¡Un periquito! Si cree que voy a dejar que extermine a mis canarios se equivoca.

–¿Y qué has hecho con el periquito?

–¡Matarlo, vaya pregunta!

Rosemarie se sintió herida por la afrenta que eso sería para Sauer, su enamorado secreto. Josef nunca dio importancia a esto. Sin preocuparse, como siempre, de los sentimientos de su mujer, decidió que pasaría el resto del día con Elisabeth. Le gustaba la idea de bajar a verla como quien va a un salón recreativo.

Cogió comida de los distintos frigoríficos. Tomando pequeñas raciones aquí y allá, evitaría despertar sospechas. Metió los alimentos en una bolsa, la llevó al sótano y la dejó en uno de los estantes de la librería. Se la daría a Elisabeth en cuanto terminara de comer.

Volvió arriba y se sentó a la mesa. Mientras se llenaba el plato con apetito, su mujer le preguntó si sabía algo del teniente Meier.

–No, Rosemarie.

–¿Piensas llamarlo?

–No ha pasado más que un día desde que lo llamé. ¿Para qué otra vez?

El hombre tenía la vista fija en el plato. Estaba claro que no le importaba tranquilizar a su mujer. Rosemarie medía las palabras para no irritarlo:

–Busquémosla, Josef. Es la única hija que nos queda en casa.

–Eso mismo. ¿Ves lo que hicieron los mayores en cuanto pudieron? ¿Y los pequeños? Los mandé al colegio, es verdad, ¡pero para que recibieran educación! –dijo llevándose ávidamente la comida a la boca–. Si por lo menos alguno viniera alguna vez a vernos...

A Rosemarie le extrañó que su marido manifestase abiertamente tanto pesar, que ella misma compartía. Dio el paso en falso de aprovechar aquella rara muestra de afecto para insistir:

–Pues por eso... Debemos tratar de que Elisabeth vuelva a casa.

–¿Sabes lo que te digo? ¿Quiere irse? Muy bien. Pero que se las apañe sola. Por mí, está muerta.

Rosemarie se arrodilló a los pies de su marido, le agarró la mano y le suplicó que no dijera aquello. Josef, sorprendido de verla comportarse con tanto ardor, se quedó mirándola con el ceño fruncido y la comida en la boca. No sabía qué hacer y retiró la mano, pero ella empezó a besarle la rodilla. Entonces desarrugó el ceño. La observó más intrigado que otra cosa. La veía allí arrodillada y sentía compasión. Pensó que el hecho de que nunca alzara la cara significaba que había algo monstruoso en ella que no acababa de entender. Una vida sin esperanza, eso era la vida de su mujer. Decidió hacerle creer que buscaría a su hija por todos los medios. Se levantó de la mesa y se fue por miedo a que la nulidad de aquel ser lo atrapara, lo contagiara.

–Mañana llamo a Meier, tranquila. Pero ahora tengo trabajo en el sótano.

## NO ME DES LAS GRACIAS

Encontró a Elisabeth en el suelo, exactamente donde la había dejado. Iba a despertarla cuando vio una mancha oscura bajo las piernas y se sintió asaltado por un olor caliente. Le levantó las rodillas y la inspeccionó.

–¡Despiértate, Elisabeth!

Movió la cabeza, atontada. Los ojos, ni abiertos ni cerrados, buscaban una rendija al despertar.

–¡Levántate! ¡Vamos! Mira lo que has hecho. Apenas te dejo un día sola y la armas...

Le pasó una mano por la nuca y la otra por las corvas y la levantó a pulso. Vio entonces que en el suelo había más cosas y prefirió arrastrarla para no resbalar con ella en brazos.

–¡Qué asco! Te haría que lo recogieras con la lengua. Te lo mereces.

La sacó del charco dejando en el pavimento un rastro de excrementos. Llegó a la pequeña bañera que había colocado detrás del tabique del lavabo para aprovechar todo el espacio.

Elisabeth no reaccionaba. Como había poco espacio para moverse, entró él mismo en la bañera y la metió a ella. El cuerpo delgado, inerte, se adaptaba a las formas como una alfombra. Como pudo lo colocó en el fondo. Los brazos, dislocados, cayeron sobre el pecho como latigazos. Intentó quitarle la ropa, pero el poco espacio y el esfuerzo que le costaba la operación lo convencieron de optar por un método más rápido. Se lavó las manos. Comprobó que el nudo de los pies estuviera bien apretado y salió del búnker por un par de tijeras que tenía en el cuarto de trabajo. Volvió corriendo y empezó por los bajos de los vaqueros. Practicó primero un corte y desgarró el resto hasta la entrepierna. Entonces pasó a la otra pierna, y dejó al descubierto las magras caderas. Las hojas de las tijeras llegaron a la cremallera y los bolsillos, donde la tela era más gruesa, y tuvo que agacharse más. Por fin separó los dientes de la cremallera y maldijo por el hedor que le invadió la nariz. Las bragas, que el día anterior, después de violarla, no le había subido bien, formaban ahora una tira apelmazada de heces.

–¡Tienes dieciocho años, joder! No es manera de comportarse. ¿Es que no te he puesto un váter, joder?

Elisabeth sentía en los pies el dolor que le causaba la cuerda, que, tirante, le

oprimía fuertemente los tobillos, que sobresalían por el borde de la bañera. Ni siquiera entendía muy bien lo que le decía su padre. Con la cabeza doblada de mala manera, y por los huecos que dejaban las piernas, veía caer las manos, los brazos de Josef afanándose sobre ella, los chorros de mierda más o menos fluida que cubrían el brillante cromado del agujero del fondo. Deseó volverse líquido y desaparecer también por el desagüe.

Le arrancó el vestidillo ligero que la obligaba a llevar debajo de los pantalones para aplacar sus celos. Cortó el sujetador por el medio y los senos se abrieron mórbidos. Recogió las prendas e, irritado, las arrojó al pasillo. Al hacerlo sintió una punzada en la espalda y sólo entonces se dio cuenta del mucho trabajo que estaba costándole aquello. Pasó la alcachofa de la ducha por todas las partes del cuerpo que veía manchadas, y luego dirigió el chorro a sus propias manos. Seguía con los ojos la suciedad que se escurría hacia abajo, hacia los lados, que se remansaba. Quería extinguirla como si fuera un fuego negro.

–Como vuelvas a hacerlo te mato.

Elisabeth esbozó una sonrisa. Si supiera que el padre mantendría la promesa, no desaprovecharía la oportunidad.

Pasado el furor, Josef se sentó en una silla. Alterado, con un mechón de pelo cayéndole por la frente, se quejó del calor que hacía allí abajo, de la falta de aire, de la sensación de tener los pulmones llenos de agua.

–Entre pitos y flautas se han hecho las cinco –dijo calmado.

Elisabeth no sabía si su padre se refería a las cinco de la mañana o a las cinco de la tarde. Se estaba abandonando a ese estado que media entre desaparecer y existir a la fuerza. Pronto notaría un aspecto particular del cautiverio: algo de aquellas horas aspiraba a durar, pero de una manera extraña, que cambiaría el sentido mismo del tiempo. Algo la invitaba a relajar sus defensas. Tendría que modificarlas para que duraran también más, como una especie de respuesta. Una voz interior le decía: «O aprendes las reglas y las transformas o sucumbes.»

Se anunciaba una nueva guerra y se preguntó si merecía la pena combatir o si era mejor hacer justicia quitándose la vida. Luego se dio cuenta de que, fuera lo que fuera para ella en el pasado, el sentido de la justicia empezaba a desvanecerse. Lo notó salir del corazón como el aire de un cuarto que se ventila. Elisabeth llenó enseguida ese vacío con el sentimiento del acaecer ingobernable de las cosas. Le costó menos creer que, sencillamente, le había tocado sufrir, como por azar, sin una verdadera razón. ¿No podía haberle ocurrido a

cualquiera, además? Era una solución que no resolvía nada pero confortaba el alma. Fue como poner un punto y aparte y no saber qué más escribir.

Su padre conjuró aquellos pensamientos ofreciéndole una manzana. Sonreía. Con la cara afilada, de buen humor, ya se le había pasado el arrebato. Al ver la manzana, madura, brillante, Elisabeth se dio cuenta de que tenía hambre. Sin intentar salir de la bañera, cogió la manzana sin mirar a su padre a los ojos para que no creyera que había hecho una buena acción. Él, sin embargo, no pretendía que le diera las gracias. Le bastaba saber que un día, antes o después, su hija le daría las gracias por cosas mucho más importantes que una manzana. Por ejemplo, por poder lavarse, por poder beber, dormir, o incluso simplemente por seguir teniendo unos ojos con los que ver.

La tomó por los brazos y la levantó.

–¿Quieres quedarte ahí todo el día como cuando eras pequeña? Te tumbabas en la bañera, ¿te acuerdas? Querías pasarte en ella toda la noche. Yo te llevaba a la cama y tú volvías a la bañera.

Estaba dispuesta a morir, pero no a oír lo cariñoso y atento que había sido su padre. Por eso, mientras él la tenía en el aire, para que ella sacara las piernas y se sentara en el borde, le susurró al oído:

–Eres ridículo. No digas gilipolleces.

–Tú eres una cría –replicó él–. ¿Qué sabes del amor? No espero que lo entiendas.

Ofendido, dio un paso, cogió la bolsa de la comida y se la arrojó.

–¿Ésta es la comida que me has preparado con tanto amor?

–Es lo que te mereces. Ni un tenedor te dejo, serías capaz de clavártelo en las venas.

–Te lo mereces, papá. Imagínate qué gusto: bajar y en lugar de a tu hija encontrarte un cadáver. Entonces sí que te obedecería.

–Calla –repuso Josef, volviendo bruscamente la cabeza.

–¿Qué harías entonces? Di. Cuando quieres que te diga que me gusta y me ordenas que te mire a los ojos..., cuando me pones de rodillas y me coges de la cabeza. ¿Qué harías? –Mientras decía esto, se deslizó fuera de la bañera, siguiendo el peso de los tobillos, y apoyó la espalda en la pared.

–Te he dicho que te calles.

–¿Cómo se viola a un muerto? ¿Lo atas con un cordel? ¿Lo sujetas del pelo? ¿Y la boca? ¿Cómo harías para que la moviera?

Josef dio un paso, sólo uno, largo, y puso el pie en el mismo ladrillo en el que

cabía entero el trasero de su hija, se inclinó hasta llegar casi con la cara al suelo y le dio una bofetada.

–Métete ahí dentro, duerme ahí si quieres. Esta vez no vendrá nadie a llevarte a la cama.

Empezó a trastear en la puerta del búnker, introduciendo, inclinado, las llaves que llevaba colgadas del cuello.

Elisabeth miró la bolsa de comida. Comió un poco con las manos y se quedó dormida.

## UNA CONFESIÓN SIN PECADO

Al día siguiente volvió para hacerla escribir una carta. Entró y la encontró medio desnuda en el váter. Ella cerró las piernas; se cubrió las ingles y los senos para esconder sus partes. Paseó una mirada cegada por la luz del neón.

–Papá te ha traído el desayuno, cielo.

En el aire seguía flotando un persistente olor a heces y a sudor.

–¿Por qué no te das una ducha? –preguntó Josef dejando en el suelo la bandeja, en la que llevaba un bol de plástico lleno de leche y un termo de camping también de plástico, en lugar de botellas de cristal.

–Con esta cuerda que me sierra los tobillos, ¿cómo quieres que me duche? –se quejó ella.

–Debes hacer un esfuerzo.

Sabiendo que no le quitaría la cuerda, alzó la voz:

–¿Y cómo puñetas me ducho sin jabón, sin toalla, sin ropa limpia, sin nada de nada, dime? Y con este nudo en los pies...

–Debes tener paciencia, amor.

–Dime cómo.

Josef no contestó. Había posado en el hombro de ella una mirada que describía un círculo de igual delicadeza, círculo que pronto se convirtió en elipse para abarcar también el seno, cuya redondez entreveía. Aquella trayectoria fue la órbita de sus ojos azules. Terminaba en el tono claro, tiernísimo, de la poca cantidad de carne que formaba una arruga de piel en la articulación del brazo. No sabía si morderla o esperar que se abriese para llorar en ella. Mientras ella decía algo que él ya no oía, Josef cerró los ojos. Siguió con el recuerdo el hueco de la axila que sus labios conocían de memoria. El pensamiento meticuloso, como punta de lengua, se detuvo en el centro de la imagen, en el promontorio

mórbido que parecía hecho adrede para su boca. Tragó el sabor que ya sentía pero le vino otra cosa a la mente: la idea de que ya no estaba en la cárcel y no tenía que limitarse a imaginarla. Elisabeth estaba allí, ante él, y estaban solos. Volvió a abrir los ojos. Se sentía libre, con una libertad tan fuerte que podía decidir por él. Observaba el contorno de los brazos, de las caderas, de las rodillas, con sus hoyitos, de los tobillos tumefactos que ahora, horrendos a sus mismos ojos, lo estremecieron.

–No me mires así, ¿me oyes?

Si ella no lo hubiese distraído, quizá Josef se habría llenado de aquella imagen y, no soportando verla, la habría liberado de la cuerda. Pero Elisabeth, que conocía la mirada que precedía a la violencia, no había comprendido que Josef, en realidad, estaba mirándole los pies. De nuevo tuvo la impresión de que había hecho algo que incitaría a su padre a abusar de ella. Se examinó las manos preguntándose qué gesto podía haber hecho sin darse cuenta. «¿Qué he hecho ahora? ¿Qué hago siempre para atraerlo hacia mí?»

No sospechaba que ya respirar era una acción, algo que desencadenaba consecuencias. Tanto distaba de saberlo que su mente empezó a dar vueltas más y más vanas, como un pajarito que aletea intentando volar. ¿Cómo iba a imaginar que lo que lo turbaba aquella vez era el levísimo sudor que perlaba su piel? ¿Aquella secreción terrestre de criatura nueva, que salía por poros tan vírgenes que parecían gritar de alegría por estar vivos, en aquel antro en el que todo era calma e inercia? Bastaba verla acalorada para sentir en la sangre incitaciones tácitas. Ni él habría sabido explicarlo.

Josef movió los ojos, y Elisabeth, que lo vio, sintió el miedo que distinguía a aquel hombre de todos los demás. Trató de ganar tiempo. Sin apartar la mirada de la de su padre, que estaba acercándose, tiró del rollo de papel higiénico para limpiarse y al mismo tiempo distraerlo otra vez. Ahora, no antes, la mirada de Josef estaba cargada de deseo.

Cuando terminó, y mientras se vestía, Josef recordó el motivo por el que había bajado ese día. Sacó de los pantalones un bolígrafo y unos folios cuidadosamente doblados en cuatro. Elisabeth yacía a cuatro patas en el suelo. El padre agarró una silla y la colocó a su lado para que se apoyara en ella. Dejó el bolígrafo sobre los folios y dio un paso atrás para tener una visión de conjunto de la composición. Estaba satisfecho.

Ahora tenía que hacer que se pusiera de rodillas para poder escribir cuanto quería dictarle, pero así, sin más apoyo, encogida como estaba por los dolores,

apoyar los brazos sobre el improvisado escritorio no era cosa fácil. Hacer que se enderezara y pusiera las manos sobre el papel, con aquella cuerda en los pies, como ante un reclinatorio, y obligarla a escribir la confesión que tenía pensada, era doblemente difícil. Como siempre, Josef conseguiría lo que quería. Era cuestión de saber cómo actuar, aunque, cuando la cogió por las axilas y la dejó caer para probar sus reflejos, comprendió que la situación era más complicada de lo previsto. Pensó que primero tendría que haber hecho que escribiera la carta y luego haberla poseído.

Concentrado como estaba buscando una solución, una idea que le dieran los pocos objetos que había en el búnker, miraba a la hija que yacía en el suelo pero no la veía. No veía sus ojos fijos, ni los labios entreabiertos, tiernamente impasibles. No veía la desarticulación de los brazos, de las manos, la inmovilidad general en la que había caído. En la superficie, Elisabeth parecía muerta, pero en el fondo percibía más que nunca la presencia de su padre gracias a las vibraciones que sus pasos pesados imprimían al pavimento. Había oído el arrastrar de la silla por los ladrillos, el ruido del papel; aunque la figura de su padre no la veía porque se había fundido con la luz glacial del neón que tenían encima. No veía el verde amarillento de la pared de enfrente pintada hacia poco, ni la minúscula mancha de humedad que la miraba como un ojo desde el rincón del cuarto. No sentía las palabras de Josef sino en forma de vibraciones. Y vibraciones eran también los colores. Estaba sola con su presencia. De algún modo seguía violándola.

La había penetrado con tanta violencia que ella había abierto los ojos antes que la conciencia. Vio a un hombre prehistórico que la dejó estupefacta, la era más salvaje de la humanidad, la naturaleza monstruosamente viva. Vio el universo al que su padre quería llevarla. Eso era una y otra vez la violación: el estupor que la ataba a sí misma. La visión se interrumpió de golpe cuando recibió una bofetada.

—¿Se puede saber qué te pasa?

Volvía al presente, volvía a ver a su padre, pero seguía sin entender lo que le decía.

—Llevas diez minutos así. ¡Venga, arriba!

Con ganas habría obedecido las órdenes, pero no podía moverse.

—Tienes que ponerte de rodillas, quiero que escribas una carta. Vamos, sé buena y pon las manos en la silla.

Le explicó la razón de la carta y por qué debía confesar que se había escapado con una secta satánica, lo que despistaría a la policía.

–Además, es lo primero que se me ha ocurrido –añadió.

Lo intentaron juntos pero el cuerpo de ella se desplomaba de lado, hacia atrás, otra vez de lado. Entonces decidió arrastrarla el par de pasos que la separaban de la bañera y hacerla apoyar la espalda contra el costado de ésta. Para que no se escurriese colocó una silla delante de los talones con una pata contra las plantas de los pies atados, y se sentó en ella. Le puso los folios en las piernas y el bolígrafo en la mano, que él mismo tuvo que mantenerle cerrada, por lo que, para poder seguir sentado, se inclinó y alargó los brazos.

Elisabeth no podía sostener recto el bolígrafo.

–¡Ya está bien! –le gritó su padre varias veces.

Una serie de órdenes que se convirtieron en súplicas. Las cosas se estaban complicando. La solución de la carta debía ser simple, pero estaba resultando imposible. Perdió la paciencia cuando vio que, entre otras dificultades, los folios, por no ser muchos, no constituían un soporte bastante rígido y cuando iba a escribir se doblaban. Tendría que salir del búnker, coger un libro, algo, pero entonces se acordó de la bandeja del desayuno. Se la puso invertida en los muslos.

–Y ahora escribe, venga. No hagas que te lo repita.

Apoyó la punta del bolígrafo en un punto cualquiera del folio. El padre se levantó; iba y venía buscando las palabras que quería dictarle.

–Bien, escribe: «Queridos papá y mamá...» No, un momento, tú nunca empezarías así una carta. Déjame pensar...

Oyó a sus espaldas el rumor de Elisabeth que resbalaba, acompañado del estrépito de la silla al correrse, por faltar el peso de su cuerpo que la tenía fija. Se volvió y vio cómo caía. El cabello sudado, sobre los ladrillos, seguía la lenta caída. Casi llegó a tocar el suelo con los hombros.

Después de muchos intentos, cambió el folio y empezó desde el principio, preguntándose otra vez qué palabras habría escogido su hija. Debían ser palabras de rebeldía, enérgicas, vengativas, tan orgullosas como su obstinación.

–Escribe lo que te digo: «Me he ido... punto. Es inútil que intentéis hacerme volver, punto... Nunca volveré. Punto y aparte. Me he escapado con personas a las que no conocéis... coma. Es inútil que me busquéis...»

Elisabeth miraba los renglones que el bolígrafo dejaba atrás sin reconocer nada como propio. Cuando se esforzó por distinguir las letras a la luz del neón que se reflejaba en el papel, y releyó la última frase, pensó que ella nunca habría escrito aquello. Josef notó aquel revuelo de pensamientos y le preguntó qué

pasaba. La vio esbozar una sonrisa, sacudir levemente la cabeza como diciendo: «No importa.» Se lo preguntó otra vez:

–¿Qué ocurre? Vamos, dime.

–Nada...

–Querida, estamos aquí para eso, dime qué estás pensando.

–Yo nunca escribiría esto.

Tenía tantas ganas de darle una lección a su padre que no reparó en que así lo ayudaba.

–¿Ah, no? ¿Y qué escribirías?

–Si crees que voy a decírtelo, te equivocas.

Josef sabía que no sacaría nada insistiendo, y decidió engañarla.

–Bueno, tú escribe. Escribe lo que yo te diga.

Y siguió dictando. Elisabeth escuchó dubitativa. No aceptaba que se hubiera desentendido tan fácilmente. Dejó el bolígrafo sobre el papel y lo interrumpió:

–Para empezar, yo añadiría al menos otra cosa.

Josef apenas contuvo una sonrisa.

–¿Qué otra cosa?

–Que las personas con las que me he escapado no son de Amstetten, y nunca podrían serlo.

El padre se aseguró de que había entendido bien:

–El hecho de que no serán nunca de aquí... Tan llena de rencor contra todos está mi niña, ¿no es eso? Como si estuvieras enfadada con el mundo entero...

Elisabeth dijo que sí con la cabeza.

–Eres un genio, cielo.

La carta que hizo que escribiera –y que debía ser necesariamente de su puño y letra para que resultase creíble y pusiera punto final cuanto antes a las pesquisas del teniente Meier–, decía lo que sigue:

*Soy Elisabeth, no volveré a casa. He escapado con personas a las que no conocéis, buscarme sería perder el tiempo. No son gente de Amstetten, y nunca lo serán. Lo digo ahora para evitar sorpresas: dicen que adoran a Satanás, que, comparado con papá, no deja de ser un ángel. Nada ni nadie me hace daño. Aquí todos me quieren. Si tú, mamá, me quieres también un poco, no me busques. Procura tú estar bien. Así ha sido.*

*Elisabeth*

Josef subió al coche; en pocos minutos estuvo en la carretera provincial, y

luego en la autopista, con el motor zumbando. Conducía echado hacia delante, como si pudiera empujar el vehículo. Mientras él, excitado, no debía más que escoger una de las muchas ciudades en las que podía echar la carta para volverse luego a casa lo antes posible, Elisabeth tenía cosas en las que pensar. Una vez más su manera de obrar había empeorado las cosas, y había conseguido lo contrario de lo que quería. Fue presa del desasosiego.

La injusticia, intuyó ahora, no era algo que iba contra ella, de él a ella, sino que venía de su interior, como la semilla de la autodestrucción. Pero, una vez más, todo había dependido de su padre. Le había cambiado algo por dentro y, como siempre, ahora le tocaba a ella poner remedio. Sólo ella podría borrar aquella sensación de injusticia. Llevarla dentro podía ayudarla a inocular en la sangre un veneno más fuerte y por tanto una voluntad creciente de luchar con la fuerza. Pero fuerza no tenía, y oponerse a la acción de aquella semilla habría convertido la lucha contra el padre en una lucha contra sí misma. Para extirparla tendría que desarrollar una técnica previsor, aún más precisa que la del padre; una técnica, eso sí, que hablase la misma lengua.

Se dio cuenta de que, para conseguirlo, primero tenía que aprender de él los rudimentos de la constancia, de la tenacidad, del convencimiento; el uso de instrumentos que ella desconocía, como, por ejemplo, la psicología. Pero nuevamente fue más lúcida y se hizo la pregunta más difícil: ¿cómo puede aprenderse de nadie si no se tienen los mismos deseos?

Elisabeth –se lo había enseñado su madre– tenía de su parte la seducción. Un día, años antes, después del enésimo arrebató de ira de Josef, le explicó aquellas cosas extrañas. La llamó aparte y le dijo que, sin que nadie, ni ella misma, ni Elisabeth, ni siquiera su padre, tuviera la culpa, poseía poderes que, en la impaciencia por hacerse adulta, chocaban con los del viejo y lo volvían loco. Le dijo que necesitaría tiempo para controlar aquellos poderes, y que mientras estuviera ocupada en dominarlos, era natural que su padre hiciera de ello un drama. Desde entonces Elisabeth dio en creer que todo nacía de su persona, debido a aquellas malditas virtudes mágicas que las muchachas poseen ya en la pubertad y que en ella, como una obstinación del destino, actuaban de improviso.

Antes que nada, debía afinar aquellos poderes. Si conseguía darle a Josef la conciencia de sus pecados, traspasársela, sería la peor condena que podía caerle. Supo que sería una tarea ardua, pero se prometió que lo conseguiría.

## LLEGA LA CARTA

Josef volvió de la ciudad de Graz entrada la noche. Meier y sus hombres caerían en la trampa. Ya se imaginaba la cara que pondría el teniente, y con él Rosemarie, cuando leyera la carta.

Llegó tres días después, temprano. Casualmente era el cumpleaños de Elisabeth. Rosemarie la encontró en la puerta junto con el resto del correo: un sobre blanco, anónimo, lleno de arrugas como si lo hubieran desenterrado. En lugar de abrirlo, le daba vueltas en las manos.

Solemne, Josef Fritzl apareció en lo alto de la escalera con una palangana llena de espuma en la que llevaba un espejo y una navaja de afeitar. Una bata ligera le ondeaba delicadamente en las rodillas a la suave brisa matutina. Alzó la palangana y entonó:

*–Me acercaré al altar de Dios.*

Había oído a su mujer en la puerta y salía del baño a ver. Esperaba que ese día llegase la carta, y vestido como iba, y teniendo a su disposición una escalera que podía bajar, pensó con sarcasmo en imitar la aparición del personaje de aquel famoso libro, que, como era persona que sólo empezaba las cosas, casi seguramente no había terminado de leer.

–¿Te decides a abrirla o esperas a morirme de vieja?

–Ya la abro, Josef, ya la abro...

Rosemarie introdujo el gordo pulgar por la solapa del sobre. Al final lo rompió, porque la ponía nerviosa saberse observada de aquel modo.

Se la tendió estirando el brazo.

–Toma. Está dirigida a los dos.

Josef sonrió y cruzó los brazos seráficamente:

–Léela tú, yo no tengo secretos.

Rosemarie gruñó irritada. Sacó el papel del sobre y empezó a leer. Su marido se le acercó. Apoyó el codo en el pasamanos para mirarla mejor a los ojos y disfrutar de la escena. La sonrisa que exhibía, sin embargo, empezó a borrarse: la mujer movía los ojos de punta a cabo de las líneas sin hacerse cargo de lo que significaban.

–Bueno, ¿qué? –resopló–. ¿Se puede saber quién la envía?

–Habla de Elisabeth...

–¡Tonta! ¡Trae acá! –Y se la arrebató de las manos. Fingió que la leía por primera vez. Abrió los ojos desorbitadamente y se pasó la mano por la frente,

por la boca. Se sentó pesadamente en los escalones, y la bata se le dobló de mala manera bajo el trasero.

–¿Qué dice? ¿Le ha pasado algo a nuestra hija?

Josef levantó la vista y la clavó en la pared de enfrente sin decir nada. No pensaba más que en el daño que le hacía la bata en el culo, y en lo incómoda que era la postura que debía mantener.

–¿Y bien? ¿Habla de ella?

–Sí, y es muy doloroso –contestó, dejando caer la carta.

Volvió al baño y terminó de afeitarse.

Rosemarie rodeó la barandilla, se arrojó a cuatro patas sobre el folio y releyó, esta vez llorando, las líneas escritas por su última hija.

Cuando media hora después el teniente Meier tocó el timbre, Josef estaba tumbado en la cama, en el piso de arriba, aún vestido con ropa de casa. No fue a abrir. Lo hizo Rosemarie, y nada más ver a Meier rompió a llorar. El agente intentó consolar a la mujer con sus manos rollizas. Tras él estaba el único ser humano que se alegraba de hallarse allí en aquel momento: el querido, joven agente raso Habicher.

–Ánimo, señora Fritzl, hace falta valor...

Le ofreció el brazo y la condujo al sofá mientras ella, deshecha, sacudía a un lado y otro la corta melena rubia.

–¿Puedo ver la carta, señora?

Rosemarie, sin levantar la mirada, señaló la consola que había junto a la escalera. Meier hizo señas a Habicher de que la cogiera y preguntó a la mujer dónde estaba su marido. Esta vez Rosemarie se limitó a señalar el piso superior.

Meier se sentó junto a ella y después de leer rápidamente la carta empezó a hacer conjeturas sobre la génesis de aquella escritura, sobre los sentimientos que traslucía, sobre su veracidad.

–No sé qué pensar... –lamentó, desviando la mirada–. En fin, lo que leemos es un verdadero drama. Pero Elisabeth es ya mayor de edad. No podemos hacer mucho.

Sin pedir permiso subió las escaleras. Al oírlo, Josef se revolvió el pelo con un rápido ademán y apoyó la cabeza en el brazo, que sobresalía de la cama, de manera que pareciera suficientemente desesperado.

Meier entró en el cuarto y lo vio tumbado, de espaldas a la puerta, acurrucados los costados gruesos en la cama deshecha.

–¡Señor Fritzl! –dijo–. Soy Meier.

Viendo que no reaccionaba, se acercó al pie de la cama para verle la cara. Lo

encontró con la mirada fija, los ojos iluminados por la ventana.

–Josef... –dijo, esta vez en tono amistoso–. He leído la carta, no sé qué decir. Lo siento.

El otro parpadeó lentamente. Sin mirar al agente, encogió las piernas y con un esfuerzo ostensible se sentó. Se llevó las manos a la cabeza, despacio, y se revolvió aún más el pelo. El aire desaliñado ya lo tenía: ahora quedaban por pronunciar esas dos o tres palabras que certificasen la derrota del hombre y del padre. Pero no dijo nada, resopló y sacudió la cabeza. Parecía que quería salpicar todo el cuarto de incomprensión por el acto de la hija, como perro que sacude la cabeza llena de barro. Se levantó, fingió incluso que perdía el equilibrio, por lo que Meier, instintivamente, estiró los brazos para sostenerlo. Con la ropa exigua que llevaba, en aquella habitación privada que la presencia del agente había hecho pública, Josef semejaba un noble decaído que, aunque severo y aún respetable, hace mirar a otra parte, inspira cierto desdén por la ranciedad a la que su vida parece destinada. Los frascos de medicinas bien a la vista en la mesita de noche, el terciopelo de las paredes de estilo bávaro, estilo ausente en la arquitectura de la casa y que habían tratado de compensar en el interior, desempeñaron su papel. Las mantas ya pesadas anticipaban la tristeza de un invierno que pasaría en la vejez y en la soledad; allí revueltas, enredadas a las sábanas de la mañana avanzada, llenaban de miseria la carga que Josef tendría que llevar de allí en adelante.

Meier sintió una fuerte opresión en el pecho. Pensó que no le correspondía a él consolar a las víctimas, y permanecer allí más tiempo no ayudaría a nadie. Lo aliviaba el hecho de que a él, custodio de la ley, nadie le hubiera reprochado nada. Y viendo que Fritzl, que lo había tratado como a una especie de héroe la primera vez, cuando le trajo a la hija, no le hacía ahora sentirse un hombre inútil, decidió irse de allí lo antes posible.

Le resultaban incluso insoportables los últimos instantes que tenía que pasar en aquella casa, así que cruzaría el pasillo, luego la puerta principal, y sería un hombre libre. Se dijo que, en el futuro, para posibles trámites y puestas al día del caso, convocaría a la pareja en la comisaría y no volvería más a aquella casa.

## EL MURO

Satisfecho con la manera como habían salido las cosas, Josef bajó al búnker. Al entrar vio, debajo de la mesa de la cocina arrimada al muro, la pierna de

Elisabeth, que yacía en el suelo boca arriba, entre las patas de las sillas volcadas. En otro momento la habría castigado severamente, pero esta vez sintió un dolor inmenso al ver que su hija había tratado de suicidarse lanzándose contra la pared.

Se le acercó. Estaba medio doblada contra el flanco del fregadero, con la cara en la sombra entre el muro y un brazo que se le había quedado levantado. Miró la sangre fresca en el cemento. Descubrió más en el suelo, porque al pisarla hacía un ruido líquido, denso, viscoso, como si fuera miel roja. Le cogió la cabeza con las manos y la giró un poco hacia la luz. Vio la ceja partida, el pómulo morado, el labio reventado. Otra mancha de sangre hacía una sombra en la comisura de la boca.

La llamaba, le gritaba, le susurraba, le ordenaba que no hiciera el tonto, que reaccionara, que volviera en sí enseguida y que no se preocupara, que no era nada. Le palpó la muñeca. El latido del corazón era tan lento que apenas lo notaba con los dedos. Tan pronto parecía que latía como que no. Llevó la oreja a su pecho. Aunque no percibió señal alguna de vida, se levantó más tranquilo, pensando que no podía haberse matado. Su niña tenía muchas ganas de vivir, aunque ella no lo supiera.

Al principio Elisabeth vio un campo gris sin separación. Sonrió por la sensación que tenía de estar consciente, de *estar*, sobre todo, incluso más allá del muro, incluso en la muerte. Había pasado casi una hora desde que el padre la encontró sin conocimiento. Creía que había resucitado. Giró un poco la cabeza y el dolor reaccionó como un pequeño monstruo que patalea. Se preguntó por qué las paredes del búnker no habían filtrado el dolor del impacto. Tendría que haber caído al suelo junto con el cuerpo; haberse desplomado como un envoltorio inútil al pie del muro. Josef se le acercó, se arrodilló a su lado. Al verlo, ella sonrió más. El paraíso era quizá un tiempo en el que su padre ya no le haría daño.

El problema vino en aquel preciso instante, cuando le tomó la mano entre las suyas y empezó a besársela, con la cabeza gacha por la vergüenza. Pero aquellos besos tenían un sonido, una consistencia. La sonrisa se convirtió en duda. La posibilidad de hallarse en el paraíso se desvaneció. Tenía en el regazo la cabeza de su padre. La tocó para estar segura de que se hallaba efectivamente allí. Quería tocar el terror de estar viva. Quería tocar el terror. Y lo sintió con la punta de los dedos. Sólo entonces se dio cuenta: estaba tumbada en la cama, seguía en el búnker.

La respiración de Josef se insuflaba en el tejido del vestido contra el que

oprimía la cabeza y espesaba su trama. Elisabeth sintió un calor que le envolvía el regazo y le llegaba al seno. Moviendo a un lado y otro la cabeza gacha, como un mazo grande en un mortero pequeño, su padre, con los dientes, poco a poco, le subía el vestido. Ella creía que la rozaba con el dedo, pero lo que sentía acercarse por el muslo, rodilla arriba, era el ribete del vestido. No veía más que la cabeza redonda de su padre y su mano sobre ella.

Josef se llevó un dedo a la boca, y como si hubiera pulsado el botón que acciona un tiovivo, los ojos se abrieron para recibir aquel puntito de luz que era el triángulo blanco de las bragas de su hija. Ella no podía verle la cara, la expresión asombrada, aquel dedo indeciso de niño maravillado, porque en la cabeza tenía una única idea. Elisabeth no percibía más que un soplo en la piel, la extremidad de algo que ahora creía que era el vestido y en realidad era el dedo. No saberlo lo hacía más fácil e, incluso, casi deseable. Deseaba, en efecto, no mirar, y Josef, por primera vez, la contentó. Como estaba de rodillas, empujó el cuerpo hacia delante, apoyado en los pies. Con las manos tiró de la sábana, se agarró a ella, y se deslizó con la cara pegada a la pelvis. La conciencia de Elisabeth se apagó cuando él hundió la cara entre sus piernas. En ese momento se estremeció la cama. Las flores que por un instante había ella imaginado que cubrían su pubis, como celebrando su muerte, quedaron apisonadas, arrancadas, trituradas por la pesadez con la que él le pasó por encima.

## LAS INJUSTAS PROPORCIONES

En la soledad que siguió, no encontró momentos de paz ni consiguió que Josef se los concediera. Su padre venía todos los días y todos los días se iba. Aunque hubiera pasado el día trabajando en la pensión que ahora regentaba en el Mondsee, aunque fueran días de vacaciones o estuviera enfermo, lloviera o hiciera sol, él iba y venía cuando quería, tomaba cuanto deseaba de la manera que le parecía, con la facilidad que buscaba, por el tiempo que se le antojaba. Se arrojaba sobre ella con tanta energía y tan de cabeza que no veía esa expresión, esas breves señas de invitación a tener cuidado, a poseerla con cierta delicadeza. Como una ola enorme que sube del mar y embiste a una niña que se vuelve, así Josef la arrollaba con su abdomen, y lo que pasaba después era la vigésima quinta hora de todos y cada uno de los días de ambos.

Durante años, por los pasillos de la casa, Josef había perseguido su cuerpo inocente, perfecto, los senos con los que se llenaba las manos, el olor del pelo, la

densidad tierna de las caderas, los labios y el dibujo de los hombros. Ahora, por fin, podría comprender lo absurdo que había sido desearla como a una mujer todo aquel tiempo; no haber reconocido a su hija en aquellas formas, su misma carne, su sangre, muchos de sus rasgos idénticos.

Ahora ella, con la cara destrozada –las heridas que se había infligido arrojándose contra el muro habían cicatrizado mal–, podía al menos esperar verse fea, confiar en que no volverían a desearla. Pero viendo que después de haberse destruido hasta aquel punto él aún la buscaba, Elisabeth se convenció de que su padre quería de ella lo que nunca había tenido: un yo interior que, como nunca había debido protegerse de ningún ataque, ella sintió ahora indefenso. A una invasión de Josef que llegara tan hondo no sobreviviría.

Deseó volver a días atrás, a antes de destrozarse la cara.

La idea de que él volvería a tocarla se hizo más sombría que nunca. Acalló las preguntas, los pensamientos. Todas las proporciones habían muerto en el momento en que el dolor fue desproporcionado. La desesperación le hizo un nudo en la garganta, le llenó de terror los ojos y la hizo gritar el más tremendo de los silencios. El razonamiento que continuaba interminable se disolvió en llanto. Convivían en Elisabeth la amargura de no haber comprendido a su padre y el sentimiento intensísimo de haber sido querida por lo que era. Cambiaba el consuelo blanco por el negro tan repentinamente que mientras una lágrima se disponía a resbalar por la mejilla, los labios aún esbozaban una sonrisa.

Las cosas se complicaron el día en que Josef fue a verla con una extraña expresión, a una hora inhabitual. La poseyó con un ceño de malhumor por algo que debía de haberle ocurrido. La penetración era menos violenta que otras veces, tanto que Elisabeth llegó hasta cierto punto a participar: a la mitad Josef redujo la velocidad de las acometidas cuando, ya próximo a apagar el motor de las piernas, sintió que el prepucio se abría otra vez. Elisabeth, meciéndose en las rodillas, fue a su encuentro con las caderas. Pero él ya se había detenido. Ella volvió la cabeza, en busca de sus ojos.

–¿Esta vez en qué me he equivocado?

Le preguntó qué le pasaba y él contestó que se había peleado con un idiota aparcando, hacía unas horas.

Se sintió humillada al ver que su destino dependía de una estúpida pelea; que algo tan tonto ocurrido en la superficie podía determinar toda la conducta de allí abajo. Libre de la violencia del padre, siempre igual y arrolladora, se hizo patente la voluntad que tenía de quedarse con algo de lo que estaba obligada a

sentir. Ya no se sintió aplastada por los muros, sino por la maldad de la vida que se burlaba de ella. Volvió a pensar que nada tenía un porqué y se preguntó si tenía elección. Si tenía otra cosa que tomar o dejar que no fuera su vida.

Pasaba el tiempo y la esperanza volvió a vacilar. De nuevo se vio Elisabeth jadeando entre lamentos. Lloraba con las manos temblando, la boca torcida. Empezó a pasearse a lo largo de las paredes del búnker. Se golpeaba el pecho, y mesarse mechones enteros de cabello ya ni le dolía. Silenciosamente perdía las formas, y su color, fuera cual fuera allí abajo, era el color de las almas perdidas.

Hubo otra cosa que superó los límites. La cuerda había segado la piel, había oprimido tanto el tobillo que la mala circulación de la sangre impedía que las heridas cicatrizasen. Como aguas quietas que roen un puente, la cuerda había alcanzado el hueso. Por eso tenía la impresión de que podía soltar el nudo: porque se había aflojado en torno a los músculos comidos. Se tanteaba el nudo con la impresión de que metía los dedos en la carne viva, pero no imaginaba que era tan grave porque no sentía ningún dolor. Aquella cuerda llevaba tantas semanas oprimiéndole el tobillo que el dolor se había mitigado día tras día, al tiempo que se lo serraba cada vez más.

## BAJO EL MANTO DE NIEVE

El invierno de 1985 fue particularmente severo en Amstetten. Nevó intensamente también en países mediterráneos. En el búnker, sin embargo, una estación se diferenciaba poco de otra. El microclima no variaba más que algún grado, y no siempre. No es que no se sintiera el frío, pero entre la gran caldera de leña y carbón, los radiadores y el sistema de ventilación, la duración de las estaciones se había reducido y parecía que se sucedían con más frecuencia. Las dos medidas del calendario, la de los días y la de los meses, se simplificaron radicalmente: la vida de Elisabeth, aunque con calor y con escalofríos, era un interminable día de bochorno. El viaje que Josef quería realizar con ella hacia el principio de todas las cosas, aquel atravesar las edades de la especie humana, transcurría a una velocidad tan grande que cualquier esfuerzo por oponérsele resultaba vano.

Albert Habicher, con sus manos metidas en los bolsillos de la chaqueta y sus pantalones ceñidos a unos muslos inútilmente poderosos, seguía dándole que pensar a Josef. Se había empeñado en investigar solo el caso de Elisabeth y

había confeccionado una lista de las sectas satánicas y de los homicidios con móvil esotérico perpetrados en todo el territorio nacional. Comparaba los casos, formulaba hipótesis infundadas. Varias veces había intentado hablar del tema con Meier, con los colegas, incluso con los amigos, pero el único que lo escuchaba y sobre todo lo animaba a no darse por vencido era precisamente el señor Fritzl. A él podía confesarle su tormento, y hallaba consuelo en un rostro que reflejaba el suyo. Josef sabía que tenía delante un corazón sincero. Elisabeth había cautivado siempre a todos, pero aquel muchacho era el único que, aunque torpe, había manifestado sus sentimientos a cara descubierta. Josef le veía en los ojos aquel sincero enamoramiento y le concedía tiempo, le daba alternativamente ánimos y consuelo. Tenía la impresión de que hablaba con uno de sus hijos como nunca había podido hacerlo. Le hablaba de Elisabeth con tanto amor, y le contaba tantas cosas de ella, anécdotas, historias y lances varios, que el muchacho estaba cada vez más enamorado y le parecía que la conocía, que había pasado mucho tiempo con ella. Salía de la casa de Fritzl con renovado aliento, reanudaba el trabajo algo más esperanzado, aunque siempre volvía cada vez más frustrado.

Josef pedía a su mujer que colaborase. La invitaba a portarse bien, a mostrarse afectuosa con el joven. Rosemarie, celosa, los veía hablar en el jardín, mientras se tomaban un refresco, o en la pajarera de los canarios, a la que no permitía entrar a nadie. Pero ella seguía poniendo mala cara, como siempre, y arrastrando aquellas opulentas caderas con la tristeza de los años postreros. En lugar de hacerle caso, se tomó la pequeña satisfacción de reivindicar su derecho a tratar con personas a las que llamaba amigas, pero cuando Josef, más que nada por reírse, le preguntaba quiénes eran, no sabía nombrarlos.

–¡Sauer! –acababa diciendo, mientras hurgaba en su vida.

–Sí, señor, el vecino Sauer.

Desde que tenía a Elisabeth, Josef no volvió a enfurecerse por oír aquel nombre. En los últimos meses respondía sonriendo a ciertas provocaciones y su mujer creía que por fin se había hecho respetar. Se iba caminando al lado de aquel sujeto cuyos zapatos, permanentemente nuevos, rechinaban. La mujer rolliza y el testigo de Jehová. Aquel hombrecillo había gastado muchas suelas vendiendo de puerta en puerta su versión de los Evangelios, y ahora que era testigo anciano podía jactarse de tener un armario lleno de zapatos, todos distintos. Había hecho carrera, según él, y ahora iba a quedarse también con aquella mujer cuyo marido no la merecía. Se paseaban por las calles del barrio residencial separados lo justo para no dar que hablar. Josef, del brazo de

Habicher, los veía dar vueltas como dos viejos pavos en el corral y se sentía más bello y más verdadero que ellos. Cuando tenía ganas de estar con su niña bajaba al búnker y se burlaba con ella de aquellos dos de arriba. Le contaba detalles de aquella horrible unión, de cómo empezó y cómo seguía. Los parodiaba, imitaba su voz y sus gestos, y Elisabeth reía. Reía con las manos en la tripa vacía y dolorida, con calambres en las costillas y punzadas en la nuca porque había perdido la costumbre de reír, reía acurrucada y atada como una presa –desnuda como la verdad de Josef–, reía de aquellas personas que para ella ya no eran más que personajes ridículos. Luego se ponía seria y lloraba, porque nada tenía sentido. Cambiaba de humor tan repentinamente que empezaba a preguntarse si no estaría loca, y la promesa que se hizo a sí misma de luchar contra su padre perdía sentido y, como antes, volvía la certeza de que no lo soportaría; de que soportar a su padre quería decir amarlo, cuando ella lo odiaba. No había salvación: cuando se entregaba a la risa, era para hacerse la ilusión de que estaba bien y seguiría adelante. Pero se quitaría la vida como se quita un vestido que ya no sienta bien.

## EL ALMA REFLECTANTE

Si un día tuvo fuerza suficiente para levantar el pesado termo tamaño familiar; de alzar hasta los labios, y más arriba, aquella jarra de plástico rojo con agua, fue porque Dios –pensó cuando se le ocurrió– iluminó su pensamiento. Con los brazos doloridos había manejado Elisabeth el recipiente, se lo había llevado a los labios y había bebido a sorbitos. Al inclinarlo y sacarlo de la sombra de la cara había visto reflejada en el interior la luz que venía de arriba. Un destello plateado que relampagueó dentro del termo como el dorso entrevisto de un pececillo atrapado. Tuvo un sobresalto. Tuvo que girarlo varias veces bajo la luz, como un mono que no entiende el funcionamiento de un objeto y repite la acción anterior. Sólo que ella vio el reflejo otra vez, y otra. No se había equivocado ni lo había soñado. El interior del termo era un espejo.

No podía creer que hubiera encontrado la solución; que hubiera descubierto la llave que le permitiría salir y al mismo tiempo el recipiente donde esconderla. Puso el termo delante de las plantas de los pies y empujándolo se arrastró hasta el váter. La alegría le había dado un poco de fuerza. Vacío el agua que quedaba en el termo y respiró; se armó de la energía que creía necesaria. Cogió el objeto de plástico por el asa grande y lo levantó todo lo alto que pudo. Respiró

profundamente, y cuando hubo ejecutado el acto con la imaginación, golpeó el termo contra el borde de la bañera, sin soltarlo. Cientos de añicos brillaron en la destrucción. El alma reflectante quedó separada del cuerpo de plástico. Ya el estrépito la alegró, ya eso fue un éxito, porque había temido no poder romperlo. Los ojos centellearon con la miríada de trozos dispersos. Se acuclilló para mirar de cerca el espejo liberado de la concavidad y que ahora formaba un mosaico. Acercó la cara y miró muy de cerca, expectante, convencida de que hallaría su imagen destrozada en el suelo; pero lo que vio no era la belleza quebrada, destruida, descoyuntada –caída hacía tiempo del cielo de su rostro–, sino su lugar vacío, el nicho oscuro que había dejado.

¡Qué macabra era la verdad ahora que quedaba expuesta! Comprendió que los sentimientos nunca salen realmente de nosotros; cuando lo hacen, es porque los conjuran semejanzas. Los suyos estaban asomados al borde del alma como lombrices sacadas del terrón.

Elisabeth entrevió un sueño, infinito y horrendo: el sueño de seguir viviendo. Lo vio justo a tiempo en lo profundo de su ser, como un mandato que alguien o algo le hubiera grabado en el pecho en el momento de la creación. Quería llorar y no podía. Se sintió obscena. Ahora que había desaparecido, se dio cuenta de que la belleza fue siempre una máscara. Por eso le pareció obsceno descubrir que detrás de esa máscara se escondía una actriz. Hasta entonces, Elisabeth no había hecho más que fingir. Siempre había estado dispuesta a hacer lo que fuera para obedecer esa instrucción, sin importarles lo doloroso que pudiera ser para los demás. Repasaba ahora algunos de sus comportamientos y se avergonzó. Por ejemplo, éste: haber acabado escribiendo por voluntad propia la carta que anunciaba su desaparición; haber falsificado la única verdad. Había participado en la destrucción de su propia existencia. No tenía la coartada de una mente débil, y sintió que no bastaba la de haber tenido una adolescencia violada, un padre que fue capaz, no se sabe cómo, de anticipar su primera menstruación, haciéndole dudar de su propia sangre. Pensó que no valía nada; que, como su padre, estropeaba todo lo que tocaba. Este momento de lucidez fue más absurdo que la locura.

Cogió del suelo uno de los fragmentos y se aseguró de que tenía un lado cortante. Giró la muñeca como si buscara la señal preparada, la esquina por la que se pasa la página. Practicó una incisión y una gota de sangre se condensó en la punta del cristal. Acercó la muñeca para ver mejor cómo entraba la muerte por

donde la sangre salía. Y entonces su mente despertó como por efecto de un chasquido de dedos. Aguzó la vista y el corazón quedó en suspenso. Sabía que vivía en un lugar sobrenatural de revelación y ocultamiento. Lo que ella tenía viciado y lo que florecía, la turbación y la inercia, lo que pudría y lo que germinaba, estaba recomponiéndose ante ella. La vida violenta se había depositado en el fondo del cristal. Lo que había vivo en el espejo, aunque ella nunca sería capaz de admitirlo, era la muerte: tan viva que la rechazaba porque lo que Elisabeth quería era morir. Comprendió que en el búnker no había ni espacio ni tiempo. La vida y la muerte iban juntas como dos caras de la misma moneda.

La muerte era una muchacha eterna que vivía al otro lado de aquel espejo. Todo el tiempo del universo no sería suficiente para recomponer su aspecto. Y aquella muchacha pedía a Elisabeth que la enseñara a cuidarse, a mejorar, a hacerse más bella. A cambio, ella tomaría sobre sí sus tormentos: los recuerdos que llevan a la perdición cuando no se tienen otros. En este intercambio de confidencias entre chicas, Elisabeth contó sus penas. Dijo nombres y apellidos, habló de miradas, de obsesiones, de pecados, de sufrimientos y de alegrías, hasta que la misma muerte perdió sentido.

Comprendió que no habría reciprocidad en el acto de quitarse la vida, que reciprocidad era ir juntos hacia un destino común, un modo de vivir juntos que la muerte no le concedería, porque el espejo sólo la representaría como un amante sin espíritu; le haría ver su historia, su pasado, como si todo su destino dependiera de ellos.

Dejó, pues, el espejo encima del armario, como un objeto sagrado que debe guardarse en alto pero del que es mejor mantenerse alejado. Intentaría por todos los medios hallar aquella reciprocidad en su padre.

### 3. AQUÍ MANDAS TÚ

#### LOS OJOS DEL MIEDO

Nueve meses desde que la encerró. Nueve meses para alumbrar a una Elisabeth más esencial, que estaba dentro de la anterior como la tierra contiene un monte, sepulto e intacto. Hubo nuevas violencias, en cantidad y calidad. A las penetraciones y los golpes se sumaron otras, seguidas de cuidados renovados, de excusas. Inspecciones nocturnas, castigos infligidos por haber intentado adularlo. Hubo capturas, torturas, carnicerías. Viejos y nuevos sacrificios. Hubo mentiras, falsas promesas, ilusorias liberaciones, más torturas, sevicias y medicinas. Hubo tres dedos rotos y mal recompuestos, llagas, inmovilidades que causaban dolores intercostales, calambres, cefaleas. Inconsciencia a veces, luego catatonía, mutismo. Hubo momentos de inquieta, aterradora paz. Hubo recogida de flores en el jardín de cemento.

Pasaron días, semanas, sin que Elisabeth llevara la cuenta. Aunque procuraba reconstruir los hechos para calcular el tiempo transcurrido, y numeraba comidas y cenas, el día y la noche se invirtieron, se multiplicaron, se confundieron. Las albas se convirtieron en un parpadeo eléctrico de varios instantes, los crepúsculos en un temblar de pupilas. Las sombras se volvieron recuerdos, los recuerdos extensiones de luz. Del libro de su historia se desprendían más páginas de las que ella conseguía salvar. Y mientras la cuerda mordía los huesos, el nudo no soltaba su presa, el cuerpo perdió más kilos. El peso mismo pasó a ser una idea abstracta, una forma sutil e insonora. Bajo el neón sólo estaba ella, pero ella no estaba allí.

El padre seguía eclipsándola con su abdomen. La había raptado dos veces. La primera del mundo, la segunda de sí misma. Luego, poco a poco, llegaron los objetos, introducidos en el búnker como amigos de Josef que venían a ver el estupendo ejemplar de ninfa que tenía escondido. Incorruptibles testigos del estrago, cada uno con un doble uso nunca visto en la historia. Instrumentos de ginecología experimental, cómplices de las torturas. Un par de tijeras como dilatador vaginal, la mesa de la cocina como mesa de operaciones. Un cenicero para echar los dientes que caían como botones. Llegaron las sillas plegables, un único vaso de plástico, diminuto, infantil. Una mesa plegable de camping y una

tumbona inofensiva. Llegó mucha ropa, bragas, sujetadores, camisones, bordados, de seda, caros; tules y encajes primorosos, para vestirla de puta. Pocos vaqueros, algunas faldas de tela pesada y pésima factura, ropa comprada en grandes almacenes medio desiertos de las afueras. Zapatos arrugados, usados y gastados, con la punta agujereada o estrechos. De los estantes de una estación de servicio llegó una cajita china de imitación, de madera lacada en negro, llena de cosméticos baratos, con una puerta con un espejito que él despegó y sustituyó por una foto de ella cuando era niña, para que no viera lo que era su cara. Llegaron rímeles granulados guardados mucho tiempo en míseras trastiendas descuidadas, pintalabios secos y porosos, de tacto y sabor desagradables. Broches y cepillos que se rompían antes de llegar a los nudos, arrancando cabellos debilitados por la falta de luz y de nutrientes. Doblada en una caja de zapatos que Elisabeth no podía tocar, so pena de que le rompiera un dedo por enésima vez, había una lámina roja de papel maché que Josef pegaba con celo al plafón para que pareciera un prostíbulo. Un día, haciendo inventario, apareció un pequeño estuche con páginas; detrás tenía un bolsillo y en el canto un aro de tela en el que originalmente debió de ir metido un bolígrafo de pocos centímetros. No era una libreta ni una agenda. Ni propiamente un cuaderno ni un diario. Elisabeth pidió a Josef que le permitiera quedárselo. Josef lo examinó largo rato, sopesándolo.

–Toma –dijo al fin, tirándoselo a los pies. Aunque no podía escribir nada, Elisabeth guardó aquel objeto como si fuera lo único que tenía en el mundo.

Desde aquel 28 de agosto de 1984, día en que la encerró, el tiempo había pasado como la larga cola de un meteoro en un cielo fijo. Los meses habían transcurrido como un interminable, extenuante día de lluvia sin agua, de grisura sin interrupciones. Los animales enmudecieron. Callados los pájaros, los ladridos de los perros, el susurro de las culebras. El oído de Elisabeth se convirtió en un pozo sin fondo que esperaba la irrupción de un trueno que no llegaba. Cesaron los gritos nocturnos, las risas del día. Se apagaron las radios a la hora de la comida, el entrechocar de los platos; los niños a los que antes oía jugar entre los setos, ahora, en su mente, se habían quedado detenidos como en una instantánea descolorida. La memoria se convirtió en recuerdo de sí misma, una huella que tardaba un poco más en desaparecer; se confundió con las paredes, con el techo bajo, tan opresivo que aplastaba hasta las ideas.

Los contornos sucios del cuerpo desnudo, desde los pies descalzos que arrastraba por el polvo hasta los hombros manchados, se convirtieron en el redil

donde Josef guardaba el ganado de sus manías. De aquel fango pútrido asomaba el medio busto de Elisabeth, su cuello flaco, la cabeza torcida como de estatua que en la antigüedad admiraron por su belleza y ahora yacía medio enterrada, olvidada. Una jaula de reptiles llena de estiércol y orina, eso era el búnker, sin ilusiones; Elisabeth era un cobaya que la serpiente no dejaba de devorar. En la superficie, Josef se ajustaba a la idea que los vecinos tenían de él; abajo, en cambio, perfeccionaba la imagen que tenía de sí mismo: el sencillo técnico en electrónica adquirió los principios de la electrónica en revistas que recibía por correspondencia, llegó a tener conocimientos avanzados y a elaborar un compendio propio, muy superior a aquellos manuales. Probó chismes y aparatos que él inventaba.

Seguía soportando el dolor y ella misma estaba asombrada. Pero lo que más la impresionaba ocurría en la mente; cuando trataba de tener quietas las manos, ciertos ensañamientos aumentaban. Ni siquiera intentaba rebelarse. Aceptaba que en su cuerpo sucediera de todo. Había pasado el tiempo en que quiso atacarlo, apuñalarlo con lo que fuera, un bolígrafo o una cucharilla. La noticia de que había pasado nueve meses allí dentro le traspasó la frente y grabó en su mente el hecho de que, como le dijo su padre, podía quedarse tranquila: nadie iría a buscarla. Intentaba portarse bien, pero mejor de lo que se portaba no podía. Se esforzaba por quedarse inmóvil, por no responder ni siquiera verbalmente. Pero todas sus acciones, tan reducidas en el espacio y en el tiempo, eran fatales: ocurrían necesariamente y eran siempre una provocación. Incluso el simple acto de estirar el brazo parecía dejar un arco material en el aire. En el intento de anular cualquier desafío, el más pequeño movimiento o palabra se convertía en una involuntaria declaración de independencia. Josef seguía cebándose con su hija con una rabia creciente que ella no se explicaba.

Ya era mansa. Cuando le quitó la cuerda, ella, como estaba previsto, no se rebeló, ni trató de engañarlo, ni de huir. Lo había conseguido. La mente de ella había sufrido ese proceso extenuante de borrado de todos los instintos que se necesitan para percibir el peligro y activar los mecanismos de defensa.

–Te prometí que un día te desataría. Ese día ha llegado –le había dicho moviendo los brazos sobre ella como un cazador furtivo sobre la presa. Y como una presa exhausta dejó que la manipulara sin agitarse. Lo dejó hacer, y lo observaba con el poco entendimiento que basta para mover los ojos. Incluso desatar la cuerda que la había inmovilizado todos aquellos meses fue una forma

de violencia: se rompía un último vínculo con las pocas cosas con las que se había relacionado.

No la ayudó a ponerse en pie hasta después de unos días de curas, hasta que le hubo aplicado innumerables apósitos para evitar que la herida se infectase. Él mismo se conmovió al verla caminar con las piernas libres, aunque muy despacio: Elisabeth tenía la impresión de que carecía de tobillos, como si la cuerda se los hubiera mutilado. Con mucho trabajo volvió a dar unos pasos, pero las piernas flacas, desacostumbradas a andar, flaqueaban bajo la espalda encorvada, y abría los brazos como antenas incapaces de captar señales. Tenía que aprender de nuevo a mantener el equilibrio.

–Es cuestión de tiempo, querida. Pronto querrás correr.

Josef tenía razón. Elisabeth sería pronto nuevamente dueña de su cuerpo y podría andar, para ir, claro, a ninguna parte.

Una noche bajó para darse un atracón rápido de sus carnes. Llevaba una lámpara porque la instalación eléctrica se había averiado. Tendría cuidado de no estarle encima mucho rato con todo su peso, y si abrir las piernas aún le dolía, se tumbaría de lado y la penetraría por detrás. Entró en el búnker y colgó la lámpara del plafón, pero cuando recorrió los pasillos buscándola, no la encontró. Por unos instantes sintió un vacío mental. ¿Era posible que Elisabeth hubiera ya recuperado el control de su cuerpo hasta aquel punto? Buscó detrás del lavabo, en la bañera. Miró varias veces en la habitación de las camas, levantó los colchones. Abrió las puertas del fregadero de la cocina, tampoco allí estaba. Volvió al primer pasillo, aunque sabía que allí no había ni una caja en la que pudiera esconderse. Fue y vino, diciéndose que debía tener calma, reflexionar, racionalizar, pero enseguida se puso nervioso.

–Elisabeth, ¿dónde estás? ¡Contesta!

Lo embargó el terror de haberla perdido. Miró los objetos que lo rodeaban, pero eran ellos los que lo miraban: restos mínimos de una vida que por un momento también a él le pareció absurda, y que si se quedaba solo sería atroz. Rompería las paredes a cabezazos, pero seguía sintiendo su presencia. Estaba allí, en algún sitio. Lanzó un grito que los muros le devolvieron, ensordeciéndolo:

–¡Dónde-coño-estás!

La respiración le empañaba la vista. Presa del pánico, se mordió las manos. Para calmarse, se sentó en el suelo, cruzó las piernas, apoyó los brazos en las rodillas, y llegó un momento en que no movió más que los ojos, inquietos y

excitados, llenos de curiosidad y de temor. Lo habían engañado. Por primera vez se habían burlado de él.

Volvió a respirar con calma. Miró a un lado y otro, esperando una idea que lo ayudase a entender. Vio el flanco del fregadero, el rincón de la cocina, el arranque del pasillo que llevaba a la entrada; enfrente, el lavabo del baño y los pocos accesorios que en él había, el váter, el albornoz colgado del gancho y, en el suelo, las puntas de sus botas. La presión craneal disminuyó. Se abrió paso una especie de duda. Apoyó la mano abierta en el muro que tenía inmediatamente a su derecha y lo palpó como si fuera un ser vivo. «¿La habrán absorbido las paredes?»

Vista desde abajo, la pared de cemento parecía un titán con los brazos cruzados, de pie, terrible, con los ojos cerrados.

Se levantó sin desviar la mirada. Con ambas manos buscaba en la pared una grieta, una hendidura, un pasadizo. Se subió a la silla y empezó a tentar aquí y allá. La luz tenue que difundía la lámpara portátil, colgada del plafón del cuarto de al lado, no era suficiente. Fue por ella y la acercó a la pared, mientras con la otra mano seguía palpando el liso revoque. Para comprobar el techo se subió al fregadero, que luego desplazó con fuerza hacia el centro de la estancia para registrar detrás, sin que le preocupara romper las cañerías. Hacía fuerza con la palma en diversos puntos buscando un punto móvil, un ladrillo que girase hacia dentro y descubriera un pasadizo.

Pensó que de aquella manera nunca la encontraría, que tenía que tratarse de una apertura más sutil, que los ojos no veían. Se le ocurrió usar una vela. Si existía una rendija en la pared, una llama delataría sin duda la corriente de aire. Buscó en el arcón que había al pie de una de las camas. Encontró velas y enseguida encendió una. Terminó de examinar la zona de la cocina y el baño. Sin olvidar las paredes de los pasillos, fue a la primera habitación. Con la lámpara colgada del plafón y la vela en la mano, siguió inspeccionando el perímetro.

Se inclinaba y se erguía con cuidado de no moverse bruscamente, para que la llama no temblara. Pero la llama permanecía recta, inflexible. La mantenía a pocos centímetros de la cara y avanzaba casi pegado a la pared, concentrado en las señales del enlucido. No se había fijado antes, y en cualquiera de ellas podía estar la trampa. Pasó a la pared siguiente y luego a la otra; se agachaba doblando las rodillas y luego se levantaba lentamente. Había examinado la tercera parte de la pared cuando encontró una serie de rayas que subían hacia arriba, levemente más oscuras que la pared. Parecían fotografías aéreas de pistas de aterrizaje, por

lo finas y poco sinuosas que eran. Las recorrió atentamente, observando al mismo tiempo la vela, que ahora sujetaba con las dos manos. La vela proyectaba un halo de luz que le permitía examinar más detenidamente aquellas líneas y rayas, de perfiles ya uniformes, ya irregulares. Se preguntó qué podían significar, y buscó en el recuerdo de la pared un hecho que pudiera explicar las señales. Pudo enderezar tranquilamente la espalda, y pensando, casi olvidado del objeto de sus pesquisas, vio de pronto que la llama temblaba y se recomponía. Abrió los ojos: quizá había encontrado la rendija que buscaba. Se quedó quieto. Contuvo la respiración, clavados los ojos en la llama. Se preguntó si no la habría alterado él con su aliento, pero la llama se agitó de nuevo. Examinó más de cerca el muro, y particularmente el área de la que podía haber venido el soplo. Estaba allí, delante de él y no la veía: inmóvil, a no más de tres o cuatro centímetros de su cara. ¡La pared abrió de pronto los ojos ante los suyos!

Josef fue alcanzado en pleno cerebro por aquella imagen fulminante, que sin moverse clavó la mirada en él, como una serpiente ya demasiado próxima. El búnker empezaba a rebelarse como una criatura a la que hubiera alimentado demasiado, que reaccionaba e iba a devorarlo pero no lo devoraba aún, y esos instantes que pasaban lo aterrorizaban.

No pudo sostenerse en pie y cayó hacia atrás. Agitó los brazos en el aire y se dio una culada. La vela cayó al suelo y se apagó. Rápidamente se arrastró hasta la otra punta del cuarto. Incluso desde allí, mirando fijamente, le costaba distinguir en el muro el relieve del cuerpo de Elisabeth. La lámpara eléctrica colgada del techo, que él al caer había golpeado con la cabeza, oscilaba alumbrando alternativamente el suelo y el muro viviente. La elipse de luz que proyectaba decía sí, decía no, sin parar, como un enorme hocico amarillo que lamía la oscuridad. Se aovilló consternado en el ángulo de las paredes.

Ahora que Elisabeth se había hecho piedra, el monstruo quedó cara a cara con su miedo. Algo de aquel mundo, traspasándolo, se había proyectado en su espíritu como una radiografía, dejando ver toda su estructura. Elisabeth había tocado fondo y se había mimetizado. Había adoptado la apariencia de su dolor. Su mirada se volvió límpida, aclarada por la certeza elemental de no tener nada y quizá por eso perfecta. El búnker ahora le pertenecía como una naturaleza.

Pero, entonces, ¿dónde estaban aquellas partes de ella que el padre le había quitado, los bloques de conciencia que usó para construir un mundo subterráneo a su imagen y semejanza? Se había producido el desmantelamiento de Elisabeth, por eso pudo fundirse con el búnker. Ella y la prisión estaban hechas de la misma sustancia. Ella era el búnker.

## LOS INSTRUMENTOS DEL OFICIO

¡Y pensar que se había puesto delante de aquella pared casi por juego! Tras el primer castigo que le tocó sufrir por haber roto el termo, fue por el trozo de cristal que guardaba encima del armario. Debido al color que la piel había tomado, cuando se miró en la penumbra, lo primero que creyó ver reflejado en el espejo fue el muro que tenía a las espaldas, como si su cuerpo fuera transparente. El pelo que la mugre apelmazaba no ponía de relieve forma alguna. Los roces que tenía en las articulaciones revelaban los desplazamientos que se veía obligada a hacer. Las heridas eran hendiduras en el cuerpo. Las cicatrices se abrían una y otra vez y se convertían en llagas, infecciones, fiebres y sopores. Las uñas, las que no se comía, se rompían al contacto con las superficies, y las que se dejaba crecer se le caían como si las tuviera en equilibrio sobre la punta de los dedos. Los ojos se habían hundido en las órbitas como teclas que hubieran quedado pulsadas. La frente, que antes era luminosa, ahora era del color apagado de las paredes. Los senos, que fueron claros, que olieron a verano, se recortaban crepusculares contra la penumbra de los brazos, en el costado hundido. La piel era pálida, los dientes que no se habían caído estaban amarillentos. Se le hincharon las manos como bolsas de agua. Las ojeras, los labios, las venas de las muñecas y de los tobillos eran manchas grises que no se quitaban.

En el preciso instante en que dijo sí a la existencia, cuando decidió no matarse, su ser emprendió una lucha sin cuartel por la supervivencia. Vivir se convirtió en un oficio, duro como sólo lo es la guerra. Pero a eso conduce la voluntad de continuar: a asumir el riesgo más grande, que no es la muerte sino la jaula, el cautiverio. Es el drama de Elisabeth, la clave de toda su historia. El drama de la guerra. Cuando la vida y la muerte se unen, pensar en la una sin la otra deja de tener sentido. Y entonces la idea de entregarse al enemigo es muy tentadora, porque el único enemigo es uno mismo.

El castigo que Josef decidió imponerle fue terrible: la privó de agua y de luz. Entonces el tormento resultó interminable, y las condiciones de Elisabeth empeoraron. El polvo y el sudor empezaron a aglutinarse como la lana y el muérdago, pegándose a la sínfisis del pubis y al perineo y apelotonando el vello, con lo que se formó lo que parecía el rastro reseco de un lametón pegajoso. Lo mismo ocurrió en torno al orificio del recto: los restos de excrementos se

endurecían y obstaculizaba la defecación, y Elisabeth tenía que quitárselos con las manos.

Su cuerpo era una constelación de manchas y costras. Si se quitaba una rascándose, enseguida se formaba otra encima, como un tatuaje enmendado. Por no hablar de los dedos escaldados, las ampollas, las quemaduras en la espalda, que le causó su padre cuando, para poner fin a la enésima pelea, le arrojó un cazo de agua que había puesto al fuego. El demonio de Josef, que como un dragón había abierto el ala candente sobre ella, desapareció dejándola marcada, pero por una vez fue el fuego el que apagó el agua. A tal punto las leyes de la naturaleza se estaban invirtiendo allí abajo.

Los instrumentos de aquel oficio tan parecido a la guerra eran para Elisabeth su cuerpo y la palabra, que había de oponer a lo que Josef creía que era la verdadera libertad que le había otorgado: adorar, callar y gozar. Con aquellos instrumentos debía fabricar la llave que la sacaría del búnker, pasando esta vez a través del techo. Debía trascender el cautiverio, atravesarlo verticalmente; hacerlo con extrema precisión, experta como un herrero magistral. Toda su experiencia sería la suma de los intentos de forjar aquella llave. Entretanto debía sobrevivir, llegar al día siguiente. Sacaría la esperanza de conseguirlo leyendo entre líneas en los ojos de su padre. Darle lo que quería, si no podía distraerlo.

Muchas veces le hablaba de lo difícil que le era limpiarse bien en aquellas condiciones. Le daba tan pormenorizados detalles que conseguía quitarle las ganas de poseerla. Otras veces, en cambio, Josef la deseaba tanto durante el día que luego, al verla, no se avenía a razones y la inclinaba sobre la mesa. Le introducía el miembro con tan poco cuidado que, además de las sustancias que el cuerpo recogía arrastrándose de aquí para allá, le metía también todas las esperanzas de no ser tocada. Entrando sin parar en su cuerpo y en su espíritu con toda la violencia posible, Josef había destruido en Elisabeth todos los paisajes interiores. Pero la crueldad destruyó algo no menos íntimo: la estúpida convicción de no poder contribuir directamente a su salvación. Hecha añicos, aquella certeza quedaba ahora liberada: todo el mal no podría impedirle sobrevivir. Su mente se iluminó. Un único rayo de sol incidió en el centro del cuerpo exhausto, que ya parecía un empedrado de granito que no sirve más que para devolver el eco de voces infantiles.

ME QUIERE, NO ME QUIERE

Cuando Josef creía que ella exageraba al describir las condiciones higiénicas, volvía a dar el agua, se remangaba y él mismo la lavaba. Muchas veces le aplicaba toallas húmedas, sin jabón ni nada, solamente para hacerse la ilusión de que la cuidaba. Empleaba mucho tiempo en hacerlo, deliberadamente, y luego le cogía siempre la mano y la llevaba a su pene como si fuera una especie de premio. Otras veces se quedaba mirándola largo rato y sólo con acariciarle el pelo mojado, los músculos doloridos, los muslos, creía poder calentar la envoltura fría que era su piel después de la ducha, que cubría poco y mal la carne caliente de dentro. Entonces se tumbaba a su lado, le abría la mano con las suyas y le ponía en la palma el pene flácido, para que ella lo sintiera crecer, se lo agarrase, le oyera decir, sin palabras, lo muy agradecido que estaba de tenerla allí. Y como ella iba acostumbrándose y dejando de tener miedo, cuando la secaba le seguía el juego con la muñeca, su frágil muñeca de chiquilla. Para él, que tenía casi cincuenta años, sus dieciocho años eran como pétalos de una margarita que se arrancan uno a uno diciendo me quiere, no me quiere, y que uno desearía que fueran más.

Más que el hecho de que Elisabeth lo amase, quería que unas veces le fuera hostil y otras lo buscara, con los ojos, por ejemplo, o con aquel gesto del brazo, que lo desease incluso como a veces le había parecido entender que lo deseaba.

Después de tantas reflexiones, pensamientos que volvía a erigir en la mente una y otra vez como catedrales de hipótesis, ahora Elisabeth se daba cuenta de que para comprender las razones de Josef tenía que actuar de otra manera. Debía dejar de imaginar aquellas catedrales recortadas a contraluz, y esforzarse por darles la vuelta. Trabajaría en el interior, pintando el techo, dando sentido al vacío; obligando a su padre a levantar la cabeza. Dejaría de hacer encajes con la piedra e intentaría hacerlos con el corazón de Josef.

Como por ahora carecía de la fuerza necesaria, se imaginó que aquel lugar estaba cubierto de arena arrastrada por una tormenta antigua que llevara descargando años sobre aquel mundo. Se imaginó que la humanidad entera había sufrido un cataclismo, que los mares se habían levantado y habían inundado las montañas. Que los hielos se habían fundido y una nube gris y compacta había cubierto y oscurecido el cielo; que su padre y ella eran los únicos supervivientes. Más que el hecho de que él la amase, quería que la mantuviera con vida.

Sin sol ni tierra, sin estrellas ni planetas, pero no sin su materia, se formarían nuevas criaturas, nuevas especies y géneros, nacerían nuevos órdenes de cosas y un nuevo mundo. Un mundo creado por Dios ya sin necesidad de su intervención directa. Se dijo que si Dios existía, no podía sino hallarse allí dentro.

## LOS CRIADOS

Había empezado una primavera de la que Elisabeth no se percataba, pero el tiempo sin pauta era finito, las noches confundidas con los días. Josef había traído un despertador y un calendario del año. No pasaron muchos días hasta que Elisabeth le pidió que se los llevara. Observar el tiempo pasar, o escucharlo proseguir cuando cerraba los ojos, era insoportable. Pero cuando Josef se disponía a meter aquellos objetos en una bolsa, se le acercó y le dijo:

—¡Espera!

Le quitó las pilas al despertador, arrancó las páginas del calendario, hasta dejar sólo el cartón con el año impreso; sólo así podía tenerlos. Agitó el aparato al oído; se fue a un rincón, se lo puso en las rodillas y lo examinó.

El despertador era una cajita roja rectangular. Marcaba la hora por medio de un contador mecánico. Cada minuto que pasaba caía una lámina de metal que formaba un nuevo número, al tiempo que sonaba un chasquido. Aquellas láminas no volverían a caer. Deteniendo el tiempo a las 19.23 del 27 de junio de 1985, Elisabeth modificó la ley fundamental del universo. Quitó una ruedecilla del inmenso engranaje terrestre. En aquel preciso instante la existencia de todas las cosas se detuvo con el oído atento y la mirada fija, esperando a ver cuál era su siguiente movimiento. Exactamente en aquel momento, un hombre que pasaba por Dammstrasse olvidó adónde iba. A cientos de kilómetros de Amstetten, el acelerador de partículas atómicas del laboratorio de Ginebra consiguió registrar por primera vez el paso de un neutralino.

Elisabeth se complacía en detener el tiempo: quería prolongar lo más posible el momento que precede a la palabra, sabiendo que todas las cosas están a la escucha. Como cuando uno espera mucho tiempo oír hablar al último, con el riesgo de que lo que diga no merezca la espera.

Establecería ella todos y cada uno de los días. Decidiría si este o aquel día merecía serlo. Si el lunes quería ser lunes, debía ganárselo. Si ese día quería llevar la túnica blanca de las horas vírgenes, debía demostrar que era el día del principio, empezando en muchas cosas. Si el martes quería cubrirse de verde como un chiquillo desnudo envuelto en sarmientos y pámpanas, debía conocer la embriaguez. Si el miércoles reivindicaba el amarillo del sol a mediodía, debía esforzarse por que la semana continuara. Así el jueves debía inflamar sus anaranjados al atardecer como una frente perlada de sudor. Si el viernes quería seguir siendo el viernes Santo que siempre había sido, debía dejar sitio a

pensamientos más ágiles; aclararse en el paseo lila de las esperas, traspasar la lividez del cansancio. Sólo entonces concedería al día siguiente que fuera sábado por el azul intenso, y al domingo que fuera domingo por el rojo que le corresponde. Elisabeth estaba deshojando el primer estrato de una prisión que compartían también las personas del mundo exterior, la de tener que trabajar a toda costa. Ya no tendría vacaciones más que si ella así lo decidía, y sólo se dedicaría a hacer y deshacer.

Al pequeño despertador siguieron objetos más complejos. Junto al frigorífico, que llevaba allí tiempo y sólo por eso no había estimulado su imaginación, apareció, sobre un estante que Josef fijó a la pared, una batidora. Un trofeo eléctrico, una copa de plástico ruidosa. Una criatura pequeña e irascible que le daba alegría. La encendía y la apagaba constantemente, y hablaba con ella cuando su padre no estaba. La bautizó con el nombre de Pizpireta.

Luego Josef instaló más enchufes para los electrodomésticos que siguieron; colocó nuevas cajas de derivación que pusieron de manifiesto la vastedad del circuito eléctrico empotrado. Elisabeth pensó que, llegado el día, podría matarse simplemente tocando aquellos cables. Había subestimado el potencial del búnker, los recursos que encerraba. Esta vez la voluntad de morir le pareció estúpida, un impulso incapaz de sugerirle una manera de pensar. Se dijo que si el suicidio formaba realmente parte de su vida, tendría que haberle permitido interpretar las cosas, ver a través de los muros. Nunca había pensado que también los muros tenían arterias, venas que podían cortarse. Y el hecho de que su naturaleza tuviera algo en común con la de aquellas paredes despertó en ella una especie de afecto, un amor que tenía la misma consistencia sustentadora que el cemento. Más de una vez, al bajar, Josef la sorprendió pegada a la pared y con los brazos abiertos como si quisiera abrazarla.

Un día su padre se presentó con un gran objeto cuadrado envuelto en celofán. Como no pudo pasarlo por el estrecho pasillo, lo dejó en el primer cuarto, que siempre había estado vacío. Elisabeth observaba aquel objeto como si fuera el capullo de una criatura extraterrestre. En espera de que Josef lo desarrollara, y no pudiendo hacerlo ella misma porque se lo había prohibido, pasó dos días reventando las burbujas de aire del material que lo envolvía. El padre nunca aludió al contenido, suponiendo que su hija había entendido lo que era, pero ella no preguntó y esperó a que lo desarrollara él. En la escala de la evolución, Elisabeth se hallaba un escalón por debajo de aquel en el que Josef creía que la había situado. Desacostumbrada de la vida más obvia, todas las cosas que

aparecían en el búnker tenían para ella algo milagroso. Cuando por fin deslió el objeto, que resultó ser una lavadora, Elisabeth pensó que era una amiga que venía a visitar a Pizpireta. Al quitar de prisa el plástico, salió volando un papel; ascendió, dio unas vueltas por el aire, sin rumbo. Elisabeth, que se había arrodillado, siguió el vuelo con la mirada y se levantó airosa estirando los brazos para atraparlo. Leyó lo que tenía escrito. Después de un año de prisión, eran las primeras palabras que recibía de alguien que no era su padre. Aquel trozo de papel, bien escrito, con números de serie impresos de fondo y la imagen esquemática de un hombre que guiñaba el ojo, tenía ya el sentido de un mensaje remoto. Le preguntó si podía quedarse aquel tesoro. Josef se aseguró de que eran las instrucciones de la lavadora y se lo permitió.

Cruzó a gatas los pasillos y fue a esconder el papel en el somier de la cama. Creía que debía ponerlo a salvo y lo alisaba con la palma de la mano. La ternura que despertó en Josef verla tumbada en el suelo, con las piernas sobresaliendo por debajo de la cama, le quitó las ganas de poseerla. Volvió arriba. Sabiéndose sola, Elisabeth sacó el papel y, sentada en el suelo, en medio del cuarto, leyó tres o cuatro veces lo que decía. Como había perdido la costumbre de leer, y la pronunciación insegura de aquellas palabras le resonaba confusamente en la cabeza, no entendió su significado. Aguzó la vista y lo intentó de nuevo. La idea de haber leído y comprendido correctamente, en un momento dado, la consoló como una presencia invisible. En el papel decía: AQUÍ MANDAS TÚ. Lo repitió mentalmente: «Aquí mando yo.» No puso un signo de interrogación al final de aquel eco, pero tampoco puede decirse que afirmara nada. Lo dijo otra vez, para degustar el sabor de cada palabra. Pero así, por decirlo sólo, le pareció que era más verdad que antes. Cuanto más lo decía, más posible parecía. «Aquí mando yo, aquí mando yo.» Aunque lo había visto desnudo y macabro, el yo poseía una sonoridad que había olvidado. No era tanto la invitación a mandar sino el simple sonido de las palabras lo que, como una música elemental, estaba reconstruyendo la debida distancia entre ella y su interioridad. Se dio cuenta de que el búnker, cuando no lo interrogaba, daba señales de complicidad. Si sabía captarlas, las sugerencias que le susurraba podían ser como un balón de oxígeno incontaminado, como el que el náufrago, en medio del mar, encuentra bajo la barca volcada.

Jugaba con las máquinas que había traído su padre. Imaginó que eran criados a su servicio: el frigorífico alto y delgado –un curioso sirviente que se encargaba de servir la comida– se convirtió en el fiel mayordomo que, para complacer al

ama, se hace pasar por invitado y brinda con ella hasta emborracharse; la lavadora, a la que llamó Anita porque le parecía un nombre adecuado para una lavandera baja y rechoncha. Y luego estaba Pizpireta, que Elisabeth creía que, últimamente, estaba enfadada porque le hacía menos caso. Estuvo semanas encendiéndola y apagándola, aunque no tenía nada que decirle.

## UN CUERPO NUEVO

Si a veces se complacía en torturar a sus criados era para comprender mejor la conducta de su padre. Una actitud que se arraigó en ella hasta convertirse en una especie de nuevo alfabeto sentimental. Cuanto más claros y visibles fueran los deseos de Josef, mejor sabría ella cómo comportarse sobre todo consigo misma. Sí: mientras su padre siguiera abrigando el sueño de siempre, y ella fuera la encarnación de ese sueño, ella sería la verdadera dueña y señora de aquel lugar. Y cuando luego le quitara aquel sueño, Josef se derrumbaría.

Elisabeth estaba pasando de la era de las cavernas a la de la exploración del espacio. Dentro de un instante (un instante que podía durar toda su vida), completaría el proceso. La mujer de la piedra iba dejando paso a la exploradora del cosmos humano, de sus leyes, de sus fenómenos profundos. Ya una vez había conseguido pillar por sorpresa a su padre; eso le dio nuevas esperanzas. Se despertó y se fundió con su nuevo cuerpo, y ambos se fundieron con el búnker. Un día que estaba en el suelo atando los tobillos de Pizpireta al desagüe del lavabo, y regañándola con advertencias y amenazas, se levantó, como para dejarse poseer por el nuevo ser que sólo ella podía ver, y apoyó la palma de la mano en la pared. Miró las cosas con ojos nuevos. Pasó la mente por encima de los fieles criados y borró sus nombres. Les quitó el alma que les había otorgado. «Desde hoy seréis yo.»

La tecnología se convirtió en una prolongación de su ser, una extensión fisiológica de sus miembros. Cuanto más lejos proyectaba la mente, más podía complicarse la realidad inmediata sin que perdiera el control sobre ella. Pensaba en el búnker como si fuera su propio ser extenso, que, aunque replegado en sí mismo, acababa siendo un sistema nervioso, un cerebro inteligente. La tecnología, la prisión y ella pasaron a ser una y la misma cosa, un único ser vivo. En los años siguientes, su padre se preguntó una y otra vez por qué siempre estaba rodeada de objetos, por qué los tocaba con tanto cuidado. Los

electrodomésticos eran a la vida de Elisabeth lo que las prótesis al mutilado, y pronto quedarían tan bien implantadas que las juntas dejarían de apreciarse.

## EL PRINCIPIO DE TODAS LAS HISTORIAS

Encerrada en agosto de 1984, llevaba allí dentro más de tres años y medio. Cuarenta y dos meses para hundirse y salir a flote. Mil trescientos días fuera del ritmo temporal común para restablecer el nombre de todas las cosas. Más de ochocientas violaciones y otros tantos momentos de estupor para abrir los párpados de la conciencia y otras mil violencias para aprender a desactivarla. Se había convertido en el principio y en el infinito del mundo subterráneo. Ya conocía los rincones del búnker en cada gramo de aire. El orden en el que ponía los objetos era la imagen coordinada de su renovada estabilidad emocional. Le pareció que veía mejor, más claramente; que comprendía el cemento, su masa, su elasticidad y su consistencia. Había tardado años en aprender a pensar en él como en una esponja que, aunque compacta y empapada de rigidez, no dejaba de tener sus poros. Años de entrenada concentración para que su oído captase aquellos sonidos capaces de filtrarse a través de las moléculas del techo sobre el que descansaba el suelo del jardín. Los domingos de primavera o de verano podía decir quién estaba cortando el césped, si su padre o los vecinos; si el perro de éstos jugaba dentro o fuera de la casa. En invierno podía ver nublarse el techo cuando pasaban nubes, notar con la palma de la mano la bajada de la temperatura exterior cuando llovía. Sentía el espesor de las sombras que se proyectaban sobre el jardín; las notaba filtrarse por la tierra hacia ella. Si prestaba atención podía incluso reconocer los pasitos nerviosos de Sauer, y cuando su padre bajaba corriendo para contarle una frase chistosa que le había dicho a aquel hombre, o un hecho, una ocurrencia infeliz de aquel hombre sobre Rosemarie, Elisabeth contestaba que sí, que ya lo sabía, y completaba ella las frases, explicaba cómo se había desarrollado la conversación y hasta reconstruía la postura de uno y otro.

Afinó sus sentidos hasta la perfección. Parecía tener más facultades que las concedidas al ser humano. Como si fuera la madriguera de una serie de animales. Su persona era como una columna de piedras, animales, plantas y minerales que se habían conglomerado a lo largo de millones de años, y cuya argamasa Josef, armado de paciencia y cincel, había quitado, despertándolos. Tras la frente de Elisabeth había un halcón que lo veía todo y cuando era

necesario sugería el movimiento exacto del cuerpo. En las orejas, dos lechuzas que percibían las más leves vibraciones del aire y por tanto de los sonidos, el menor crujido de las paredes. En la mano, un mono cuyo pulgar oponible, sumado al suyo, permitía coger las cosas al vuelo con gran rapidez. Usar la inteligencia quería decir pensar como las cosas en las que pensaba, y esto era posible porque ella era esas cosas. Comprendió al cemento porque también ella estaba compuesta de minerales, comprendió a las sillas y al armario porque también ella había sido vegetación. Comprendía, por último, las razones de la carne, que llevaba en sí la sensibilidad de todas las criaturas que se habían cruzado. Todos los incestos de la naturaleza clamaban en ella.

Elisabeth pudo perfeccionarse porque aquel mundo era perfecto. Las cosas que había fuera del búnker dejaron de existir; o estaban todas allí dentro o nunca habían existido. Sólo los acontecimientos que sus sentidos percibían eran realidad. Si no oía las palabras de alguien, esas palabras eran mentira. Con el tiempo, las cosas no tenían más función que aquella que ella les atribuía. Lo mejor que podía pasarle a un objeto era entrar en el inventario de Elisabeth; eso significaba que recibía un puesto en la existencia. Cuando, a fuerza de insistir, consiguió que su padre le diera un bolígrafo para escribir en el cuadernito, hizo dos listas de cosas, dos columnas de objetos que todos los días revisaba: la de la derecha de la página era la de las cosas buenas, la otra, la de la izquierda, la de las cosas malas. Si por alguna razón dejaba de expedir un permiso de residencia para ese cuenco, esa almohada, ese sentimiento o esa idea, éstos acababan tarde o temprano por caer en el olvido.

Muchas viejas heridas habían cicatrizado. Había conseguido reconstruir la máscara del rostro, al menos en parte. Cuando Josef la castigaba, y gritando hasta el agotamiento le advertía que se había pasado de la raya, se sentía bien y pensaba que todo iba a mejor. Llegó a usar a su padre como un índice que indicaba los niveles de su potencia, las revoluciones de su motor vital. Por eso necesitaba poner orden, asignar un lugar a todas las cosas: para no distraerse ni desorientarse. El orden no era una posibilidad, una manera como otra de concebirse todavía viva. Todo marchaba en la única dirección que toma la vida cuando quiere demostrarse a sí misma.

Elisabeth tenía por delante una tarea mental y física enorme, que le daba placer y miedo, que la excitaba porque podía fracasar tanto como porque podía triunfar. Se hallaba en una relación de máxima tensión con la vida, cuyo impulso, ahora elemental y biológico, se hizo sutil como la primera forma de una

cultura compleja: Elisabeth vivía inmersa en la pasión por las historias. Deseaba saber cómo acabaría la suya.

Claro está, jugaba con fuego y seguía quemándose. Pero es que era lo único que tenía para pasar el tiempo: siempre y solamente su padre, para sí y contra sí. ¡Qué ganas, sin embargo, tenía de vencerle, y qué emoción sentía cuando lo importunaba! Se le acercaba con tanta gracia y rencor que en sus ojos podían verse esos sentimientos. Y Josef los veía; pero pensaba que podía controlarlos. Se arrojaban uno sobre otro, ella para provocarlo y comprobar mentalmente el poder que tenía sobre él; su padre para asegurarse de que su hija no olvidaba quién daba las órdenes. El juego gustaba a ambos. Lo único que los hizo dudar de si sabían lo que estaban haciendo fue un extraño malestar. Un vómito que tuvo ella una mañana temprano.

Ocupada como estaba en controlar a su padre, pensó que empezaba otra vez a perder el dominio de sí. Luego, aquellas convulsiones se convirtieron en náuseas, mareos, cansancio, extraños sueños nocturnos. Ni ella ni él fueron capaces de interpretar aquellos síntomas del único modo posible. Ligados como estaban por la misma sangre, que Josef había usado como una cuerda para atarse a ella fuertemente, no contemplaban ni remotamente la posibilidad de que una tercera criatura pudiese hacerse sitio entre ellos.

## 4. KERSTIN

### EL MES MÁS CRUEL

Recordó el día en que podía haber ocurrido: tres semanas antes. Aún era abril en el calendario de las muchachas libres, primavera para el mundo de arriba. La estación que saca los cuerpos de la tibieza del invierno no la había tocado a ella. Para Elisabeth, el invierno tenía columnas de cemento armado; hacía años que era invierno ininterrumpido y seguiría siéndolo en lo sucesivo. El embarazo sería un fruto seco.

Recordó, pues: la había tumbado en la mesa de la cocina. Enseguida vio que Josef parecía cansado, tenía la frente pálida y el ceño fruncido. Algo debía de haber ocurrido aquel día. Desde entonces no volvió a tocarla, para evitar contagiarle la varicela que había contraído como un niño. Pero evidentemente la había contagiado, pensó él observando los síntomas. Los vómitos la despertaban puntualmente, se sentía cansada, postrada, le daban fiebres que iban y venían. Pronto fue a más. Parecía que la poseía un espíritu animal. A Josef aquello lo obsesionaba como uno de esos sueños que siguen intrigándonos al despertar y tenemos que resolver. Como no encontraba explicación, ni los antibióticos y complementos alimenticios que le suministraba surtían efecto, empezó a pensar que Elisabeth le estaba jugando una mala pasada. Quizá estaba pensando por enésima vez en cómo engañarlo.

A todo esto la tripita crecía. Con el paso de las semanas, Josef iba convenciéndose de que se trataba de una enfermedad extraña. A veces casi le parecía que notaba diferencia con sólo que pasara un día. La delantera de los vestidos tomó una forma circular que no se iba ni al lavarlos ni al tenderlos. Quiso ocuparse personalmente de la ropa, como si pudiera encontrar entre las fibras de los tejidos los restos de algo, acaso un hechizo. En poco tiempo las prendas dejaron de irle bien. La desnudaba y la ponía de pie ante la pared, de perfil, de frente. Estudiaba la deformación que su cuerpo estaba sufriendo. Las prendas íntimas que él mismo diseñaba y mandaba hacer para ella le parecieron de pronto de otra mujer, por lo exiguas que eran. Las copas de los sujetadores eran minúsculas, les daba vueltas y más vueltas en las manos preguntándose cómo era posible. La preocupación le hizo bajar al búnker todos los días también

por la mañana, antes de ir al trabajo en la pensión de Mondsee. Se sentaba y colocaba a Elisabeth de pie entre sus piernas. La visitaba sin saber a qué podían deberse aquellas formas nuevas. Le palpaba los pechos temiendo que hubieran crecido desde la noche anterior. Muchas veces se iba sin decir palabra porque la transformación del cuerpo hablaba por sí sola. Elisabeth callaba, esperando en su fuero interno que lo comprendiera lo más tarde posible. Las menstruaciones habían cesado hacía tiempo, pero ella, pinchándose en el dedo con las varillas de los sujetadores ya inútiles, que sacaba mordiendo las costuras, manchaba de sangre las compresas que Josef le daba y controlaba todos los meses.

Mientras los días transcurrían con espanto creciente del padre, la hija seguía pensando en el día en que estaba segura de que la había dejado embarazada. Creía que saberlo le permitía calcular el período en que nacería el hijo, si era capaz, eso sí, de contar nueve meses a partir de entonces. Vendría al mundo en enero, un pequeño Capricornio. Le daba igual que fuera niño o niña, el caso es que estuviera sano. Elisabeth lo decía porque lo había oído. «El caso es que esté sano.» No sabía lo poco probable que es que un hijo concebido con incesto venga sano al mundo. Se imaginaba, en cambio, los rasgos que tendría, mejorando los malos suyos y de su padre y perfeccionando los demás.

Tenía que encontrarle un nombre. Siempre estaba pensando en eso, y confeccionaba mentalmente una lista de los predilectos, que no podía consignar por escrito. Cuantas menos pistas dejara, menos sospecharía su padre. En aquellas semanas de embarazo, Elisabeth experimentaba una alegría particular, no sabía si porque conocía algo que su padre ignoraba o porque llevaba dentro algo tan estrechamente fundido con su ser que formaba parte de él. Ser una niña o llevarla en el vientre era lo mismo. Comprendió que la vida, reducida a su mínima expresión, reúne sus partes en el fondo, como se reúne el mercurio de un termómetro roto. Todo lo que es arrebatado a sí mismo acaba, tarde o temprano –como el ser y el tener–, por juntarse de nuevo, sin que se sepa qué forma adoptará entonces.

Olvidó las columnas de objetos buenos y malos, y se dedicó a aquella lista secreta de nombres. Una especie de diario vertical que cortaba la duración de aquel viaje tan cargado de emociones que era la maternidad.

El padre no estaba y la hija bailaba. Él trabajaba y ella, encerrada con llave, cantaba a voz en cuello las canciones de las que aún se acordaba.

–La música puede entrar, ¿verdad, papá? –le preguntó un día.

–Claro, querida, la música puede entrar.

Sintiendo verla en aquel estado de creciente deformidad, y ya convencido de que estaba enferma, un día se presentó con una extraña caja negra y dos bafles que instaló en los dos extremos del búnker. Leyeron juntos las instrucciones del nuevo aparato. Era un lector de discos de plástico del tamaño de platillos.

–Se llaman «compact disc». El vendedor me ha explicado que llevan un montón de canciones. Parece mentira, ¿eh? Había muchos de tu edad haciendo cola para comprar.

Elisabeth daba vueltas en las manos a aquellos discos demasiado planos para ser reales. Demasiado pequeños para contener toda la música que anunciaba la tapa.

–He pedido algo que gustara a los jóvenes. Me han dado esto. Papá te comprará más. ¿Estás contenta, cielo? Vamos a ponerlo, a ver cómo suena.

Quedaron en espera del milagro, ambos con los ojos iluminados por el display. Al poco aparecieron las pistas de sonido numeradas. Elisabeth pulsó intuitivamente la tecla del play, como si supiera de toda la vida cómo funcionaba el chisme. La música llenó el espacio: *The Man in Me*, la primera canción de una antología de Bob Dylan.

La canción tiñó aquel momento de un color que sería su color para el resto de la vida. En aquel color pensaría cuando recordó el año 1989.

«Este momento lo recordaré siempre.»

El texto de la canción hablaba de un hombre lleno de dudas, pero que haría lo que fuera por una mujer como la que tenía, la única que le permitiría llegar a ser el hombre que había en él. Escuchando con atención aquellas palabras, casi parecían la justificación absurda de Josef. Elisabeth dejó que su padre le cogiera las manos. La abrazó con ternura. Bailaron estrechamente unidos en medio de la música que había tomado la forma del cuarto. Los tres.

## DE PRONTO LA MÚSICA ACABÓ

Unos días después bajó antes de lo habitual, furioso. La encontró con la música a todo volumen, una música que la envolvía como la esfera misma de la maternidad, una burbuja de aire limpio.

–Pobre tonta. Si crees que vas a tener un hijo, estás loca. Olvídalo.

La aspereza de aquellas palabras no agrió la sonrisa con la que Elisabeth estaba dirigiéndose a la criatura que llevaba en el vientre. Miró a otra parte pero sonrió más. Alargó el rabillo del ojo para ver lo que haría Josef. Aquella sonrisa

era una invitación a que dijera una palabra que valiese por todas, que expresase por sí sola la grandeza, la belleza, la perfección del acto que habían ejecutado juntos. Con pronunciarla destruiría en un instante todo el mal que le había hecho. Pero él no pronunció aquella palabra. Al contrario, se fue del búnker tan despechado y rabioso que Elisabeth pensó que le esperaba un castigo ejemplar del que se acordaría el resto de su vida. No tardaría en volver para arrancarle aquella criatura que crecía en su seno. Representaba una amenaza para su proyecto, y se lo extirparía como una mala hierba.

Esa misma noche fue con el coche a las afueras del distrito. Volvió a las calles en las que, años atrás, contrató a los obreros que trabajaron en el refugio nuclear. Preguntó, pagó y obtuvo la dirección que buscaba.

## LA AGUJA Y LA TRAMA

Se halló en el interior de un piso mísero, oculto en un semisótano. Ya al entrar tosió porque el aire estaba viciado. Había sólo una ventana, a ras del techo, con los cristales blanqueados como los escaparates de las tiendas en reforma. Vio pocos objetos, unos cuantos muebles cubiertos de revistas y periódicos amarillentos. Le llamó la atención un viejo velador con un tapete de encaje del que parecía que pendían estalactitas de polvo. Sentada a la mesa, con una taza de calducho humeante en las manos, estaba la vieja a la que buscaba. Complacido, pensó que muchas personas, empezando por aquella mujer, vivían en condiciones mucho peores que las de su hija. No quiso seguir allí más de lo necesario y fue al grano:

–¿Cuánto cobra por lo que hace?

–Cuatro mil quinientos chelines. Mil más si la chica está de más de tres meses. Como Josef guardaba silencio, prosiguió:

–No es mucho, créame. Desde la ley del setenta y cinco no puedo pedir mucho más.

–Dígame en qué consiste el tratamiento.

Josef sacó unos billetes de la cartera para mostrar que estaba dispuesto a pagar por aquella información. Empezó a contarlos.

–Usted trae a la muchacha y yo me encargo de todo. No tardaré más de veinte minutos, créame.

Josef dejó de contar el dinero:

–No, señora... La muchacha no puede venir...

–Entiendo –dijo la mujer.

Josef ladeó la cabeza como un perro de caza. Por un momento pensó que no era el único que tenía encerrada a su hija en un búnker nuclear. Que debía de haber muchos búnkeres construidos en sótanos e innumerables muchachas, hijas y amantes, encerradas en ellos.

–Entiendo. Debo ir yo. No se preocupe, soy muy discreta.

Lo intrigaba aquella mujer que, aunque menuda y de edad avanzada, y con la dentadura estropeada y el cuerpo encorvado, sabía en qué tono hablar, acostumbrada como estaba a Dios sabe qué otros negocios dudosos.

–Señora, no me entiende usted. ¿Cómo se lo explico...? A ver... –Josef fingió que buscaba las palabras–. Lo que quiero es que me diga cómo se hace. Lo haré yo, no usted, ¿entiende? Por eso le pagaré, sólo por eso.

La mujer bajó los ojos. Si tenía suerte, aquel hombre no era violento y podía salir bien parada. Su aspecto, su ropa, hablaban por él: era un burgués, de los que iban a los barrios bajos por desesperación. Dejó la taza despacio, como si estuviera considerando una oferta de negocio y necesitara las manos libres. Se puso en pie y caminó hacia la puerta, como si quisiera acercarse a lo que podía ser una escapatoria. A la luz de la lámpara de la entrada se veían sus prendas pobres, una falda gris, una blusa morada que le ensombrecía el escote. Dándole la espalda, murmuró que necesitaba papel y bolígrafo y abrió el cajón de una cómoda. Pero Josef se le acercó por detrás y, estrechándola entre los brazos, le impidió que se volviera con la pistola que le había visto coger:

–¡Pobre ilusa!

Le sacudió con fuerza la muñeca hasta hacerla soltar el arma, la giró y la abofeteó. La arrojó al sofá y fue a sentarse a su lado. La cogió del cuello para intimarla a comportarse como él quería. Le ordenó que le explicara cómo se practicaba un aborto. La vieja gritó, con voz ahogada:

–¡Con una aguja de tejer! ¡Sólo con una aguja de tejer!

–Explícate –le dijo.

–Basta con una aguja de tejer... Métala por el útero hasta que note que tropieza con algo duro. Entonces pinche procurando no dañar a la madre, así lo mata. Eso es todo. Lo expulsa sola en unas horas.

Josef la soltó. Se quedó sentado en el sofá, con los ojos clavados en un punto de la pared de enfrente, la mirada de la mente perdida y mil pensamientos marchando como soldados sin guerra. La expresión desolada, los ojos tristes y los labios fruncidos mostraban el pesar que sentía por haberse enterado de una

cosa tan triste. «Una aguja de tejer», se decía. Observó el cuarto sucio. Era la imagen del aborto que seguiría.

La mujer, medio recostada como estaba, trató de levantarse y volver a coger la pistola, pero Josef, más rápido, le puso la zancadilla y la vieja cayó de bruceas. Se levantó del sofá y cogió él la pistola sin decir nada; sorteó el cuerpo tendido en el suelo y al llegar a la puerta dejó sobre la cómoda un billete de quinientos chelines y el arma encima, a modo de pisapapeles. En el billete se veía la imagen de Rosa Mayreder: pensó que de paso le daba una lección; lección que la mujer, cegada por su codicia, seguramente no entendería.

Llegaba a casa bien entrada la noche. No se veía a nadie por las calles de los barrios residenciales de Amstetten. El morro blanco del Mercedes absurdamente potente avanzaba despacio entre los coches aparcados en los jardines privados. Todo era quietud en aquel paisaje artificial. Y, sin embargo, las siluetas de los árboles cuidados, las sombras inofensivas de los setos recién podados, los porches de madera pintada, las macetas que colgaban de las puertas de aquellos hogares tranquilos, le causaron una infinita tristeza. Pensó que en aquellas casas todas iguales vivía gente pacífica que permitía que en la otra punta de la ciudad vivieran seres horribles como la mujer a la que acababa de visitar. Protegidas por su aspecto respetable, aquellas personas no impedían que apenas más allá de los muros de su mundo se hicieran los más sucios negocios. Pensó en lo que le había dicho la vieja, que bastaba una simple aguja, y se dijo que el mal era imprevisible de puro banal.

Sintió, con todo, que había que hacerlo. Al entrar en casa, pensó que no era sino un instrumento en la vida de Elisabeth; que era parte de la trama que estaba tejiendo, en la medida en que la aguja puede serlo. Estaba decidido a deshacer parte de su labor, a desatar el nudo que el destino había hecho con el hilo íntimo de Elisabeth, el suyo y el de los acontecimientos.

## EN LA ESQUINA

Le sudaba la frente. Tenía la cara pálida como una máscara. En las manos llevaba una aguja que le había cogido a Rosemarie, que dormía en el piso superior ignorante de todo: una pequeña espada para matar al monstruo de su miedo. Entró dando un portazo y Elisabeth levantó los ojos. La tristeza que la embargó al verlo temblar puso en marcha sus pensamientos. Se preguntaba qué

podía darle a cambio de que permitiera que aquella criatura naciera. Pero Josef la metió a empujones en la esquina de la cama. Elisabeth le rogó que no hiciera daño al niño, mientras él gritaba que era imposible, que no era natural.

–Después de todo eres como tu madre: una vaca que pare.

Le gritaba en la cara y ella ni lo oía. Decía que sí a todo, lloraba y decía que sí, y las cosas parecían sensatas. Josef la emprendió a patadas con la cama, la amenazaba con matarla si no dejaba de lloriquear y ella seguía diciendo que sí. Y llorando. «Pero, papá, papá», decía sin parar. «¿Qué culpa tengo yo? No te lo pido yo. Tú también eres padre de esto», dijo acariciándose la tripa.

Le pegó en la cabeza, en las manos. Le dio puñetazos en la espalda, y ella, agachada, con la tripa hacia abajo, sufría y pensaba que sí, que era mejor en la espalda. Rodeaba el vientre con el brazo como si sostuviera un nuevo planeta que no debe dejar de girar. La empujó contra la pared. Se golpeó un lado de la cabeza. Se llevó una mano al dolor sin retirar la otra de la tripa. Le tiró del pelo, sin soltar la aguja. La azotó en las vértebras, en los riñones, en las nalgas, en las piernas dobladas, en la cara, que ella volvía hacia la esquina. Josef gritaba y golpeaba, y Elisabeth, defendiendo al niño, en el paroxismo del dolor, sintió que todo acabaría en un instante porque más intensamente no podía sufrir. Se sintió a salvo contra la pared a la que la había arrojado, como si estuviera a los pies de Dios, agarrada a ellos. Con el cuello doblado, vio invertida la imagen de su padre: Josef daba patadas al somier por no dárselas a ella. Lo peor había pasado.

Ya lo conocía lo bastante como para saber que la única manera de huir era anticiparse a sus actos. Se levantó y alargó los brazos hacia él. Intentó abrazarlo, pero Josef, en pleno desahogo de rabia, al primer contacto perdió el equilibrio. Trató de agarrarse a las paredes, luego al borde de la cama, y al final cayó al suelo de culo, y aunque respiraba fatigosamente, pensó, mientras caía, en darle la espalda a su hija para que no lo viera en aquel momento de debilidad. Pero precisamente por eso lo bendijo ella. Le sonrió, contenta de saberlo mortal. Se parecían más de lo que había pensado. Elisabeth se echó sobre la cama y le rodeó por detrás el cuello con los brazos, lo besó en la mejilla, en la barba que no se había afeitado en aquellos días de angustia. Besó el sudor de aquel arrebató de ira que por fortuna no había llegado a su fin. Le mordió la oreja, el cuello, el pelo. Le giró la cara y lo besó en la boca. Oprimió la cabeza pesada contra su pecho; se la puso en los brazos como si fuera un recién nacido. Sofocado por el abrazo, el cuello tirante, Josef se sintió incapaz de reaccionar y se dejó besar. No

la apartaría nunca. Dejaba que lo adorase. Estaba dándole las gracias por algo que había hecho. No sabía qué, ni cómo, pero había conseguido lo que quería.

Sentado en el suelo, apoyada la espalda en la cama, Josef estiró el brazo, cogió la aguja de tejer y pasó la punta por las juntas de los ladrillos del suelo, adelante y atrás, como por una vía. Empezó a hacerse las primeras preguntas. Encogida a sus espaldas, ciñéndole el pecho con un brazo, Elisabeth le acarició el pelo, le susurró al oído:

–Es lo más normal que nos ha ocurrido desde que estamos aquí dentro, papá.

–No te das cuenta... ¿Cómo lo alimentarás? ¿Cómo lo criarás? Mientras que seamos tú y yo, vale. Podemos hacer lo que queramos... Yo conozco tus deseos... ¿No es verdad, querida? Nos entendemos.

Elisabeth asintió.

–Pero tú no eres más que una niña. Lo que tú quieres es una muñeca. Sólo buscas un nuevo juego. No sabes cómo entretenerte y quieres jugar a las mamás... ¡Coge unos trapos y hazte un muñeco!

A aquellas palabras, Elisabeth retiró la cara de la cabeza de su padre y reflexionó. Miró más atentamente un mechón de pelo completamente gris. El cráneo de Josef contenía demasiado cerebro como para que pudiera tranquilizarlo. Elisabeth no sabía cómo meter en él una idea, una sugerencia. Arrimó la espalda a la pared, y notando que ella se apartaba, Josef se sentó sobre la cadera y apoyó la cabeza en el brazo doblado sobre la cama.

–Papá –dijo ella, seria–. ¿Por qué razones como los de arriba? ¿No era éste el mundo que querías para mí?

Josef no contestó. Miró al suelo pensando que tener a Elisabeth para él solo no dejaba de acarrear inconvenientes: ahora ella pensaba como él había pensado siempre. Quería comportarse con su hijo como él se había comportado con ella. También ella lo tendría allí abajo para siempre. No le ahorraría el mismo dolor ni aunque pudiera elegir.

–Papá, no tengo elección –dijo Elisabeth como si le hubiese leído el pensamiento.

–Abortarás ahora. Después sería demasiado peligroso. Resignación –dijo él levantándose, con la aguja en la mano.

Elisabeth siguió su cara con la mirada y dijo, asqueada:

–Te odio.

–Claro, cielo, lo que tú digas. Me odias tanto que me echas los brazos al

cuello. Me odias tan profundamente que me besas. Yo sé lo que te conviene y no se hable más.

Ella lo cogió del brazo y tiró para que se volviera. Lo miró a los ojos para que no pudiera escaparse:

–No matas sólo a una persona con esa aguja, sino también la posibilidad de que pueda serlo. Las posibilidades tendrían que interesarte, papá...

Josef guardó silencio. Ella entonces primero se incorporó de rodillas y luego se puso de pie sobre la cama y, excitada por haber dado en el clavo, le puso las manos en los hombros. Pero su padre la rechazó con un ademán:

–¡Mira quién habla! Te preocupas por los que no han nacido, dices que los amas, pero odias a los vivos. Dime si no es verdad. Tú has odiado a todo el mundo, y lo sabes. Te has burlado de todos desde que naciste. Yo soy el único que te lleva derecha y por eso me deseas, y sabes que es verdad.

Ella se retiraba sin parar el pelo detrás de las orejas, mientras su padre proseguía:

–¿Te acuerdas de la gata que quisiste tener a los once años, y de la que luego tuve que encargarme yo? ¡Y eso que la querías tanto, la amabas tanto! Pero si luego la tonta se va por ahí a que la preñen, me toca a mí deshacerme de las crías. Y cuando lo hago, yo soy el malo, ¿no? No te acordaste del animal hasta que me viste matar a los gatitos...

Pensó en el estrago que le vio cometer; se le representó aquel saco de arpillera empapado en sangre que pese a los años transcurridos recordaba muy bien, y rompió a llorar. Entre sollozos, con los ojos abiertos, clavándole a su padre varias veces el dedo en el pecho y doblando la cabeza, dijo despacio:

–¿Me sacudirás contra el muro como sacudías aquel saco, papá? ¿Me pincharás con la aguja de tejer como si aquí dentro llevara crías de rata? Su sangre me manchará y seré tan culpable como tú.

Había empleado contra él sus mismas palabras. Cuando aquella noche se despidieron, el niño seguía en su vientre, sin saber lo que su madre conocía perfectamente: que muchas veces vivir al margen de la existencia es el punto central de ella.

## MÁS ALLÁ DE TODOS LOS LÍMITES

Elisabeth no volvió nunca de ese margen. La maternidad era rebasar todos los

límites. Era hacerlo con un impulso innato en el que se fundía todo su ser: todos sus pensamientos, visiones, sueños, dolores. Aunque quisiera no podría ya perder ni un pedacito de sí misma. Pasaron los meses. No del todo curada, su cara se reconstruyó en torno a las señales que la violencia le había dejado, como hace la tierra, que aunque no cicatriza forma nuevos terrenos junto a faldas y barrancos, se vuelve abrupta, pero por dentro crea torrentes, selvas, nuevos animales.

Josef observó cómo se transformaba. La miraba de soslayo, receloso, preguntándose hasta dónde llegarían los efectos que había desencadenado y qué forma adoptarían. Lo embargó cierto bienestar: se dijo que dentro de ella, más que un hijo, llevaba en realidad un secreto, un sueño oculto que no tenía derecho a quitarle. Igual que para él era un secreto tenerla allí encerrada. Quizá más que Elisabeth, Josef se dio cuenta de que ahora tenían un sueño en común.

## LOS DOLORES

Desde hacía semanas acosaba Elisabeth a Dios con ruegos y sacrificios para que mantuviera sana y salva y diera larga vida a la criatura que llevaba en su seno. Un gran temor de Dios que su padre no sabía cómo manejar. Miraba para otro sitio y se tapaba los oídos para no oír. Y cuando le dijo que parara, que no siguiera musitando aquellas oraciones porque le atacaban los nervios, ella, segura de sí, contestó que «hay más relaciones entre pensar y segregar de las que creemos que hay entre la carne y el espíritu». Viendo la mirada desafiante de la hija, oyendo aquellas palabras espantosamente lúcidas, Josef cedió. Ya se había dado cuenta de la extraña precisión que su hija había alcanzado con los años. Aquel perfeccionamiento que iba desde haber regularizado su ciclo menstrual en veintiocho días exactos, pese a las condiciones en que vivía, hasta la lucidez mental que le había dado la maternidad. A la conciencia de sí que día a día iba adquiriendo, y que era cada vez más inapelable, le atribuyó aquella admonición. Veía en sus ojos una luz demasiado firme como para ponerla en duda: ignorarla era imposible, y así Josef se callaba cada vez más a menudo.

Lo que Elisabeth había querido decir con aquella frase oscura estuvo más claro para ambos cuando dos semanas antes de la fecha que ella había previsto rompió aguas. Estaba convencida de que su preocupación había adelantado el parto, pues todo lo que pensaba se hacía realidad. Si se le hubiera escapado un

pensamiento negativo, se había hecho realidad enseguida, con no se sabe qué desgracias para ella o para el niño. Se dijo que algo no marchaba como debía. Josef, por su parte, no menos preocupado desde que la supo embarazada, no se molestó en facilitarle la información que él tenía por haber sido padre siete veces. Si Rosemarie hubiera estado con ella en aquel momento, le habría explicado que los nueve meses no los marcaba ningún reloj celeste y que por eso podía estar tranquila y prepararse para los dolores del parto. Y así el amor de Elisabeth por los supervivientes se convirtió en superstición.

El cuerpo era un aparato hecho de vigas en el que, como un herrero, Elisabeth forjaba a la bestia intratable. Empujaba con la impresión de que el útero se rompía, reventaba por alguna parte. Gritó, maldijo, volvió a empezar. De todos los rincones del cuerpo manaban líquidos más densos que el agua. Salió también una masa de excrementos. Heces, orina, sangre y líquido amniótico se mezclaron en la sombra. Se agarró a las faldas de la sábana. Estiró el cuello y rechinó los dientes. Yacía tumbada con las piernas abiertas, que luego se cogió y mantuvo alzadas con las manos. Aunque empujaba, se dio cuenta de que en aquella posición no podría dar a luz. Todas las venas se le inflamaron, alimentando una combustión interna que quemaba sus esperanzas. La vagina se convirtió en un horno, pero por mucho que empujaba, no se veía luz. Dilatada como una herida por la que se quisiera ver asomar el hueso, seguía sin permitir que el niño naciera. Se entreveía la redondez de la cabecita pero la madre sufría sin que nada pasara. A duras penas, se puso en pie.

Pensó parir aprovechando la fuerza de la gravedad, pero ni aun así parecía conseguirlo: debía hacer algo, y rápido, para abrir lo bastante la vagina y permitir salir a la criatura. Sacando fuerzas del miedo, se arrastró hasta el armario y, alargando el brazo, tiró la caja de zapatos, las bolsas, los objetos que había encima. Pasaba la mano por todo el tablero pero no lo encontraba. De pronto notó el relieve del trozo de cristal, y como no lograba levantarlo, lo arrastró hasta el borde del mueble y lo cogió antes de que cayera. «Lo tengo.» Temía que los dedos temblorosos pudieran romperlo. Volvió a la cama, apiló los cojines y se recostó en ellos. Creía que así podría verse la vagina, pero comprendió que era imposible. Entonces echó hacia atrás la cabeza. A ciegas, los dedos encontraron el camino. Apoyó la punta del cristal en la zona del perineo y limpiamente cortó el tejido. Un chorro de sangre le bañó las manos y salpicó el suelo; se recogió en torno al ano dilatado por el esfuerzo. Pero el alivio fue tan grande que no sintió el dolor. Por fin notó salir el pequeño cráneo, al que

liberó de la doble vuelta de cordón umbilical que tenía en el cuello. Siguieron los hombros encogidos y, resbalando, el resto del cuerpo. Parecía una masa compacta, sin extremidades. El sudor segregado a chorros hizo que Elisabeth se escurriera y adoptara una postura más cómoda. Pudo estirar las piernas muertas, y se puso encima el peso casi imperceptible de aquel ser que resultó ser una niña.

Josef llegó en aquel momento, mientras ella cortaba el cordón umbilical con el cristal. Sin levantar la vista, se limitó a decir:

–Tienes que cerrar el cordón de algún modo, o el niño morirá desangrado.

–Lo sé –contestó Elisabeth, sonriendo a la recién nacida.

Acomodó al pequeño ser en el brazo y se enrolló una, dos veces a la palma de la mano libre el cordón que aún sobresalía a medias. Abrió las piernas un poco y fue sacándolo despacio, sin quejarse.

Cuando todo parecía concluido, Josef vio que aún paría otra cosa: Elisabeth terminó de estirar y una gran masa de materia orgánica se deslizó al suelo; era la placenta que ahora, desinflada, parecía una especie de hígado enorme.

La madre sonrió al oír los vagidos de la niña, mientras con la poca sábana que había quedado sin manchar la limpiaba de residuos. En aquel momento la niña vino a la luz, como si de luz estuviera pintándola su madre.

Se había guiado por el instinto, no por aquel inútil manual de obstetricia que su padre había comprado. Elisabeth lo había leído con la misma ligereza con que se lee un tebeo que no tiene nada que ver con uno.

Mientras las dos chicas se conocían, no lejos de allí, al otro lado del pasillo, Josef, de rodillas, limpiaba el suelo con un trapo. Y se quejaba entre dientes, como un siervo.

## 5. STEFAN

### LA FEA VOZ DEL DIABLO

Tenía dos grandes ojos azules, y las pocas veces que los abría daba gusto verla; los párpados eran tan finos que cuando la ponía bajo la luz se transparentaban. Parecía que siguiera en la placenta, que podían vérsese los órganos, los huesos, y que la consistencia de la carne cambiara al tocarla. Elisabeth no sabría decir lo que pesaba, pero era más liviana que Pizpireta.

Las primeras semanas fueron las mejores. Pronto, por desgracia, empezó a llorar todos los días sin motivo aparente. Josef dijo que no se preocupara, que los recién nacidos pasan momentos terribles. Explicó que debía hacerse a la nueva vida, «porque para ellos el cuerpo es como una cárcel y tienen que inspeccionar todos los rincones».

–Estos lloros no son normales, papá –le dijo ella cuando le pareció que la niña había llegado al límite–. Está sufriendo mucho. No parece cosa pasajera.

–¡No te preocupes, mujer!

Cuanto más la acunaba la madre, tratando de calmarla, más se agitaba la pequeña.

–¿Qué podemos hacer para tranquilizarla?

–Gaseémosla un poquito...

Elisabeth se apartó bruscamente y estrechó contra sí a la pequeña Kerstin. Asustada y torpe, se retiró al cuarto de al lado, arrastrando la mantita con que envolvía a la niña. Josef rió con ganas de la broma que le había gastado, y la reacción de Elisabeth lo enterneció.

–¿Oyes cómo se ríe tu padre? Oye la fea voz del diablo –dijo Elisabeth al bultito que mecía en los brazos.

Pero el diablo pasó a la acción. Elisabeth pensó que había poseído a su hija cuando en las semanas siguientes la niña empezó a toser cada vez con más frecuencia. Una tos ronca que opacaba el aire. Era presa de una ansiedad constante por aquella carita que se volvía cianótica. Aquella tos adulta en el cuerpecito la agotaba. No sabía qué hacer y lloraba sólo de pensar que estaba enferma. Fueron días de pánico y tranquilidad. Pasaban semanas en las que parecía que la pequeña se había recuperado cuando de pronto recaía en aquel

mal que no acertaba a identificar. No sabía lo que le dolía, si la cabeza, la tripa, un miembro. La tocaba con atención, doblaba las articulaciones con cuidado, comprobaba si lo que le dolía era esta rodilla o aquel codo. La tumbaba boca abajo y le palpaba las pequeñas vértebras para encontrar la causa de aquellos quejidos. Por lo que sabía, el punto débil no eran las articulaciones. Casi había deseado que fuera ése; pero no: era algo interno. Ahí no llegarían sus cuidados. No poder ayudarla la desconsolaba, y los intentos por convencer a su padre para que la llevara al hospital fueron vanos. «Resignación», le dijo de nuevo. Lo que la entristeció no fue la negativa, sino que le contestara otra vez aquello, típico de quien no razona, no ha razonado nunca y no está dispuesto a hacer nada.

Se volvió hacia Kerstin, que dormía. Estaban solas en aquella lucha, y deseó que Josef no complicara las cosas en los meses siguientes. Si no quería salvar a la pequeña, al menos que la dejara en paz. Esperaba que no reivindicase derecho alguno sobre la niña, y se juró a sí misma que utilizaría la enfermedad de su hija para volver en su favor el papel de padre. Mantendría aquel juramento pese a la dedicación y el esfuerzo que le costaría atender a su hija.

## UN JIRÓN DE AMOR

Comprendió que debía tragarse el orgullo y al menos pedirle consejo cuando, después de la natural pérdida de peso fisiológico, la niña no recuperó los kilos necesarios. Se había quedado parada en aquel estadio como si hubiera bajado un escalón que ya no podía subir.

Un día en que la niña había sudado por el excesivo aumento de la temperatura de los radiadores, Elisabeth fue a destaparla y la halló envuelta en una capa de sudor tan denso que se había coagulado bajo el calor de la manta. Era como si un insecto enorme le hubiera tejido un capullo. Era una pátina sólida, una película amarillenta que formaba grumos entre los dedos, alrededor de los ojos, sobre los cartílagos, en el cuero cabelludo.

Josef no sabía qué hacer, cómo actuar, y se pasó infinidad de tiempo buscando una solución que no llegaba. Elisabeth le dijo que no tenía sentimientos, que era peor de lo que había imaginado, porque no tenía un poco de amor por su hija. Josef llevó al búnker una toalla más grande que las otras y se la arrojó a la cara:

–Toma, un jirón de amor, apáñate con él.

Los días siguientes, queriendo realmente ayudar a la niña pero sin saber cómo, llevó más toallas en cantidades ingentes. Lo único que podían hacer era lavarla

constantemente. No seguiría pareciendo una mariposa antes de salir del capullo por aquel sudor lento y compacto.

Crecía, sí, pero deforme y muy despacio. Estaba muy delgada y la espalda se curvaba. La espina dorsal se atrofió, provocando jaquecas que borraban todas las expresiones del rostro.

Al anochecer, Josef iba a verla. Pensaba que aquella mirada triste era la más bella que se había posado nunca en su alma: los ojos de Kerstin permanentemente cerrados, hinchados como bolas de agua celeste dormida. Tenía que abríselos con los dedos para cerciorarse de que lo miraba; colocarse junto a la cara porque las pupilas giraban de lado, faltas de coordinación. Pero cuando lo veía delante, Kerstin sonreía. Los labios se abrían risueños y el padre la abrazaba más estrechamente. No le importaba que Elisabeth lo supiera, que pensara de él lo que quisiera. Pese al búnker, estaba convencido de que seguían jugando al juego de marido y mujer tan sinceramente como habían jugado en otro tiempo. Se lo propuso también a esta otra hija como si fuera lo mejor que podía ofrecer:

–¿Quieres casarte conmigo, amor mío? ¿Querrás tomarme como esposo para toda la vida?

Kerstin, aunque poco más que en pañales, parecía asentir cariñosamente y con los puños cerrados se acurrucaba entre aquellos brazos fuertes.

Gracias al cielo pasó el tiempo. Kerstin tuvo pocos y breves momentos de paz, aunque la madre, cegada por el placer que sentía, contaba más de los que en realidad eran. Se decía que, a fin de cuentas, y a excepción de aquellos malos momentos de los primeros meses de vida, el resto del tiempo había estado sana. Otras veces el mal de la pequeña la hacía sentirse realmente útil, y en ciertos momentos incluso invulnerable. Tener que protegerla hacía más fatigosa la vida, pero también más verdadera, y así Elisabeth cambió el largo invierno del búnker por una primavera no menos intensa, llena de vigilias y alertas. La verdad era que la enfermedad y la salud se alternaban en el cuerpo de la niña con demasiada frecuencia. Kerstin parecía uno de aquellos automóviles con los que jugaban de niños los hermanos de Elisabeth, que se ponían de un color cuando los metían en agua caliente y de otro cuando los metían en agua fría.

UNA MANZANA

Desde entonces Elisabeth intentó reaccionar al sexo: quería evitar que la violencia y la locura de Josef le parecieran a la hija una fuerza a la que la madre sucumbía. Seguía repugnándole acostarse con él, pero muchas veces se entregaba pícaramente. A cambio pedía regalos para sí misma y para su hija, y Josef la complacía con gusto. Consiguió más libros, más CD, vestidos de noche para fiestas a las que nunca iría y que sólo podía imaginar, sombreros muy caros para jugar a todos los personajes que imaginaba.

Una mañana que Josef bajó a verlas había en el búnker una atmósfera luminosísima, como si la luz del exterior, cálida e incontenible, hubiera atravesado los cimientos y llegara incluso al estado de ánimo de Elisabeth, que se estaba mirando en el reflejo de los ladrillos y preguntaba a Kerstin –aún demasiado pequeña para contestar– qué le parecían las prendas que se estaba probando.

Asomado al baño, Josef la observó entregada a aquella actividad en cuerpo y alma: en la cabeza llevaba una gorra militar con la visera calada y en la cintura un tutú vaporoso. Kerstin, a la que, como no tenían cuna, habían puesto en el cesto de la ropa sucia, observaba curiosa aquella figura adulta que se movía.

Josef vio a las hermanas que eran, y le parecieron felices. Quiso inmortalizar aquel momento concediéndole a su hija todos los deseos. Le preguntó qué era lo que más deseaba.

–Que las princesas de todos los cuentos quedaran libres de sus hechizos – contestó Elisabeth en tono mayestático, dando unos pasos de danza en los pocos metros cuadrados del cuarto.

Sonriendo, Josef se inclinó sobre Kerstin y la acarició. Luego se volvió a Elisabeth y la tomó firmemente por los brazos, interrumpiendo la danza:

–Lo digo en serio. ¿Qué deseas tener, dime? –Le clavó sus ojos azules, hurgándole en el alma. Entonces Elisabeth borró de su cara la sonrisa vagamente ebria que tenía, se puso seria y, mirando a su padre con igual intensidad, dijo:

–Quisiera que en el mundo no hubiera más agujas de tejer.

Y echó la cabeza hacia atrás y empezó a cantar, volviendo a su juego cuando aún su padre la sujetaba por los brazos. Se soltó, o la soltó Josef, no muy seguro de haber entendido. La observaba preguntándose si sabía lo que había pedido o era otro capricho más. Entre las palabras y los gestos lúdicos de Elisabeth, el deseo de maternidad era como una manzana madura en un cesto de frutas verdes.

Viendo que Elisabeth seguía bailando de una punta a otra del búnker, Josef murmuró para sí:

–Quieres otro hijo.

Un día corrieron la cortina que habían puesto en la entrada del cuarto de las camas.

Josef no necesitó añadir nada a aquel encuentro: no le metió los dedos en la boca como casi siempre hacía, ni quiso poseerla por detrás enrollándose el cabello al brazo. Ella se tumbó, abrió las piernas y él la penetró.

En los meses siguientes, Kerstin creció lo justo para decir las primeras palabras y tener, por tanto, los primeros pensamientos. Al principio la niña no comprendía por qué su madre se dirigía amorosamente a la criatura que llevaba en el vientre; le parecía que hablaba sola. Nadie le explicó lo que era un hijo. Sólo días después le dijeron que *ella* era un hijo. Si su madre tenía otro, pensó, sería otra Kerstin. Ese día lo pasó un poco enfurruñada, tirando las muñecas al suelo. Con el transcurso de las semanas, Kerstin advirtió una diferencia en relación con el pasado: las miradas de complicidad que sus padres intercambiaban, y que ella creía propiciar cuando trepaba a las rodillas de Elisabeth y metiéndole los labios en la boca a su madre le gritaba a la otra Kerstin que se diera prisa en nacer.

A veces Josef creía que Elisabeth era consciente de lo serio que era tener un hijo, otras veces le parecía que no. Se consoló pensando que si concebía otra criatura, se afirmaría en su voluntad de vivir allí abajo. Si todo iba bien, podría tener a raya aquella felicidad entrevista.

## OTRA KERSTIN

Elisabeth tenía una tripa enorme, más grande de la que tuvo con Kerstin.

La pequeña no hacía más que preguntarse qué debía hacer cuando se viera delante de sí misma. La idea de una segunda Kerstin no turbó su imaginación, ni se sintió menos especial o menos atendida. El asombro de la vida que aún estaba explorando persistiría. Pero nadie se basta a sí mismo, ni siquiera un adulto; menos aún una niña en aquellas condiciones: como nadie le explicaba cómo funcionaba la vida y el mundo, tuvo que imaginar ella sola el significado de todas las cosas. Pero dado que no creó un mundo de ogros con las cosas que veía allí abajo, debemos suponerle un natural lo bastante bondadoso como para anular el mal del que su padre era portador.

Llegó al fin el parto. Esta vez estaban preparados. Tenían agua caliente y toallas a mano. En una palangana echarían los líquidos y la placenta. Elisabeth temía tener que cortarse otra vez el perineo. Aunque aquel corte no le dolió en el momento del parto, tardó meses en curar. Por eso, además de unas tijeras quirúrgicas y un bisturí que Josef había comprado en el mercado negro, también dispusieron junto a la cama lo necesario para suturar si era preciso. Instrumentos improvisados, por desgracia. No había encontrado nada mejor que hilo de pescar y anzuelos esterilizados para truchas.

Elisabeth respiraba profundamente. Las contracciones se hicieron más frecuentes. Se tumbó de espaldas, dos pilas de cojines a ambos lados de la cama le mantenían las piernas levantadas. Al principio Josef se sentó a su lado, dispuesto a tomar al recién nacido en sus manos, y la animaba con palabras tranquilizadoras y atentas; pero luego se deslizó de la cama, cautivado por lo que veía, y sin darse cuenta acabó arrodillado en el suelo, y dando fuertes palmadas en la cama para animar al pequeño a nacer, como si espolease a un caballo de carreras.

–¡Ánimo, ánimo, chaval! –gritaba con los ojos fuera de las órbitas, excitado, convencido de que sería niño. Si hubiera tenido un látigo, lo habría hecho restallar como un domador de fieras.

Kerstin aprendió a contar, a escribir su nombre. Ver su nombre completo en papel fue para ella una fiesta, como un cumpleaños más:

–Mamá –dijo tímidamente, apoyando la punta del dedo en el nombre–, ésta soy... –Y no acabó de decirlo, como si no estuviera segura de hallarse en el mundo y sólo su madre pudiera confirmarle que existía.

–Sí, preciosidad –la tranquilizó Elisabeth, recogéndole el pelo en la primera cola de caballo de su vida–. Ésa eres tú.

Con los rotuladores, Kerstin empezó a escribir su nombre en todos los papeles que encontraba. Elisabeth, como si quisiera darle compañeros de juego, le enseñó a escribir otros nombres de persona, masculinos y femeninos. Después de reunir una discreta colección, un día Kerstin dispuso los folios en el suelo según cierto orden secreto. Su hermanito, atraído por aquellas manchas de color, empezó a pasearse por ellas a gatas. De pronto se detuvo y empezó a batir palmas como si lo hubieran invitado a hacerlo. Ni Elisabeth ni Kerstin supieron decir qué lo divertía tanto, pero interpretaron que con aquel comportamiento había elegido el nombre que quería. Se había sentado sobre el de «Stefan»: conquistado.

Jugaban de la mañana a la noche, menos los ratos que mamá pasaba con papá al otro lado de la cortina. Los niños se quedaban tranquilos como se les decía, haciéndose compañía sentados en el suelo, hasta que la madre volvía. Hicieran lo que hicieran en el cuarto de las camas, cada vez tardaban menos. La madre reaparecía sonriendo y tendiéndoles los brazos.

Josef notó que Elisabeth ya no se mostraba arisca como antes, y podía poseerla fácilmente. Haberle permitido tener a Kerstin tenía sus ventajas. La maternidad la hacía sonreír mucho, y él comprendió que una sonrisa enseña al resto de la persona los movimientos de la felicidad.

Un día que Kerstin se había peleado con su madre, intentó poner en práctica su teoría. La niña había cogido una rabieta y, afirmando los piececitos en el suelo, se negaba a comer. Josef la cogió en brazos, la llevó al cuarto de las camas y la sentó en una alfombra que tenía un delfín estampado, de manera que parecía que montaba al animal. Le dijo que se obligara a reír, que moviera los músculos de la cara aunque estuviera enfadada. La niña objetó, con una lógica digna de un adulto, que no tenía sentido, que estar triste significaba eso precisamente, no poder reír.

–Tú inténtalo –la instó Josef–, ¡venga!

La pequeña esbozó una rápida sonrisa y volvió a ponerse seria, como diciendo: «¿Ves? No funciona.»

–Tienes que reír, vamos. Abre la boca y ríe, enséñame los dientes.

Y empezó a reírse él primero, exageradamente, llevándose la mano a la tripa, haciendo oscilar el tronco sobre las piernas cruzadas. Al verlo desternillarse de risa, Kerstin se convenció y quiso imitarlo. Esta vez, aunque aún no reía como él quería, mantuvo la sonrisa más rato. Vio que era verdad. Al principio se sintió tonta, pero luego empezó a reír con verdaderas ganas.

–¡Funciona! ¡Funciona! –gritó la pequeña, saltando sobre él y rodeándole el cuello con los brazos. Acabaron en el suelo jugando a luchar.

Como no asistió a aquel diálogo, Elisabeth se preguntó por qué se reía su padre tanto. Luego oyó a Kerstin reírse también y al rato la vio de vuelta en la cocina: un monigote de cincuenta centímetros de alto que, con las manos en jarras, le dirigió un reproche:

–Tú no crees en las cosas –le dijo, señalándola con el dedo–. Papá sí.

Viendo en su hijita a una aliada, Josef entró triunfal en la cocina y lanzó a Elisabeth una mirada de inteligencia. Aunque le dolía admitirlo, sabía que había triunfado en una de las empresas más difíciles del oficio de padre: quitar la tristeza del corazón de su hija. Elisabeth recordó las palabras de su padre a las

pocas semanas de nacer Kerstin, cuando se preguntaban cuál podía ser el mal que aquejaba a la pequeña, pero no dijo nada para no darle esa satisfacción: pensó que «el cuerpo es la forma de la vida», sin saber que acababa de dar un sentido al búnker.

Desde aquel día, siempre que Josef veía a Kerstin de malhumor, triste por algo, o cuando la tos, aunque pasado el ataque, la dejaba enfurruñada, se acercaba a ella y se aseguraba de que ponía en práctica el método experimentado. La pequeña le tomó gusto. Muchas veces esperaba que la tristeza la invadiera para vencerla otra vez. Tosía y reía. No era un juego, era magia.

Creció también Stefan, menos alto que su hermana pero más robusto. Viendo que el segundogénito no parecía tener problemas de ninguna clase, ni físicos ni psicológicos, Josef se convenció de que era el mejor de los hijos que había tenido, incluidos los de Rosemarie, que lo abandonaron miserablemente. Éste, en cambio, se quedaría con él toda la vida. Podía resarcirse. Colmó también a Stefan de regalos, que le compraba para verlo sonreír. Aunque el pequeño sonreía siempre, incluso cuando, por la falta de espacio, tuvo que quitarle algunos juguetes, que llevó al orfanato de la ciudad. Stefan no lloró ni una sola vez, y no poco le costó a Elisabeth también evitar hacer comparaciones con la hermana. Si Kerstin no se sintió nunca destronada fue precisamente por el amor que le demostró el hermanito. Aunque sabía que era distinto, seguía convencida de que era, efectivamente, otra Kerstin. La frente cuadrada, la risa escandalosa, la cabeza grande y siempre oscilante, las manos torpes, eran las mismas.

Estaban siempre juntos como dos búhos posados en el suelo, hombro con hombro, incondicionalmente. Se acucillaban en un rincón y desde allí observaban las sencillas acciones de la madre, siempre visibles en el poco espacio que había. Luego, girando los ojos húmedos y esféricos como ciegos huevos de araña, observaban a su padre entrar y salir.

Se llevaban casi dos años, pero con el pasar de los meses parecieron de la misma edad. Siempre estaban abrazados. Comían con las manos, y se pasaban uno a otro la comida de la boca. Josef quería que se sentaran a la mesa y se estuvieran quietecitos, pero ellos se divertían tirándose de las sillas una y otra vez. Se refugiaban en un rincón con el trozo de pan que comían juntos, protegiéndose los ojos de la luz cegadora del neón con el tablero de la mesa. Eran los reclusos más bajos que había en aquella cárcel. Menudos, desmañados, juntos formaban un bulto deforme. Masticaban en la oscuridad. El ruido de las

mandíbulas que trituraban la comida revelaba que eran seres innatamente capaces de vivir y adaptarse a lo que fuera.

## TAILANDIA

La vida en el búnker había tomado una apariencia de normalidad. Se había establecido una rutina diaria propia de ellos que no era menos estable que la de las personas de arriba. Elisabeth seguía abrigando secretamente sus intenciones, pero llevarlas a cabo sin que su padre se diera cuenta a veces parecía imposible.

No es que no hubiera querido tener otro hijo por el deseo natural de ser nuevamente madre, de sentir que en ella se cumplía la obra de la vida, pero el proyecto de ampliar la familia para provocar a Josef una crisis por falta de espacio no parecía funcionar. Al contrario, él también estaba muy feliz con Stefan, porque un varón satisfacía su deseo de verse reflejado en la madurez. Iba camino de los sesenta, pero aún estaba sorprendentemente fuerte. Levantaba a los hijos uno en cada brazo, como si fuera un héroe salvando a gente. Había sabido mimarlos desde que eran muy pequeños para crear entre ellos una relación sin dudas, sin sombras. Tenía tanta fuerza que su ánimo y su espíritu se consolidaron también. Se sentía feliz por lo que hacía, por el cariz que su existencia y la de aquellas criaturas había tomado. No se acordaba de que había limpiado el suelo cuando nació Kerstin, y si alguien se lo hubiera recordado, no le habría dado mayor importancia. Seguía convencido de que tomaba única y exclusivamente lo que le interesaba, y que la vida, en su día a día, se estaba organizando por sí misma. Era verdad sólo en parte. Elisabeth lo estaba transformando en algo sutilmente distinto.

Cuando cumplió dos años, Stefan metía un pie hacia dentro, enroscando los dedos. Fue la primera deformación evidente. Josef no hizo mucho caso, creyendo que se debía a las posturas que adoptaba por estar todo el rato en el suelo, con su hermana. Aun así, no podía correr el riesgo de que se le estropeará el tan esperado varón. Ya tenía problemas de vista, pero ése era un defecto perdonable. Se prometió hablar del tema con Elisabeth –y encontrar una cura para el pie– en cuanto volviera del viaje que pensaba hacer.

–¿Cómo que te vas? –le preguntó Elisabeth, sonriendo distraídamente mientras daba una cucharada de sopa a Stefan haciéndola girar ante su boca como si fuera un avión.

–Sólo un mes. A Tailandia.

–¡Sólo un mes! –exclamó ella volviéndose de golpe y tirando la comida al suelo–. ¿Y te parece poco? ¿Estás loco?

–Oye, yo trabajo para vosotros de la mañana a la noche y tengo derecho a descansar.

–¿Y nosotros qué hacemos aquí abajo solos? ¿Cómo nos arreglaremos? Para comer, beber... –Elisabeth lanzó la cucharilla hacia el rincón de la cocina.

Josef hizo un ademán, como diciendo: «Tranquila, que ahora viene lo bueno.» Elisabeth inclinó la cabeza, y este gesto de la cabeza fue muy elocuente. Evitó, sin embargo, mirarlo; cogió un trapo y le limpió la boca a Stefan con pasadas rápidas y precisas.

–He comprado una nevera, como la que tengo ahí fuera, junto a la escalera, ¿te acuerdas?

Pero la mente de Elisabeth parecía haberse quedado en blanco, lo de afuera había dejado de existir para ella, junto con sus objetos y memorias. Josef continuó:

–Más pequeña, claro. –Y señaló hacia la puerta dando a entender que era igual de grande que la entrada–. He metido suficiente comida para que paséis treinta días, y más, te lo aseguro.

Elisabeth comprendió que replicar era inútil. Su padre ya lo había decidido. Resignada, le preguntó:

–¿Papá?

–Dime, cielo.

–Resignación, ¿no?

–Cuento contigo, amor.

Y se fue. Elisabeth sacó a Stefan de la silla, lo tomó en brazos y se reunió con Kerstin. Se acurrucó en el suelo con sus hijos. Los estrechó contra sí o se estrechó contra ellos, es difícil decirlo. Esa misma noche Josef metió la nevera en el búnker y la llenó de congelados.

A saber cuándo volverían a verlo.

## EL MAR

Justo sobre sus cabezas oyeron el coche que vino a recogerlos a él y al amigo –era Hermann, que vivía al otro lado de la calle– con el que emprendía el viaje.

No sólo prestó atención Elisabeth, con su oído afinado, sino también los hijos, que no tenían ninguna imagen que asociar a aquellos ruidos.

Las voces de Josef y del amigo que se saludaban alegremente, el ruido de la portezuela del taxi y las recomendaciones que Rosemarie les hacía desde la puerta, se filtraban por la tierra y llegaban abajo atenuadas pero distinguibles. Percibida desde el subsuelo, la realidad se había convertido en un sueño. Se había estilizado. Al poco las voces se extinguieron y el ruido del motor se alejó. Josef se iba llevándose un poco de la esperanza que Elisabeth tenía de sobrevivir.

Con su vocecilla, Kerstin preguntó a su madre adónde iba su padre.

–Al mar... –Y no pudo añadir nada más, pues enseguida intervino Stefan:

–¿Y qué es el mar?

No sabía cómo contestar. Trató de recordar las nociones elementales que había aprendido en la escuela:

–El mar es una gran extensión de agua que separa las tierras emergidas.

–Mamá..., pero ¿qué dices?

Elisabeth se calló. Miró a Kerstin, enfundada en sus leotardos blancos de lana a los que siempre estaba arrancando bolitas. Miró a Stefan, con sus gafas de cristales gruesos que tenía que llevar atadas a la nuca porque eran para adultos, las únicas que Josef había podido conseguir sin receta médica, y le pesaban en la nariz. Estaba ocurriendo lo que ella había temido: chocaba con la imposibilidad de decir a sus hijos lo que hubiera querido decirles. Era una imposibilidad sólida, que parecía también hecha de ladrillos.

Pensó que sería mejor empezar desde el principio. Contarles la historia del mundo. La génesis de todas las cosas y de su desarrollo, cómo las cosas, en cuanto nacen, enseguida sienten la necesidad de ir hacia un destino propio. Procuraría tender un puente capaz de comunicar al búnker el significado de todo lo que les dijera sobre la formación de las galaxias y de la Tierra, y sobre la evolución de la vida hasta ellos. Quizá consiguiera sentar las bases de un conocimiento inconsciente. Diría la verdad de todo lo que estaban viviendo sin quitarles por eso la alegría de vivir.

Se los sentó en las rodillas y empezó a contar. Para cada objeto que nombraba era necesaria una aclaración, un esfuerzo de imaginación. Empleó mucho tiempo sólo en dar una idea del Big Bang, mientras los hermanos ponían objeciones y pedían explicaciones más detalladas. Acabó diciendo que así era y que había que

aceptarlo. Del tiempo anterior a aquella explosión nada se conocía. Ella sabía lo que ellos, «como cualquier otra persona en la tierra».

Kerstin apartó los ojos de los de la madre, perpleja. Buscó ayuda en su hermano, que ya la miraba extrañado.

–¿Qué quiere decir «cualquier otra persona en la tierra»? ¿No estamos solos, mamá? –preguntó la pequeña.

–No, amor mío, no estamos solos.

Durante la semana siguiente, todas las tardes, se recogían a los pies de su madre como ante el fuego de una chimenea y escuchaban estupefactos. Contar lo demás fue largo y aún más complicado, pero también divertido. Por importantes que fueran los descubrimientos del hombre, los mitos, las conquistas científicas, los imperios, los ejércitos, los reinos, las revoluciones, los libros escritos, los cuadros pintados, resultaban sobre todo graciosos. El género humano, proyectado sobre las paredes del búnker por las palabras apasionadas de la madre, parecía hallarse en sus torpes albores. Elisabeth pasó volando de la invención de la rueda a la exploración del espacio, saltando de las fábulas a la televisión. La historia de la humanidad pareció ser repentinamente la historia de Elisabeth.

Los niños exigieron a gritos leer aquellos libros, ver aquellos cuadros, poseer una de aquellas cajas ruidosas que permitían ver a las personas a distancia y que, por lo que decía su madre, las hacían pequeñas y ridículas. Iba a prometerles que tendrían todas aquellas cosas en cuanto volviera su padre, cuando de pronto oyeron un chasquido y la luz que debía haber estado encendida un mes se apagó a la segunda semana.

Kerstin y Stefan empezaron a bromear y gritar en la oscuridad. Elisabeth, preocupada, miró a un sitio y otro, a ciegas, esperando un ruido que explicase lo que había pasado. Percibió el rumor cada vez más tenue de las hélices del sistema de ventilación que iban parándose.

Debía de ser un apagón. Aconsejó a sus hijos que se movieran con cuidado, que no corrieran. Así se hizo para ellos de noche. Esperando que la luz volviera pronto, se acostaron los tres juntos en una de las camas.

A la mañana siguiente los pequeños empezaron a bullir y despertaron a la madre. Soñolientos y aún a oscuras, quisieron levantarse. En cuanto pisaron el suelo, notaron que lo cubría una cantidad de agua suficiente para inundar un centímetro todas las estancias. Elisabeth quedó aterrada y se convenció de que seguiría afluyendo agua, no sabía cómo, y los ahogaría. Se imaginó que el nivel

llegaría al techo. Ya veía los cuerpecitos de sus hijos flotando en el agua. Los dos hermanos, en cambio, se arrojaron al suelo queriendo nadar en aquel charco y gritaron felices:

–¡El mar! ¡El mar!

Quizá era una cañería que se había roto. A tientas, Elisabeth fue a comprobar la bañera. Pasó la mano por las paredes y el fondo y los encontró secos. Con las manos tendidas hacia delante, esforzándose por levantar la cara, fue a la cocina y abrió las puertas del mueble del fregadero. Pasó las manos por el desagüe y las tuberías, pero tampoco encontró pérdidas de agua. Los pequeños callaban un momento y se palpaban la ropa mojada, tras lo cual seguían chillando y se tiraban otra vez al suelo, excitados. La madre gritó a su vez, para que la oyeran:

–¡Silencio!

Tenía que averiguar lo que pasaba. Fue al congelador, abrió la puerta y la embistió una vaharada húmeda; en el fondo había una película de agua, pero no suficiente para hacerla pensar que venía toda de allí. Repasó mentalmente los objetos que había en el búnker y no encontró un electrodoméstico capaz de causar aquel daño. Luego pensó en las novedades de aquellas semanas y fue a comprobar el estado de la nevera. Abrió la puerta superior y metió las manos. Su padre la había llenado de congelados hasta el borde, pero no tocó ni uno. Tuvo que meter dentro los brazos hasta los codos: el hielo se había derretido y los envases se habían depositado en el fondo. Separó el aparato de la pared y notó que la parte trasera estaba mojada. Encontró las grietas de la chapa por las que el agua se había filtrado, empapando el motor.

De pronto la nevera le pareció vacía y la comida insuficiente. Tuvo que cocinar todo lo que pudo para evitar que se estropeará. Por mucho que diera de comer a los pequeños, los tres solos no podrían dar cuenta de todas las provisiones.

La histeria se apoderó de ella. Siguió cocinando en la oscuridad usando vajilla que no fregaba. Mientras una ración se hacía al fuego, otras cinco se pudrían en el rincón. La esponja dura que era el muro absorbía el agua muy lentamente, y un frío terrible invadió el recinto. Se habían hundido aún más en el seno de la tierra. A la manchita de humedad que había en una esquina –la misma que años antes se le antojó a Elisabeth un ojo que la miraba– se sumó una infinidad de manchas nuevas. Las paredes rezumaban humedad, una humedad que se extendía hacia arriba. Dijo a los hijos que no se acercaran a ellas, que separaran

las camas. Un segundo después de haberlo dicho lo hizo ella misma, creyendo que se volvía loca.

Por la noche se apretaban unos contra otros, pero les castañeteaban los dientes y no podían dormir. La única luz que Elisabeth había encontrado –así como la única fuente de calor– era la llama de los hornillos de gas; habría querido dejarlos siempre encendidos si eso no significara consumir en poco tiempo el oxígeno disponible. Los niños se recogían junto a aquellas llamas para calentarse un poco. Elisabeth no veía más que los dedos inútilmente suspendidos sobre las llamas: el calor que el gas difundía se perdía absorbido por los conductos de ventilación. En los ojos de los hijos se reflejaba la mirada del padre, como si a través de ellos hubiera encontrado éste la manera de no perderse aquel insólito espectáculo.

Prefería la vigilia forzada que imponían los neones, el sueño que, aunque nunca llegaba, acariciaba tiernamente. El frío hostil transmitía la sensación de morir poco a poco, más despacio de lo que drenaban el agua los minúsculos vasos comunicantes del cemento.

Desayunaban salmón ahumado. Bebían litros de leche pasada. Comieron cuanto pudieron y amontonaron en el primer cuarto el resto de la comida echada a perder. Aquella montaña parecía el excremento más grande jamás evacuado. Por todas partes había envases de plástico. Con algunos, que pisaban sin querer, se hacían pequeños cortes en los pies.

Se agotó la comida comestible. Elisabeth no sabía cuándo volvería su padre, había perdido la noción de los días y se desesperó. Con los hijos agarrados al cuello para evitar que pisaran el suelo, se sintió como años antes, cuando, al no poder contar el tiempo que pasaba, un día parecía un año y nunca al contrario. No sabía decir cuánto faltaba para fin de mes, y lloró. Kerstin y Stefan, sin entender, tuvieron una razón más para llorar con ella.

El hambre se abrió paso, horrenda, como una criatura que hubiera anidado en los envases de comida pasada. El suelo estaba sembrado de tallos de col, raspas de pescado, cucuruchos de helado, huesos. El olor nauseabundo de algo que se pudría se coló en el cuarto de las camas. Elisabeth siguió en la oscuridad aquella estela olfativa hasta la cocina. Las patatas guardadas en una caja de plástico debajo del fregadero habían echado raíces. Los primeros brotes se extendían por la base de la pared, llena de humedad. Elisabeth sacó la caja y la arrojó al montón de la basura. El mal olor ascendía y descendía sobre sus cabezas. Estaban rodeados, y el hambre, dentro de ellos, se había convertido también en carne putrefacta.

Al día siguiente, con su despreocupación habitual, en pantalón corto y muy bronceado, Josef regresó a casa. En cuando abrió la puerta del búnker se vio asaltado por el hedor de los desechos y vomitó en la entrada. Encontró la estancia a oscuras y logró restablecer la corriente. Los enchufes se habían secado y la luz volvió, los electrodomésticos se encendieron. Entró tapándose la nariz y se quitó las gafas de sol.

Los vio a los tres encaramados a la cama, en actitud defensiva. Alrededor, por todas partes, sobras de comida, envases abiertos y dejados, platos boca abajo, vasos volcados. Charcos de vómito ponían aquí y allá manchas de todos los colores. Al palpar las paredes, que se veían más oscuras de lo normal, advirtió el agua absorbida. Sólo entonces comprendió lo que había ocurrido.

## 6. LISA

### EL PICO

Les dio de comer después de limpiar.

En medio día hizo desaparecer las bolsas de plástico que apoyó en el muro delante de la casa, formando una larga fila de cadáveres azulencos. Desmontó las hélices de los aparatos de ventilación colocados en lo alto de las paredes: alternar la dirección de la corriente renovaría el aire y permitiría que las paredes se secaran. Después de limpiarla, encendió también la nevera, que se puso en marcha con un zumbido. El orden fatigosamente creado antes de su viaje a Oriente debía ser restablecido.

Se pasó horas sentado a horcajadas sobre el grupo electrógeno, hasta que, cansado de accionar cada diez minutos la manivela que invertía el flujo, decidió que había llegado la hora de hacerse perdonar.

Se reunió con ellos trayendo dos bolsas: una contenía ropa de invierno – guantes para la nieve, abrigos, gorros de lana– que podían ponerse para quitarse el frío que habían pasado aquellos días; en la otra traía los regalos que él mismo había envuelto el día anterior en la habitación del hotel, antes de coger el avión.

Los niños, curiosos, se abalanzaron enseguida sobre él. A Kerstin le dio un paquete azul con estrellitas fluorescentes, a Stefan otro en el que se veía un monito sentado en la cima de un monte, y a Elisabeth una cajita con forma de corazón. Kerstin creía que el regalo era el envoltorio, cuyo cielo estrellado le fascinaba, y dio las gracias a su padre con un beso en la cara. Él mismo desenvolvió el paquete con cuidado, para no romper aquel papel satinado que crujía y daba gusto ya sólo tocar. Apareció un caleidoscopio: girándolo en cualquier dirección, descomponía el búnker en una miríada de fragmentos. El regalo de Stefan era una cámara fotográfica de juguete: mirando por el visor y apretando un botón, se veían fotos de playas, monumentos, calles de Tailandia. El niño vio palmeras, casas, nubes por primera vez, y como las encontró fantásticas no se preocupó de preguntar qué eran. Daba vueltas en las manos al aparato, examinaba intrigado el objetivo, la parte de atrás, preguntándose dónde llevaría metidas aquellas cosas maravillosas.

Elisabeth, por su parte, destapó la cajita. Ya la forma no prometía nada bueno,

y cuando vio el contenido se sintió una idiota por haber esperado otra cosa. Embutidas en el interior había unas braguitas de encaje negras y rojas. Debía de haberlas comprado en alguna tienda de carne humana, en el rincón más miserable de Tailandia. Las lanzó hacia el pasillo que llevaba al baño, pero cuando cayeron se oyó un tintineo. Se volvió en esa dirección y luego miró a su padre.

–Ve a ver, anda.

Elisabeth fue sin fiarse. Del suelo cogió una cadenita de plata de la que colgaba un pequeño dado que llevaba engastada una piedra preciosa resplandeciente. La apretó con el puño y, contenta, volvió con su padre y le pidió que se la pusiera.

Aquel objeto, una vez puesto en el cuello, tenía la particularidad de no mostrar nunca la gema frontalmente sino de lado. Era la metáfora más exacta de la vida que llevaban. Si aquel lugar secreto, subterráneo, tenía realmente una luz, ésta solamente se entreveía de perfil, en el corte preciso que lo separaba del mundo, en un diseño concebido en el límite de las sombras. Nada de la vida de la superficie podía compararse: el búnker era el objeto plateado que un ente mucho más grande, quizá la historia de la humanidad, llevaba al cuello.

En los días siguientes, vestida con trapos y con aquel collar luminoso que le acariciaba el pecho, Elisabeth comprendió que las náuseas que había tenido durante las dos semanas pasadas a oscuras no se debían sólo a la comida estropeada. Por tercera vez ante su padre con la única expresión que superaba en luminosidad a la joya, le dijo que estaba embarazada.

Josef quiso preguntarle si estaba segura, pero salió corriendo y volvió con un pico temible que sostenía con ambas manos. La expresión de sus ojos decía todo el bien y el mal del que era capaz.

Verlo allí plantado con aquella arma en la mano le hizo temer lo peor. Él se volvió bruscamente y empezó a golpear la pared. Los pequeños, atraídos por el ruido, acudieron corriendo. Elisabeth, aterrorizada, los atrajo a sí y los estrechó entre sus brazos. Ella los protegería de lo que Josef estuviera pensando hacer. Después de dar una serie de breves golpes con el pico, Josef se detuvo y respiró. Cuando Elisabeth pudo por fin preguntarle qué pensaba hacer, él contestó que ampliaría aquella mísera existencia.

DOS PERROS

Habían pasado más de tres años desde el nacimiento del primer hijo y ocho desde que encerró a Elisabeth. La existencia de aquellos dos niños le había sido útil para sojuzgar definitivamente la mente de su hija y apartarla de otras tentaciones. Se dijo que tener más hijos la confirmaría en su resignación. Elisabeth lo había comprendido, y aunque se sometía a su padre en nombre de la maternidad, la idea de darle más súbditos la sublevaba. Eran dos perros de pelea en un ring clandestino: la lucha inicial, feroz y terrible, había resultado extenuante y hacía tiempo que se imponían largos períodos de tregua. Por un lado estaba ella, decidida a plantarle cara; por el otro, estaba él, convencido de que podía conquistarla. Oprimidos en el abrazo del cemento, los dos buscaban una posición que les permitiera respirar. Allí, aprisionada entre las estrategias de un progenitor contra otro, en medio de las risas bobas de Stefan y de los golpes de tos de Kerstin, nació Lisa.

El parto fue casi indoloro. Elisabeth se sentía como una vaca pariendo animales pesados. Continuaban los trabajos de ampliación del búnker, aunque Josef no pudo terminarlos a tiempo. Sacaba los escombros a sacos, y Rosemarie, que ya no se separaba de Sauer, le dijo que no siguiera excavando galerías en el sótano o lo único que quedaba en pie de su matrimonio se derrumbaría.

Las superficies del nuevo cuarto, agujereadas por golpes de pico, aún tenían la humedad de las cavidades subterráneas. Aunque con luz los niños tenían miedo de entrar, en la oscuridad se metían porque su padre había recubierto las paredes de estrellitas adhesivas que fosforescían, multiplicando al infinito el papel de regalo de Kerstin.

## DEMOS UNA VUELTA

Kerstin y Stefan estaban dibujando tumbados en el suelo. En el papel se veía a papá y a mamá y a ellos mismos cogidos de la mano; los cuatro formaban una larga cadena de felicidad. Un juego peligrosísimo, el de pensar la realidad cuando es impensable. Como las casas dibujadas por todos los niños del mundo, también ellos habían representado la suya de frente y de perfil al mismo tiempo. Sin embargo, no la rodeaban prados floridos ni montañas: nada hacía de marco a la felicidad, salvo los márgenes del papel. El padre parecía un árbol robusto, los brazos eran ramas que se recortaban contra un cielo permanentemente plúmbeo. Debajo estaba la madre: una forma ovalada con una línea alrededor que unía una rodilla a la frente, la nuca al colchón, el trasero a los talones levantados. Debían

de haberse inspirado en la postura que adoptaba cuando se tumbaba en la cama y juntaba las rodillas y el mentón para estirar la espalda entumecida. Aquellos dibujos representaban esquemáticamente la realidad que veían. Cada cosa se representaba con un único trazo, el fondo formaba parte de la figura y no había jerarquía entre lo que se veía y lo que no se veía. En aquellos garabatos había implícitos cientos de paisajes. La mirada discreta de los pequeños dejaba que todo existiese.

Iban a enseñarle el dibujo a su madre cuando entró Josef diciendo que se llevaba a la pequeña Lisa «a dar una vuelta».

–¿Qué quieres decir? ¿Una vuelta adónde? –preguntó Elisabeth, ya a la defensiva.

–Me la llevo de paseo.

Lo miró a los ojos. No podía decirlo en serio.

–¡Sí, claro! Por la calle con la niña en brazos... O con cochecito...

Josef expuso una parte del plan:

–Diré que es mi nieta. Que es hija tuya y que me la has dado en adopción.

–Pero ¿qué dices? –replicó Elisabeth, estrechando más fuertemente a la criatura que mecía en los brazos.

–Lo que digo. Me has oído.

–¿Y cuándo vuelves?

Josef la miró en silencio, para que se repitiera mentalmente sus palabras. Cuando por fin Elisabeth entendió, empezó a gritar, despertando a Lisa que, sobresaltada, rompió a llorar. Kerstin y Stefan, creyendo que era un juego, se pusieron a reñir imitando a sus padres. Kerstin cogió una muñeca, se la llevó al pecho y simuló que la mecía. Empezó a repetir lo que decía su madre, y Stefan lo que decía su padre. Con sus vocecitas chillonas, parecían muñecos animados, espantosos:

–¡No te me llevarás a la niña, jamás!

–¡No te me llevarás a la niña!

–Sí, aquí no hay espacio...

–¡Sí hay espacio!

–Como te atrevas a tocarla...

–¡Como te atrevas a tocarla, te mato, papá!

–¡Ya está bien, niños! ¡Callaos!

–¡Que ya está bien os digo!

–¡Ya vale, por Dios!

Elisabeth, llorando, miró consternada a aquellos hijos absurdos. No parecían

dispuestos a interrumpir aquel juego diabólico y el padre los llamó al orden volcando la mesa de un manotazo. Como bestias enloquecidas, los niños se alejaron a gatas, cada cual por su sitio. Josef empezó a dar patadas a las sillas, para acorralarlos contra las paredes. Consiguió agarrar a Kerstin por la pierna, la arrastró al cuarto nuevo y la estampó contra el suelo con tal fuerza que la pequeña perdió el conocimiento. Tocó a Stefan, que se agitaba en un rincón con todas las patas del mono que creía que era desde que le dieron el regalo. Saltó por una pared, luego por otra, volcando todo lo que había en la cocina, se escabulló por el pasillo que llevaba al cuarto del fondo y el padre se las vio y deseó para seguirlo. Stefan se encaramó al arcón, que estaba al pie de la cama, de ahí saltó al colchón, y a punto estuvo de tirar el armario. Por fin Josef pudo atraparlo. Lo levantó a pulso y lo arrojó sobre la hermana, y rápidamente bloqueó el paso con la nevera, que arrastró hasta la entrada. El enchufe saltó de la pared llevándose trozos de muro y se produjo un apagón instantáneo en el búnker. Elisabeth oyó los pasos veloces de su padre que venía hacia ella. No había tenido tiempo de localizarlo en la oscuridad cuando sintió que sus fuertes manos le arrebatában a Lisa de los brazos. No pudo seguirlo, el pánico le borró de la mente la forma de la prisión. Josef, ágilmente, esquivó esquinas y muebles y llegó a la salida. Apretando a la niña casi hasta asfixiarla para que Elisabeth, si le daba alcance, no pudiera quitársela, abrió la puerta. Salió y cerró. La madre, llorando, con un vacío en el estómago que casi le impedía respirar, alcanzó la nevera. Quiso empujarla, primero con las manos, luego con la espalda, pero no consiguió desplazarla ni un centímetro. Les decía a los niños que no tuvieran miedo, que mamá los sacaría de allí. Pero ellos no la entendían: los sollozos distorsionaban las palabras, lo que los asustaba aún más. Intentó entonces tirar de la nevera hacia sí, agarrándola de las esquinas traseras, pero se hirió los dedos con las aristas de la pared. Los salientes de piedra del muro recién picado se le clavaron en el dorso de la mano, causándole heridas como las que sufrió en otro tiempo.

A todo esto, Josef, fuera, depositó a Lisa en un cesto de mimbre y lo metió en el trastero de la escalera, que cerró con llave. A continuación cubrió por dentro la puerta del sótano con una vieja alfombra, para que Rosemarie no oyera llorar a la pequeña. Desconectó el interruptor general de la electricidad y entró en el búnker con una linterna para comprobar que el enchufe de la nevera seguía funcionando: quería evitar que el hielo se derritiese de nuevo. Al oírlo entrar, Elisabeth creyó que había renunciado a llevarse a Lisa y fue hacia él a tientas. Lo

tocó con las manos abiertas, manchadas de sangre y polvo, y lo encontró de espaldas, arrodillado en el suelo, trasteando con el enchufe.

–¿La llevas, papá? ¿Está aquí?

Le rodeó los hombros con los brazos, el pecho, porque podía llevarla atada al cuello de algún modo. Como no la encontraba, y su padre le daba codazos y empujones para quitársela de encima, se agachó y empezó a tantear el suelo.

–Está por aquí, ¿verdad? ¿Verdad que se la has traído a su mamá?

Josef no contestaba. No tardó en colocar de nuevo el enchufe en su sitio y salió a dar la luz. Elisabeth, que en la oscuridad había cerrado los ojos, los abrió y no vio a su alrededor más que trozos de cinta aislante y segmentos de cables eléctricos. Desesperada, se volvió hacia el cuarto nuevo, que seguía obstruido por la nevera. Por la única rendija que quedaba metió los dedos y tocó los de los hijos. Se durmieron agotados.

## PAPÁ

Siguieron horas de sueño y vigilia en las que el padre no dio señales de vida. Saber que Lisa estaba fuera obligaba a Elisabeth a pensar en el mundo exterior y en sus complicaciones. La prisión volvió a dejarse sentir en toda su solidez, como hacía años. A cada rato llamaba a Kerstin y a Stefan, asomándose por la rendija y metiendo los dedos para que sintieran que seguía ahí. Saber que no eran conscientes de aquella vida absurda era el único consuelo, y otro pensamiento vino en su ayuda: al menos Lisa tendría una vida normal. Sin embargo, estaba segura de que su padre le había mentado, lo de la adopción no podía ser más que una mentira. Haría con la pequeña lo que quisiera, y cuando se cansara, se desharía de ella. Su hija estaba a merced de aquel hombre demente que tarde o temprano volvería a sacudir sus conciencias como si fueran cajas de objetos cuya fragilidad no sospechaba.

Cuando volvió, traía un extraño aparato. La tomó del brazo y la llevó a la cama, se sentó a su lado y dejó el objeto sobre las mantas. Era una grabadora, le explicó: quería que grabase un mensaje. Elisabeth observaba el aparato como si de un momento a otro fuera a morderle: era una grabadora de última generación, nunca había visto nada parecido. Le ordenó que leyera exactamente lo que había escrito en un papel.

–Rápido, y no te equivoques.

Ella amagó una protesta y él le lanzó el papel a la cara.

–Aquí no puede estar, ¿no lo ves? La adoptaré como a mi nieta y vivirá conmigo y con Rosemarie. No tienes que preocuparte por nada.

–Le harás daño, lo sé. Esta vez no te ayudaré.

Josef masticó un poco de su rabia y se la escupió a Elisabeth. El semblante de piedra no dejaba lugar a dudas sobre lo que ocurriría a continuación. Ella lo comprendió y levantó el brazo para protegerse, pero él usó la mano izquierda para cogerla del pelo. La arrojó entre las camas y le empujó la cabeza para que se arrodillara. La golpeó una y otra vez. Echaba saliva por la boca. La pateaba concentrando toda la fuerza en la caña de la bota. Cuando se quedó sin aliento – tenía la planta del pie hundida en la pelvis de Elisabeth–, se calmó. Pero al ver que aún se movía, la golpeó otra vez, como un niño prepotente que no sabe pegar y hace aún más daño. Elisabeth, arrastrándose con dolor, alargó el brazo hacia la argolla de la pared –la misma a la que había estado atada tantos meses, años atrás–, se asió a ella con toda la poca fuerza que le quedaba e intentó levantarse. Para que a él no se le ocurriera quitarle la mano de aquel instrumento de tortura reconvertido en muleta, murmuró:

–Bien, lo hago...

La cogió por las axilas y la sentó en la cama, con la espalda contra la pared, de manera que pudiera estirar las piernas doloridas. Se sentó enfrente y comprobó que el casete estuviera correctamente insertado. Antes de poner el aparato a grabar, se cuidó de extender bien el papel sobre el regazo de ella para que no se grabara ruido de papel y se supiera que leía.

–¡Ya! –dijo, apretando la tecla roja.

Elisabeth dio un hondo suspiro:

–Mamá, papá..., os dejo a mi hija porque no puedo tenerla. Se llama Lisa... Está sana y tiene mucho apetito... Os ruego que la criéis y que no le falte de nada... Que Dios la salve.

En aquella última frase, que no estaba escrita en el papel, Elisabeth depositó todas sus esperanzas. Llevándose la mano al pecho, aún tuvo fuerzas para preguntar a su padre antes de que se fuera:

–¿Qué hago con la leche?

–Tranquila, luego pensamos en eso –le contestó, mientras ponía la nevera en su sitio.

Metió el casete en un sobre de papel, rodeó el sobre con cinta adhesiva y lo metió entre los pliegues de la manta que envolvía a la pequeña, ya preparada en

el cesto de mimbre. Esperaría a que se hiciera de noche para dejarla en la alfombra de la puerta principal.

Cenando con Rosemarie, de pronto levantó la cara:

–Han tocado el timbre –dijo dirigiéndose a su mujer.

–No, Josef, te engañas –replicó ella, contenta de pillarlo en falta.

–Te digo que han tocado el timbre.

Rosemarie se encogió de hombros cuando vio que su marido iba a la puerta. Luego lo vio reaparecer en su campo visual, pero no se dignó mirarlo. La presencia de él, sin embargo, quieta y prolongada como una mancha, la obligó a alzar la cara del plato para ver qué quería. Josef estaba inmóvil sosteniendo la cesta a la altura del pecho. Ella fue a levantarse ruidosamente, pero él se inclinó un poco y le mostró a la niña dormida.

–¡Oh, santo cielo! –exclamó Rosemarie dando palmadas. Preguntó quién era sin apartar los ojos de la cesta.

–¡Y yo qué sé!

–Pero ¿dónde estaba? ¿En la puerta? ¡Ay, qué guapa!

–Es preciosa, no guapa –replicó Josef, satisfecho.

–Tienes razón, sí... Preciosa de verdad. Pero ¿por qué la han dejado en nuestra puerta?

Josef dejó la cesta en la mesa, entre los platos que se enfriaban.

–A lo mejor hay una carta –dijo, y empezó a rebuscar.

–¿Qué? –preguntó ella impaciente–. ¿Encuentras algo?

–Si te esperas, a lo mejor...

–Vamos, sí que tardas...

–Ya busco, ¡joder! –gruñó él–. No querrás que la vacíe en el suelo. Y no grites, ¿no ves que duerme? Nada, no encuentro nada –bufó–. Pongámosla en el sofá.

Rosemarie cogió a la pequeña en brazos y marido y mujer fueron a sentarse al salón.

Josef prosiguió la inspección. Sacó unos cuantos trapos que hacían de colchón y al desplegarlos fuera el paquete salió despedido y cayó en la alfombra.

–¡Cógelo, cógelo! –susurró ella excitadísima, sin poder moverse ni gritar–. ¡Cógelo! –repitió.

Lo desenvolvió, y al ver lo que era Josef fue por la grabadora. Rosemarie no sabía que tenían en casa aquel aparato, que no volvería a grabar ni a reproducir

ningún sonido, que fue comprado para usarlo una sola vez y pronto acabaría cubriéndose de polvo junto con tantos otros chismes.

Escucharon la cinta. El silencio del principio se superpuso al que reinaba en el salón, luego se oyó un ruido de fondo cavernoso. Josef mismo no recordaba que hubiera pasado tanto tiempo hasta que Elisabeth empezó a hablar. Transcurrieron más instantes interminables, llenos de ruidos que alarmaron a Rosemarie y aterrorizaron a Josef. Oyó cosas nunca oídas en el búnker, extraños sonidos que estaba seguro de que no se oían cuando grabó: borboteos, remolinos, chapoteos. Parecía que estuvieran junto a un manantial, o en una cueva. Más lejano, pero nítido y perceptible, se oía un clic que sonaba a intervalos regulares, como un contacto que se interrumpe y se restablece, una descarga eléctrica controlada, o el chocar metálico del agua en un pozo petrolífero. Al mismo tiempo, más bajas y confusas pero vívidas, se oían varias voces que cuchicheaban. Josef aguzó el oído para distinguir las: una podía pertenecer a Stefan, la otra a Kerstin, aunque no estaba seguro. Sólo sabía una cosa: que había dos voces más, y no pertenecían a su familia.

En medio del terror que embargaba a Josef, la voz de Elisabeth llegó como la salvación. A Rosemarie, en cambio, le sonó horrible. Por penoso que fuera oír la voz de la hija después de tantos años, notarla ronca y sufriente, apenas un hilo de voz que iba y venía, le resultó un tormento. Aunque todos aquellos años había esperado noticias de Elisabeth, pronunció su sentencia:

—Ésa no es nuestra hija.

Y miró a la recién nacida como si ella sí lo fuera. La depositó en el sofá, se levantó y con la cabeza gacha, tendiendo los brazos, se acercó al marido.

—Papá, oye lo que te digo. —No había vuelto a llamarlo así desde los primeros años de casados, pero Josef estaba demasiado turbado para darse cuenta—. Quedémonos con Lisa como si fuera nuestra... De Elisabeth no quiero saber nada. A saber dónde vive, con quién... No quiero volver a oír nada.

Josef la estrechó entre sus brazos sin dejar de mirar con desconfianza la grabadora. Aquel aparato negro y compacto era una criatura tan pequeña como peligrosa, que llevaba en sus vísceras más cosas de las que él se imaginaba.

## NUESTRO MUNDO

En los días que siguieron, Josef sólo tenía un objetivo: olvidar aquellos

lamentos. Decidió introducir un televisor en la vida cotidiana de Elisabeth y de los niños:

–Me lo habíais pedido, ¿no? –se justificó.

También esta vez miró Stefan el aparato por detrás para ver dónde estaban aquellos personajes luminosos. Haciendo palanca con una cucharilla, trató de levantar el armazón para liberar a las personas minúsculas que vivían dentro. Su madre tuvo que explicarle cómo funcionaba el artilugio. Fue más difícil que iniciarlo en el conocimiento del universo; todo lo que salía del televisor llevaba aparejada una serie de estímulos visuales y auditivos a los que era difícil no prestar atención. Elisabeth volvió a contarles a sus hijos las historias del mundo de arriba: hombres y mujeres que se movían y trabajaban sobre sus cabezas. Salían de casa, cogían el coche, iban al trabajo, en oficinas, estaciones de tren, aeropuertos, tiendas. Algunos de ellos trabajaban en estudios de televisión: grababan y emitían con aparatos complicados lo que ocurría en los concursos, en los programas de entrevistas, o simulaban tiroteos, acuchillamientos, enamoramientos. Stefan y Kerstin se rieron como si fueran disparates que su madre les contaba para asustarlos. Elisabeth comprendió que nunca la creerían. Sus frentes cuadradas eran un muro que la realidad nunca podría abatir. El amor que Elisabeth sentía por ellos la llevaba a revelarles la verdad sobre el mundo, pero se sentía culpable porque no lo conseguía. No saber expresar lo que hay de verdad en la vida era un defecto imperdonable. En aquel momento la verdad y la mentira le parecieron dos ejércitos que se enfrentaban con el mismo número de soldados. Los dos podrían matarla fácilmente si no se ponía de parte de alguno. Pero como esta idea contenía ya cierta verdad, resultó que incluso callando dio a la verdad un soldado más, que bastó para vencer a la mentira. Ella ni siquiera lo sospechaba, pero sus palabras confusas, y sus silencios, daban a sus hijos suficiente información sobre la que reflexionar. Un mundo soñado iba formándose en la imaginación de los pequeños.

Cuando renunció a desmontar el televisor, Stefan empezó a ver películas y se pasaba días enteros con la cara entre las manos. Las películas del Oeste y los dibujos animados fueron lo que mejor arraigó en el terreno fértil e intacto de su fantasía. Feliz de que lo invadiera aquel mundo mágico e inexplicable, el niño recordó las palabras de su madre, que se mezclaban con aquellas imágenes. Y un día, viéndola aún triste por la desaparición de Lisa, fue a consolarla. Elisabeth estaba tumbada en la cama, de costado, hecha un ovillo. Caminando hasta allí a cuatro patas, Stefan se encaramó a la cama y tomó entre sus manitas la gran cara

de su madre. La besó en la boca como había visto hacer en las películas. Ella lo tumbó a su lado y lo acarició. Los dos miraban al vacío del cuarto.

–Mamá, ¿cómo se llaman esas cajas que usan las personas para desplazarse?

–Coches, querido.

–¿Y cómo se llama el suelo por el que van?

–Calles. En el mundo de fuera hay muchas.

–Y esas cosas altas que hay a los lados se llaman edificios, ¿a que sí?

–Sí, cariño, son los edificios, donde viven las personas. Algunos son muy grandes, ¿sabes? Tienen cientos de pisos. También tú, Kerstin y yo vivimos en una especie de edificio. Estamos encerrados en el subterráneo.

–Hala, mamá, mentira...

Elisabeth pensó que debía renunciar a explicarlo todo, pensar que debía «resignarse», como decía Josef. No contestó, y el hijo insistió:

–Si estoy en una calle y miro un edificio que hay enfrente y luego me vuelvo, el edificio desaparece, dejo de verlo. En cambio, nosotros, aquí abajo, adondequiera que nos volvamos, siempre vemos todo. Entonces nuestro mundo es más grande que todo, incluso que el mar y que el sol, ¿verdad, mamá?

Elisabeth lloró conmovida. Lo estrechó más fuerte contra sí y lo tranquilizó:

–Sí, amor, verdad. Nuestro mundo es más grande.

## 7. MONIKA

### EL MORDISCO DEL PROGNATO

Milagrosamente la vida seguía adelante. Lisa había nacido en julio de 1992; menos de un año después Josef dejó embarazada a Elisabeth por cuarta vez.

Haberle quitado a la pequeña no disuadió a Josef de su empeño, de su deseo de verla aferrarse a la vida del búnker; al contrario, lo confirmó en él. Elisabeth volcó en Kerstin y Stefan el amor que habría puesto en Lisa. El nuevo embarazo se convirtió en el centro luminoso de sus pensamientos. Estaba convencida de que sería una niña, y ya el segundo mes decidió el nombre que le pondría: se llamaría Monika. El parto fue complicado y los dolores duraron doce horas. Al cabo hizo su aparición en el búnker una tercera Kerstin, igualita que las dos primeras. No tosía, pero sí era corta de vista, el mismo problema que tenía Stefan pero agudizado.

Las labores de ampliación estaban dando fin. Elisabeth fue de ayuda en no pocas ocasiones: tras años de búnker y cuatro embarazos, su cuerpo gastado trabajó con las pocas energías que le quedaban. Pensaba que la recién llegada crecería en un lugar acogedor, espacioso, pero Josef le dijo que tampoco se quedarían con aquella hija.

–Entonces, ¿por qué estamos ampliando el búnker, me lo dices?

–Para vosotros tres. Aquí dentro no se puede vivir.

Elisabeth se echó a reír, nerviosa:

–¿Ahora te das cuenta? –Y le suplicó con el tono de quien no puede ni llorar, de puro cansancio–: Déjame que me quede a la niña, te lo pido por favor...

Josef había apuntalado otros veinticinco metros cuadrados de subsuelo, pero sólo después se dio cuenta de que no había trabajado por Monika. Fue una sorpresa para él también, y por eso no le resultó fácil justificarse con su hija.

–¿De qué sirve hacer más habitaciones si seguís aumentando de número? Lo hago para que estéis mejor...

Elisabeth se sintió culpable porque cuando le quitaron a Lisa lloró hasta el agotamiento nervioso pero no derramó ni una lágrima cuando se trató de Monika. Creía que era una mala madre, que había cometido una injusticia. Pero llegó a comprender que los hijos no tienen el mismo valor: cada cual tiene el

suyo, y la manera de tratarlos cambiaba con el cambio de las circunstancias. Todo era muy variable allí abajo, pero la fe que tenía en el destino seguía firme como una estrella fija. Y en aquella fe las hijas eran iguales.

Un día Josef entró en el búnker para dar los últimos toques a la zona nueva: su manía de perfección no le daba respiro. Había cerrado las puertas con llave, como siempre, y antes de ponerse manos a la obra, viendo a Kerstin y a Stefan que jugaban acurrucados en el suelo, quiso saludar al pequeño revolviéndole el pelo y estiró el brazo. Pero Stefan le cogió la mano con las suyas y, como si se tratara de un trozo de pan, la mordió. Josef puso instintivamente cara de dolor, pues no le dio tiempo a retirar la mano, pero cuando lo hizo, vio que apenas le había dejado la marca de algunos dientes, que desaparecería como vaho en un cristal. Stefan lo miraba con una expresión risueña, como habría sonreído cualquier niño travieso que hubiera hecho daño. Josef no entendía por qué le había mordido, y el pesar dio paso al desconcierto: la boca enorme de Stefan – que parecía una poderosa máquina de triturar piedra encajada en su carita – hablaba por sí sola. Padecía de prognatismo: la mandíbula, muy saliente, no permitía la correcta oclusión dental, y si bien eso le hacía parecer un arma mortífera, como si estuviera dotado de una doble fila de dientes, en realidad reducía la eficacia masticadora. La dentellada dada al padre había incidido sobre la musculatura del antebrazo como una caricia mal hecha.

Mucho más que la herida que Stefan quiso inferirle, a Josef le encogió el corazón descubrir que su hijo nunca podría hacerle daño. Aquel mordisco no era un simple acto de rebelión del hijo contra el padre, o del encarcelado contra el carcelero, sino de la historia de ellos contra el destino que querían imponerle.

## EL ANTOJO

Cuando en su momento se enteró de lo de Lisa, el agente Albert Habicher fue a visitar a los Fritzl. Iba de paisano; el caso de Elisabeth, por cierto, dado que no interesaba ya ni a la opinión pública, llevaba tiempo archivado. Josef se alegró sinceramente de verlo. Volvió a recibirlo cada cierto tiempo y a pasear con él por el jardín. La voluntad del joven de encontrar a Elisabeth no había desmayado y la aparición de Lisa le dio una razón para no darse por vencido. Hacía tiempo que no veía a Fritzl, y ahora tenía otro motivo para ir a verlo.

Josef había representado la escena del abandono del bebé en la puerta también

con Monika, acompañándola esta vez con una carta de la fugitiva, que las autoridades no reclamaron, como tampoco habían reclamado el casete. Habicher inquirió de nuevo y preguntó por la carta, y pidió que al menos le permitieran escuchar la cinta. Josef le preguntó si de verdad quería leer aquella letra torcida, infantil, llena de faltas de ortografía, u oír aquella voz cascada, dándole a entender que sería mejor que no lo hiciera, si quería mantener intacto el recuerdo que tenía de ella. Y pasó a hablar de sí mismo: dijo que estaba bien, después de todo, y Habicher pudo constatarlo con sus propios ojos. Josef estaba rejuvenecido, parecía que el tiempo, en lugar de abatirlo, lo había fortalecido.

El muchacho empezó a barajar toda una serie de hipótesis sobre la desaparición de Elisabeth. Desgranó como un largo rosario sin principio ni fin las teorías que había construido en otro tiempo y no había podido compartir con nadie. Josef lo condujo con la mano en el hombro, conciliador:

–Muchacho, al fin y al cabo creo que todo está bien. Queremos lo mejor para nuestros hijos, ¿me equivoco? A mí me habría gustado que Elisabeth estudiase, viajase, encontrase a un buen chico como tú; pero estoy convencido de que, dondequiera que esté, hace lo posible por ser feliz. Es lo que importa. Y si lo he aceptado yo, que soy su padre, también tú puedes. Así son las cosas.

Habicher no supo qué contestar. Pasear por el jardín en compañía de aquel hombre tan tranquilo hacía vacilar sus ya frágiles certezas. Intentó exponer de nuevo sus convicciones; insistió en los puntos que no cuadraban en la reconstrucción de los hechos, pero Josef le apretó con más fuerza el hombro y le dijo que lo olvidara. La mano se convirtió en tenaza cuando el joven intentó replicar.

–Olvídalo, te digo –lo intimó Josef, poniéndosele delante para que lo mirase a los ojos. Pero Habicher insistió de nuevo, apelando esta vez a los sentimientos de Rosemarie:

–No deja de ser su madre...

Josef lo avisó:

–No me hagas reír, muchacho. Ella ahora está bien. ¿Pretendes conocerla mejor que yo? Pregúntaselo tú mismo, si quieres. Pero te advierto: como hagas que se preocupe, te echo de aquí a patadas, ¿está claro?

Habicher agachó la cabeza y acabó de cruzar solo el jardín hasta la verja. Se fue sabiendo que había perdido el apoyo de la única persona que aún lo escuchaba: Josef Fritzl. Aunque no renunciaba a buscar a Elisabeth, se prometió que no volvería nunca más.

Por la tarde Josef bajó al búnker y le comentó a la hija aquella conversación.

–Lo sé –dijo ella, señalando con el dedo en alto el punto exacto en el que habían hablado su padre y Habicher. Y empezó a reírse del muchacho. Los dos se burlaron de él como se burlaban de Sauer y Rosemarie.

Elisabeth había conseguido que su padre le enseñara fotos de las hijas. Sólo eso podía probarle que estaban bien. Pero aun así fue presa de la inquietud cuando, observando las imágenes en las que se veía a Lisa y a la pequeña Monika creciendo juntas en la casa, volvió a ver las mismas habitaciones en las que ella se había hecho adulta a la sombra de los primeros abusos. Volvió a ver el salón, y recordó el día en que los agentes la llevaron a casa; vio de nuevo los pasillos oscuros, partes de la cocina, y le pareció que volvía a escuchar los tensos silencios que se hacían en las comidas porque tanto ella como Rosemarie sabían que su padre había vuelto a tocarla. «Lisa y Monika están vivas», se dijo, «pero podría hacerles lo mismo que me hizo a mí.»

Pasaba los dedos por las fotos, emocionada. De pronto se fijó en que la pequeña Monika tenía un antojo en el hombro. Le dijo a Josef que ella también tenía uno en el mismo sitio:

–Justo aquí, ¿ves? –dijo, retirándose con el dedo el tirante.

Padre e hija examinaron atentamente la imagen.

–¡Es verdad! –exclamó él mirando la foto a la luz–. No me había dado cuenta.

Josef pasó de la foto al hombro desnudo de su hija. Era la misma pequeña marca con forma de gota.

–¿Sabes lo que quiere decir? –preguntó ella con una media sonrisa.

–¿Qué?

–¿No lo has pensado, papá?

–Pensado ¿qué?

–Somos la familia de arriba.

Josef la miró.

–¿Qué quieres decir?

–Yo soy la última niña que tuviste con Rosemarie. Después de mí sólo nacieron niños.

–¿Y? –resopló Josef.

–Tengo un antojo en el hombro, como Monika, en el mismo punto. Verás como cuando crezca irá tomando la misma forma.

–Bien, una coincidencia. ¿Y?

–Kerstin es una niña. Luego nació Stefan, un niño. Luego dos niñas, Lisa y Monika. Después nacerán dos niños gemelos y luego otro niño.

Josef ya había entendido, pero no acertaba a decir nada. Elisabeth concluyó su razonamiento:

–Estás reproduciendo aquí abajo la familia que has tenido con mamá.

Josef volvió la cara hacia el otro lado, frunciendo el ceño. Sin cambiar de expresión, dijo que tenía cosas urgentes que hacer y salió del búnker a toda prisa.

## SECRETARIO

Aquella idea empezó a obsesionarlo. Era una especie de tormento que embotaba sus jornadas, las tareas que realizaba, y hasta le quitaba el sueño. Poseer a Elisabeth cuando y como quería no significaba ya tener la situación controlada. Su voz había perdido el tono autoritario con el que hasta aquel momento había gobernado. Lo distraía constantemente la posibilidad de que su hija tuviera razón. Había conseguido lo que tenía después de muchos años de trabajo. Si, no se sabía cómo, la nueva familia era la reproducción de la de arriba, también tendría el mismo destino. Se desmembraría, tarde o temprano algo se torcería. Y, sin embargo, había una diferencia entre las dos familias: por medio estaba el búnker. Era la seguridad de poder retener consigo lo que en el pasado había visto dispersarse. Elisabeth se equivocaba sin duda, y a veces se sentía idiota por haberla creído. Concluyó que todo estaba bien. Seguía siendo el amo y Elisabeth estaba por debajo de él.

Pero, entonces, ¿por qué debía reconocer que usaba demasiada o demasiado poca fuerza en lo que hacía, en las palabras que decía, en unos razonamientos que cada vez eran más incoherentes? Jugar con los hijos se convirtió en una rutina sin sentido, un ejercicio aburrido e inútil. Cuando poseía a Elisabeth –casi para asegurarse de que aún podía–, permanecía sobre ella después del placer, oprimiéndola con la tripa para recordarle quién mandaba. En los meses siguientes, las erecciones empezaron a durar menos y luego a ser menos potentes. Del hombre que fue sólo quedaba en pie el mechón de la frente, y raleaba cada vez más. La cara se le ponía roja del esfuerzo, lo intentaba una y otra vez, en una cama que era el escenario de su derrota. No podía penetrarla y no sabía por qué. Tenía miedo de perderla. Para evitar que se enfadase, Elisabeth procuraba animarlo, pero carecía de las palabras adecuadas. Entonces lo acariciaba, como hacía con sus hijos cuando tenían pesadillas. Y el caso era que Josef, al verla privada de toda voluntad, la deseaba más que nunca. En poco tiempo no le quedó más que un modo de amarla: a falta de penetración, la

acariciaba. Con las manos, con la boca, la colmó de caricias. La seguía por todo el búnker, se sentaba junto a ella y la acariciaba. Le besaba las manos, las rodillas, y agachando la cabeza, demasiado grande, le besaba los pies. El deseo de poseerla, profundo y vertical como fue, se había aplanado y se extendía por la superficie del tiempo. De cuando en cuando aún le levantaba la falda para ver si llevaba las braguitas que a él le gustaban. La tocaba, gozaba viendo sus manos en ella. Pasaba horas entregado a aquellas prácticas, sin sentir un solo estremecimiento. Luego la vestía y seguía acariciándola con ternura y pasión.

La parte violenta de él había quedado anulada. Se tumbaba de costado a su espalda y se pegaba como si su cuerpo fuera el de Elisabeth. Si penetrarla no era ya posible, al menos podía aspirar a convertirse en ella.

El carcelero se había encerrado en su propia prisión; había perdido las llaves y Elisabeth se aprovechó. Le dijo que le trajera todas las cosas que le había pedido a lo largo de aquellos años sin que la contentara. Elaboró una lista de objetos inútiles sólo por el gusto de darle que hacer, de hacerle gastar una fortuna, de hacerle recorrer la ciudad arriba y abajo para satisfacer sus caprichos. Lo convenció de que les comprara a los hijos gafas nuevas, aunque no las necesitaban. Ropa de marca que luego no se dignaba ponerse. Hacerle gastar dinero era un placer fácil al que podía dedicar gran parte del tiempo. No sabía lo feliz que hacía así a Josef. A cambio recibía la posibilidad de mirarla cuando se duchaba, de arrodillarse en el suelo y besarle los muslos cuando se sentaba en el váter. Llegó a mendigarle la más pequeña intimidad.

Pasó el décimo año de la era del cemento.

Cuando su padre agachaba la cabeza entre sus piernas, Elisabeth veía que tenía más cabellos blancos que la vez anterior. Su vida dependía de un viejo, y casi llegó a añorar al hombre fuerte y violento de antaño. La vejez iba traspasando el cuerpo de Josef como la humedad un muro: pronto este muro cedería, y luego le tocaría a ella. La vida, aunque dolorosa, no podía acabar así. Se lamentaba; había llegado el momento que llevaba tantos años esperando y ahora rechazaba: su padre era inofensivo. Apenas tenía sesenta años, y fuerza no le faltaba. Pero el hecho de no haberla ejercitado en tanto tiempo hacía que pareciera débil, más viejo de lo que era. Inútil.

Elisabeth se preguntó si todo había acabado. Las estrategias que había desarrollado, la voz áspera y dura que parecía resonar entre las paredes incluso cuando se iba, la seducción que había afinado para aplacar la violencia, todo la

había llevado a aquel punto. Tanto trabajo para tan poco. Las palabras dichas por su padre y las suyas habían conducido juntas a aquello, y ahora no sabía qué hacer, qué pensar.

Josef se había convertido en su siervo. Como seguía siendo el que guardaba los secretos, se había convertido, más exactamente, en su secretario. A través de esta palabra, como a través de un recipiente transparente, Elisabeth podía ver todo su pasado, toda su historia común.

Se anunciaba un mundo en el que todo era posible, y en el que las cosas, dichas en voz alta, se harían realidad.

## 8. ALEXANDER Y MICHAEL

1996

Transcurrieron dos años sin que nada ocurriese. Toda su historia puede definirse como una ralentización del tiempo de las postrimerías del siglo. Una sucesión de días tan excepcionales pero a la vez tan ordinarios que sus vidas parecían inmóviles.

La melancolía se había apoderado de ella. No lograba hallar la paz que le correspondía en el comportamiento plácido de su padre. Podía creer que lo había conseguido, pero la vida seguía siendo algo distinto. No la vida de fuera, de la que ya no guardaba memoria, sino la que llevaba allí abajo, en el búnker.

A su padre le había cambiado la cara, había en sus ojos resignación, un sentimiento irreconciliable con la persona que había sido. Sentía en el cuerpo una tensión excesiva, precisamente porque era inútil. Una caricia de más de su hija bastaría para que se derrumbara. Una mirada un poquito más dulce lo destruiría.

Los niños seguían creciendo. Habían encontrado en el padre un compañero de juegos aún más infantil que ellos, que les enseñaba las reglas de nuevos juegos que luego él era el primero en no respetar. Ellos lo pillaban y él sonreía. Muchas veces lo reñían: no prestaba atención, se distraía.

–¿Qué la pasa a papá? –preguntó Kerstin a la madre.

–Papá está cansado, cielo. Trabaja mucho y no puede más.

–¿Y por qué tiene que trabajar? ¿Qué hace cuando no está aquí?

Elisabeth no sabía cómo explicárselo, y guardó silencio. Cuando Stefan se acercó para oír también la respuesta, Elisabeth se limitó a decir:

–Quered a vuestro padre.

–Lo queremos, mamá –contestó Kerstin, y se le acurrucaron en el regazo. Les acarició la cabeza y se quedó mirando fijamente al frente. Sabía que tenía que hacer algo.

Con el pasar de los días empezó a temer que la locura del padre, como una enfermedad de la que él no tenía la culpa, estuviera devorándolo; que ya se lo hubiera comido. Ella misma se habría entregado como pasto con tal de aplacar a aquella fiera hambrienta. Tenía que evitar que a los hijos les faltara el padre que

habían conocido: el hombre fuerte que los hacía reír incluso en los momentos más duros.

Era hora de convertir el arma de la seducción en un instrumento de piedad. Elisabeth aún no lo sabía, pero eso había de convertirla en una mujer plena. Intentó cautivar su fantasía erótica por todos los medios; movimientos sinuosos, palabras susurradas al oído, aquella manera sagrada de tocarle el pene, en silencio, en señal de respeto. No fue suficiente. Aunque profundamente cambiado, Josef era demasiado orgulloso para caer en la trampa.

La solución vino sola. Una noche, en la cama, estando él encima –la cara hundida en el pecho, que el ardor de sus besos le enrojecía–, le dijo:

–He sido yo.

Él levantó la cara, sin entender.

–Eres impotente por mi culpa –prosiguió.

Josef quiso levantarse pero ella lo abrazó, reteniéndolo en la cama.

–Quédate, no te vayas.

–Es tarde...

–Quédate otro poco. Túmbate.

Al final tuvo que cogerlo por los costados, y Josef, que quiso volverse para sacar las piernas de la cama, notó las manos claras de su hija, los nudillos siempre algo enrojecidos, las uñas, bellas por su forma y delicadeza, pero estropeadas. La miró a la cara y vio otras señales de esa misma incuria, las señales de quien recoge y carga con parte de la dureza del mundo y la desintegra con los movimientos.

Accedió para tranquilizarla, pero ella se adelantó:

–Yo te he vuelto impotente, ¿me oyes? –gritó casi.

Él la agarró con fuerza de los brazos, la separó y la miró a la cara:

–¿Qué has dicho? ¡Repítelo! –le ordenó.

–Sí, papá, es verdad.

–¿Y cómo lo has hecho? ¡A ver!

Josef esperaba, sin soltarla. Elisabeth giró la cara, muy consciente del castigo que recibiría. Debía decir algo enseguida:

–Vi un programa en la tele... Decían que combinando ciertas sustancias..., papá..., yo...

Él empezó a zarandearla:

–¿Me has hecho ingerir algún puto veneno, o qué?

–No, yo... Es una especie de ungüento con el que me he untado... Escucha...

Verás...

Josef se levantó. Se quitó el cinturón y la azotó con el cabo de la hebilla. El metal marcaba al instante los brazos delgados, y los huesos vibraban bajo la piel. Elisabeth trató de protegerse volviéndose hacia la pared, y él entonces se ensañó en la espalda, en las nalgas, en los talones.

Kerstin y Stefan acudieron al oír los gritos, pero al descorrer la cortina se quedaron parados en la puerta. Su padre, furioso, sin dejar de pegar, les ordenó que volvieran a su cuarto y se quedaran allí, si no querían que les pasara lo mismo.

Luego cogió a Elisabeth del pelo y la llevó al baño, y ella tuvo que caminar de espaldas. La arrojó a la bañera. Sin darle tiempo a que se quitara la enagua, abrió el grifo y le lanzó el tubo flexible.

–Todo lo que hago por ti no cuenta, ¿verdad? Lávate bien, quítate esa mierda que te has puesto. Me das asco...

Siguió imprecando, y le tiraba las pastillas de jabón como si fueran piedras. Aunque ver a su padre en aquel estado la aterrizzaba, una parte de ella sonreía sin dejarlo traslucir. Empezó a enjabonarse la vagina, se enjuagó el pubis. Quizá todo iría mejor. Debía esperar a que se le pasara el enfado, dejar atrás el orden en el que ella y Josef llevaban años trabajando.

La condujo a la habitación de las camas. La despojó de la enagua mojada, acabó de desnudarse él mismo y se subió a la cama de rodillas. Se ensalivó los dedos y los introdujo en la vagina: bastó esto para excitarlo. Hubo penetración, y fue violentísima. Se hundía en ella notando que la carne se dilataba con retraso, y esta reacción, en vez de enfriarlo, lo enloqueció de deseo. La cabalgó, literalmente, y Elisabeth, que lloraba de dolor de cara a la pared, cerró los ojos. Su padre había vuelto.

## GEMELOS

Cuando él terminó, Elisabeth comenzó.

Esperó a que Josef se vistiera y saliera de la habitación para empezar su ritual. En qué consistía este ritual no se sabe, pero servía para que se quedara embarazada. Lo había ideado con los años sin que él se diera cuenta. Todo volvía a empezar.

Josef volvió a tener nueva fuerza en las venas. Se pasaba todo el tiempo pensando complacido en su virilidad recobrada. Contento de no haber fallado nunca como hombre, ahora podía resarcirse. También en sus hijos volcó su alegría: jugaba con ellos y se mostraba lleno de amor y dedicación. Haber escapado del peligro le había inyectado en el cuerpo nueva adrenalina. La guerra entre ellos no había terminado, y por eso se tomó como una invitación a luchar la noticia que Elisabeth le dio unos meses más tarde:

–Estoy embarazada.

–¡Bien! –dijo él, dando palmadas.

Lo miró con cierta inquietud. Una inquietud que dejó paso a una sonrisa cuando él, dando media vuelta, se fue a jugar con los niños para celebrarlo.

Esperar bebés se había convertido en la especialidad de Elisabeth, un arte que perfeccionaba con cada embarazo. Se henchía de amor y de suspiros. Pero un día, cuando ya estaba casi de nueve meses, acariciando a la criatura notó tres bultos donde daba patadas. Tuvo un desfallecimiento. Su mente pensó en un monstruo de tres piernas antes que en una pareja de gemelos, y entonces cayó en la cuenta. Se acordó de lo que había dicho sobre la doble familia; «dos gemelos», el mero hecho de decirlo había contribuido a hacerlo realidad. Aquel prodigio de la providencia era embarazoso y la colmaba de asombro.

Cuando, una mañana, Josef le preguntó por qué estaba siempre riendo, notó que se le escapaba un chorrillo de orina por la incontenible tentación de decírselo. Pero quiso guardar el secreto. Así le pondría delante la premonición, y a ver cómo reaccionaba esta vez.

El último mes fue el más largo, pero al final rompió aguas. Las dos criaturas estaban listas para nacer.

Josef lo había preparado todo, y en un atril improvisado había puesto el manual de obstetricia, que él se sabía al dedillo pero del que su hija no hizo caso. Siguió, sin embargo, las instrucciones de Elisabeth, aceptando de mala gana que lo tratara como al secretario que era. Se maldijo: no era lo bastante rápido en las tareas de asistencia. Incluso en aquellos momentos habría querido dejar claro quién de los dos mandaba allí: si la ayudaba era por pura cortesía, que no lo molestara con cosas que le correspondía hacer a ella.

Hubo revuelo en todo el búnker. Kerstin y Stefan, hipnotizados por las piernas abiertas de la madre, se habían plantado delante en la misma postura que

adoptaban cuando veían la tele. Sin necesidad de que nadie les dijera nada, aquel día aprendieron la dolorosa gestación de todas las cosas.

Josef daba saltos delante de Elisabeth, impaciente por ver al nuevo hijo. Voceaba y gritaba más que ella, pero cambió de expresión cuando, después del primero, vio asomar la cabeza del segundo.

## NO RESPIRA

Josef arrolló a los recién nacidos en la única manta que había preparado y fue a esconderse en el cuarto de los niños. Se sentó en la litera de abajo y se hizo un ovillo como pudo dentro del minúsculo armazón de hierro. Parecía Gulliver en una cárcel liliputiense. Elisabeth, en el otro cuarto, estrechaba entre sus brazos a los recién nacidos, y como Kerstin y Stefan se mantenían a distancia, les dijo que se acercaran. Les preguntó qué les parecían los nombres que había elegido para los dos hermanitos: Alexander y Michael. Les contó lo bien que se lo pasarían todos juntos, «siempre que vuestro padre no se los lleve a dar un paseo».

Elisabeth lo había previsto todo. Cómo lo había hecho no sabría decirlo Josef. Lo del antojo en el hombro, el orden de nacimiento de los hijos según su sexo y número, y ahora los gemelos: había ocurrido lo que parecía más improbable. Se sintió encadenado a su terror con una doble vuelta de llave. Si lo contaba nadie lo creería. Hacía equilibrios entre la felicidad recién recobrada y el abismo que ahora se le abría delante.

Ella dio una voz. Oyó que lo llamaba una, dos veces. Acudió corriendo y la encontró llorando, con el cuerpo de uno de los gemelos colgando de sus manos como un objeto que no funciona. El otro lloraba, abandonado en la cama. Kerstin y Stefan se sentaron en el suelo. Como no entendían lo que la madre había visto de pronto en el pequeño, trataron de interpretar los gestos del padre cuando se lo arrebató de las manos.

–No respira –sollozó ella.

Josef fue a la cocina y tendió sobre la mesa el cuerpecito del pequeño. Acercó el oído a la boca. Elisabeth se puso detrás de él para protegerse del terror de que estuviera muerto; gemía tan fuerte que impedía a Josef realizar aquel trabajo de precisión.

–¡Calla, por Dios! No oigo...

Elisabeth se agarró a los hombros del padre, inclinados sobre el pequeño.

–¿Qué pasa, papá? ¿Qué tiene?

Josef no contestó. Se irguió y dijo distraídamente que estaba vivo, pero que parecía tener problemas para respirar.

–¿Y qué hacemos?

Josef se limitó a sacudir la cabeza.

–¿Qué hacemos? –lo apremiaba la hija.

–Esperar.

La mente de Elisabeth estaba tan acostumbrada a la vida subterránea que tardó unos momentos en darse cuenta de que lo único razonable que podía hacerse era llevar al niño al hospital:

–Debes ir tú, papá...

Josef hizo un patético intento por calmarla:

–Hay que esperar, querida. Ver cómo reacciona. Quizá es pasajero. Estoy seguro de que mañana...

–¡Pero esperar qué! –exclamó ella–. No habrá ningún mañana si no te mueves.

Se arrojó a sus pies para suplicarle, besó el cuero de sus botas.

–Nunca te he pedido nada, lo sabes. Nada que no fuera importante.

Él la rechazó con la pierna, pero Elisabeth, aunque cayó de mala manera con la cadera, se incorporó y siguió rogándole con las manos juntas:

–Lleva al pequeño al médico, te lo suplico. Abandónalo delante del hospital, si te parece, pero no dejes que muera...

Él la miraba firme, impassible. Reflexionaba sobre el hecho de que después de todo lo que había pasado allí abajo, los sentimientos y la conciencia de Elisabeth deberían estar en un sitio muy distinto. A aquellas alturas tendría que haber olvidado el mundo de fuera; pero no: mencionaba el hospital como si nunca la hubiera encerrado. Le había tenido la mente vuelta del revés todos aquellos años, como un guante, y ahora, llevada de las circunstancias, sin ningún problema la volvía otra vez al derecho. Pensó que en todo aquel tiempo había tenido bien firme el volante de un vehículo infernal, que aceleraba cada vez más perdiendo piezas y en cualquier momento podía salir ardiendo. Su hija tenía aquella mente bífida, él no. Él seguiría recorriendo linealmente el único mundo del que se fiaba. No salvaría al niño, ni evitaría que el piloto de aquel vehículo se quemara. Mejor, pensó: arrojaría al niño al fuego.

## 9. EL INVIERNO MÁS CÁLIDO

### UNA ÚNICA MIRADA

El cielo se hacía oscuro ya a las cuatro de la tarde. A esa hora, los habitantes de Amstetten realizaban los últimos gestos antes de que la noche lo convirtiera todo en un cuerpo echado. En las calles, las pocas figuras humanas eran finas rayas de tiempo, vagos perfiles en la lejanía, sombras lentas de funciones que el invierno obligaba a retomar, idénticas a lo largo de los años que se sucedían siempre iguales.

Las cataratas del cielo empalidecían el mundo. El paisaje se medía en dioptrías perdidas. La nevisca, gélida, batía contra las casas, las verjas; cristalizaba en silencio el barro de las aceras. Aquí y allí se veían, barridos por rachas de viento, montoncitos de leña que la gente se llevaba a sus casas. Al fondo de las avenidas se atisbaban borrosos automóviles solitarios que, resignados, volvían a sus garajes privados. Todas las cosas se disponían a desempeñar su papel. A ratos unos pasos rompían el silencio, que enseguida volvía a hacerse. En alguna parte observará el cielo una muchacha y, envolviéndose con la bufanda, dirá que seguro que esa noche también nieva. No muy lejos, un hombre se hará el ánimo de salir de su cuarto. Un perro llevaba horas vagando, desnudo. Bajo la nieve la tibieza de la tierra, bajo la tierra una familia secreta.

–Despierta, amor mío, despierta.

Lo tenía apretado contra el vientre, como si quisiera devolverlo a él. Lo acariciaba sujetándolo con fuerza por las axilas porque el cuerpecito caía de lado, como muerto.

–Despierta –le rogaba.

Sollozando, Elisabeth fijaba la mirada en algunos detalles físicos del pequeño, cuya perfección la distraía de la certeza de haberlo perdido aun antes de traerlo al mundo. Cada cierto tiempo repetía su nombre, «Michael, Michael», como una nana que, al contrario, tuviera el poder de despertarlo.

Le acariciaba los dedos delicados, que se abrían y cerraban cuando los abría y cerraba ella con los suyos. Más que muerto, parecía encerrado en un universo de obstinación. En los intentos de reanimarlo con los besos que le daba en los

labios, con el aliento de las narinas, también la esperanza de verlo llorar iba desvaneciéndose, y la que se deshacía en lágrimas era ella. Miraba históricamente en los ojos del padre como se busca a la persona más esperada en medio de la multitud. Esperaba que le diera explicaciones, como si él pudiera revelarle la razón oculta de una muerte tan menuda. Pero Josef permanecía inmóvil, en silencio. Entonces ella volvía a su hijito y estrechándolo más fuerte le oía cada articulación para arrancarle al menos una huella que indicase su paso, aunque efímero, por sus vidas.

Lloraba, y luego abría los ojos incrédulos entre las lágrimas que le nublaban la vista. Con cada parpadeo la naturaleza del hijo cambiaba. Ni aun tapándose la cara podía impedir esa especie de hechizo. De pronto el pequeño adoptaba la apariencia de un adulto en miniatura, como los monstruosos niños de las pinturas antiguas: la cabeza desproporcionada en relación con el resto del cuerpo. Pero, con el parpadeo siguiente, aún más horrible era encontrarlo con su cara de niño recién nacido pero mirando fija y melancólicamente al padre, que estaba en la otra punta de la estancia, como si existiera entre ellos un entendimiento al que a ella no le estaba permitido acceder. Apenas había nacido y ya era un ingrato. Lo dejó en el suelo, desnudo como estaba, queriendo así apartarlo de su vista y de sus pensamientos. Pero también inerte infundía miedo. Aquellos ojos completamente negros no dejaban de mirar. Con la planta del pie lo empujó, y giró la cara del niño a la pared; aquel cuerpecito era tan tierno que no se podía girar de lado sobre el áspero cemento sin convertirlo en una masa de carne amorfa.

Elisabeth parpadeó irritada y se enjugó las últimas lágrimas. Por fin lo vio como lo que era: en la piel que casi brillaba de puro pálida, había vuelto su hijo, el muerto. Mejor muerto que cómplice, no sabía cómo, de su padre. A gatas se le acercó y se aovilló sobre él, envolviéndolo con los brazos manchados, las uñas sucias, protegiéndolo con el vientre como en un refugio boca abajo.

Josef miraba aquella escena de soslayo. Había pensado dejarle jugar un poco con su muñeca antes de mandarla a acostar, debía de estar agotada por el esfuerzo del parto. Pero cuando se dio cuenta de que su hija seguiría indefinidamente ensañándose con el cuerpo del recién nacido, se dijo que era hora de poner fin a aquel dolor.

Se acercó a ella, que seguía en el suelo, sumida en su mundo. Pero ver las botas de su padre allí al lado la devolvió a la realidad: alzó la cara y lo miró a los ojos. El hombre severo se inclinó sobre el cadáver. Como si estuviera vivo, lo

cogió por las axilas. Elisabeth quiso detenerlo, y al tirar Josef firmemente del hijo para quitárselo, a punto estuvo de que se le cayera. Fue rápido y lo cogió del tobillo. Extendió una mano abierta hacia Elisabeth, para impedirle acercarse.

–Estate quieta –le dijo.

Con la otra, mientras, sostenía al niño boca abajo. Lo depositó en la mesa como si fuera un saco medio vacío que se dobla según van dejándolo. Kerstin y Stefan habían contemplado toda la escena, acucillados juntos contra la pared, con una mirada sin juicio.

Elisabeth volvía a tener la vista a la altura de la mesa: sin ponerse en pie, observó el cuerpecito que yacía boca abajo en una postura extrañamente natural. La cabeza, metida hacia el pecho, se apoyaba en la mesa con la frente. Los omóplatos se habían abierto para que el cuello se doblase. El puño del brazo derecho había quedado a la altura de la cara, y el nudillo del dedo índice se acoplaba a la cuenca del ojo como si el pequeño estuviera durmiendo plácidamente. Ahora que Josef lo había soltado, Elisabeth vio en el tobillo de su hijo un cardenal que acababa de formarse, tan fuertemente lo había agarrado para que no cayera. La sangre a flor de piel ponía de manifiesto la transparencia de la carne. Un cuerpo blando de medusa con algo humano que la violencia había sacado a la superficie.

–Ocúpate del otro, mejor –dijo Josef, señalando con la cabeza el cuarto de al lado–. De éste me encargo yo.

Sabía que el padre no le permitiría quedarse otro poco con el pequeño aunque le rogara. Y no intentó cogerlo inmediatamente, arrojándose sobre la mesa, por ejemplo. Se levantó arrimada a la pared, tratando de descifrar las intenciones de Josef. Hizo lo que le ordenó, pero no quiso irse. Elisabeth sabía que nunca podría consolarse de la muerte del hijo con la vida del otro. El dolor por la muerte de Michael era más vivo que la vida del gemelo, cuyo corazón latía en el otro cuarto. Miró la penumbra que los separaba. El cuarto de las camas nunca le había parecido más lejano. Vacilante, volviéndose varias veces hacia su padre, que rebuscaba en la caja de las medicinas, fue con Alexander. Cruzó el embudo del pasillo y se arrodilló junto al pequeño que, envuelto en paños y mantas, yacía en el cesto de la ropa sucia. Medio acucillada, con una mano en el suelo y la otra en la cuna improvisada, le acarició los piecitos.

Alexander dormía tranquilamente. Lo observaba pensando cuán mudas eran la vida y la muerte, como si alguien les hubiese prometido una recompensa incalculable si no desvelaban el secreto del lugar del que procedían.

Deseó preguntarle a aquel hijo la razón de tanto dolor; interrogarlo sobre el

absurdo porqué de que los niños murieran, pero sabía que no vería en sus ojos la verdad que buscaba como desandando un camino.

Seguía mirándolo, y cuanto más lo observaba, más parecido le encontraba con su hermano. En cierto momento dejó de llamarlo mentalmente por su nombre. Le susurró las mismas palabras que le había dicho a Michael.

–Despierta, amor mío, despierta.

El pequeño estiró las piernas y dio unas pataditas bajo la manta. La cara de Elisabeth se iluminó. Se arrodilló y se inclinó para estar más cerca de aquella vida en movimiento.

Si en el búnker había una razón para creer en la vida, fue muy sensato por parte de Elisabeth buscarla en Alexander. Una parte de ella quería tomar la palabra y decir que era una ilusión. Pero no escuchó aquella voz. Al contrario, seguía sonriendo y miraba a los dos gemelos con una única mirada.

## CUANDO UN CORAZÓN ARDE

Había conseguido distraerla. Pensó que era el momento de llevarse el cuerpo: si se daba prisa, y lo hacía con discreción y orden, quizá Elisabeth no se diera cuenta.

Lo cogió como lo había dejado: agarrando el mismo tobillo del mismo modo. El cuerpo había empezado a ponerse rígido, razón de más para llevar a la práctica cuanto antes la solución que se le había ocurrido. Cogió unas vendas que había sacado de la caja de las medicinas, junto con las tijeras quirúrgicas y las lañas. Tenía el cadáver en el brazo y con la cara apoyada en el pecho, en la postura que adoptaría un niño vivo al que estuvieran consolando.

Se agachó para introducir en la cerradura la llave que llevaba al cuello. El mecanismo, que en todos aquellos años no había fallado ni una vez, se abrió sin hacer un ruido. Dejó al pequeño en el suelo al otro lado del vano y cerró la puerta. Como llevaba las manos ocupadas con las tijeras y las vendas, terminó de empujarlo fuera con el pie, girándolo como si fuera un balón desinflado. Cuando salió del túnel de las puertas, recogió el cadáver y lo dejó sobre el borde de hierro del incinerador de la vieja caldera, una especie de híbrido de estufa y generador de vapor. La capa de óxido manchó el cuerpo. Lo levantó como si fuera un objeto rígido, pues los miembros se iban quedando tiesos rápidamente. Con una sola mano le abarcaba las caderas, tan menudas eran. Quitó una lona polvorienta que cubría una máquina y puso al niño boca abajo en la mesa, con

los instrumentos a su alrededor, bien ordenados. Por un cabo, dejándola caer, desenrolló una venda. Con una mano juntó los pies y con la otra empezó a envolverlos cuidadosamente. Sin embargo, cuando, para cortar la venda, soltó los pies, vio que las piernas tendían a abrirse y deshacían el vendaje, lo que lo obligaba a hacerlo de nuevo. Lo intentó dos veces. Se detuvo y pensó la manera de sujetar los pies sin que se abrieran. Cubrió el cuerpo con la lona. Rosemarie sin duda no bajaría y él tampoco tardaría mucho en subir, recorrer el rellano de la entrada, llegar al garaje y coger el celo o la cinta aislante.

Los encontró en su sitio, en la caja de las herramientas.

Mientras manipulaba la cinta aislante, pensó que podría envolver el cadáver sólo con ella. Si lo comprimía bien con el adhesivo, lo convertiría en una masa plástica que las llamas fundirían fácilmente. Con la cinta en la mano, se imaginó el plástico derritiéndose al calor de la caldera, fundirse con la piel, con los huesos, con aquella carne que estuvo viva. En la estimación que hizo de lo factible de la operación, se dijo que si tiempo después buscaran al recién nacido, sería difícil averiguar qué componentes de los residuos del horno eran orgánicos y cuáles no. En contra tenía una duda: quizá no disponía de la cantidad de cinta suficiente para envolver todo el cuerpo. O aunque consiguiera envolver hasta el último centímetro, quizá el plástico y la carne no fundían bien y formaban una masa de materia que se consumía peor. Le daba vueltas y más vueltas en las manos al rollo de cinta, lo sopesaba tirándolo y cogiéndolo en la palma de la mano. De pronto se le ocurrió una pregunta oscura. Le pasó por la mente como un cuervo y se posó en la rama seca de su determinación, sacudiéndola: «Cuando un corazón arde, ¿apaga o aviva la llama?» Estuvo pensándolo un buen rato. Josef Fritzl, constructor de chimeneas y conductos de humo, observador de fuegos y masas ígneas, sabía que aquella era la pregunta de su vida.

De un tiempo a aquella parte sentía Josef que sus ideas se volvían contra él. Cada vez le parecía más difícil tener una intuición sin preguntarse con temor por las consecuencias. También ese día se vio importunado por razonamientos insidiosos. Y, sin embargo, que el plástico se fundiría facilitando la combustión del cuerpo e impidiendo que la ceniza saliera por los conductos del humo y se posara, por ejemplo, en la ropa tendida, en los balcones, en los setos y en los coches de los vecinos, parecía algo bastante lógico. Se decía que la materia candente retendría las partes sutiles; evitaría que la nieve, en la calle, se tiñese de un color gris por el que pudieran pedirle explicaciones. Aun así, en la balanza de

las consideraciones, los motivos para poner en práctica aquella idea y los motivos para no hacerlo seguían teniendo el mismo peso.

La vejez, a juzgar por lo que pasaba con los pensamientos de Josef, no era tanto la suma de los años vividos como un modo cansado de pensar. Sabía que había acabado siendo como la mayor parte de las personas: si tenía que tomar una decisión y no sabía cómo actuar, prefería, en la duda, abstenerse, no hacer nada. Esto le asustaba: cambiar la frialdad del cálculo por la prudencia; la posibilidad de conflicto por la rendición. Siempre había estado convencido de que respetar una decisión tomada era sobre todo seguir una intuición más rápida que los razonamientos. Por eso incinerar al hijo muerto, al nieto recién nacido, era, en cierto sentido, cumplir un deber. Como no podía abreviar la serie de operaciones necesarias para ejecutar aquella acción, ésta se le impuso como una necesidad. Al contrario, lo monstruoso era querer complicar la tarea; emplear todas sus fuerzas en intentar hacer bien algo para lo que no tenía ningún método.

Decidió que usaría la cinta aislante solamente para pegar juntas las piernas del recién nacido. Así seguía llamándolo para sus adentros, «recién nacido», porque eso era: Michael estaba muerto, pero no había dejado de nacer.

Volvió al cuarto de la caldera y siguió con la tarea. Retiró la lona para comprobar que el cadáver no se hubiera movido de algún modo por la fuerza de sus pensamientos. Cortó segmentos de cinta aislante de un par de palmos de longitud. Inclinado sobre la criatura enfriada, con los hombros curvados y la paciencia de quien trabaja tranquilo y seguro, parecía que sabía muy bien lo que hacía. En realidad Josef improvisaba con cautela.

## LOS OJOS VIOLETAS DE LAS PASIONES

Había terminado el trabajo: le había puesto al niño sus primeros pañales. Lo examinaba dándole vueltas para asegurarse de que estaba listo. Parecía un objeto de yeso que se haría añicos con un golpe bien dado. Pasó las manos por todas partes para eliminar el aire que pudiera haber quedado entre las vendas: le parecía que ardería mejor si quedaban bien adheridas al cuerpo. Al dejar el bulto en la mesa sonó con un ruido sordo. Era hora de llenar el incinerador de carbón. En pocos minutos alcanzaría una temperatura capaz de carbonizar lo que fuera.

Comprobó que el horno estuviera limpio como lo había dejado. En la cavidad de hierro no encontró ni un resto de pasadas combustiones, ni una pavesa. Giró

la palanca que abría el hogar en la parte superior. Miró satisfecho aquella máquina de dos partes como si fueran dos gemelos que ayudaban al padre a caldear la casa.

Volcó los sacos de carbón con impulso, para que reventaran por su mismo peso. Junto al incinerador hizo una montaña negra de más de un metro de altura. Con la pala recogía los trozos que rodaban, rascando el suelo. No perdonaría ni uno. Levantaba paletadas de carbón bien cargadas y las echaba a la caldera sin que se le cayera un trozo. La espalda y el mango de la pala, perpendiculares, formaban un mecanismo perfecto que funcionaba rítmicamente como un sistema neumático. Josef templó los brazos, la frente distendida. Unas cuantas paletadas bien echadas bastaron para cubrir de carbón el fondo del horno. Afirmó la rodilla en el borde de acero y metiendo todo el brazo colocó bien el carbón. Sus manos negras no se distinguían de lo demás. Ardían con un fuego interior que sólo calentaría el acto que se disponían a ejecutar.

Flotaba en la estancia, iluminada por una bombilla que oscilaba, un polvo fino que lo había oscurecido todo. Cubría a Josef como viscosidad atrapamoscas.

El gas subió por las tuberías y salió silbando por los inyectores de la caldera, entre los carbones: Josef encendió una lámpara de aceite e, introduciéndola en el horno, acercó el largo pico a los inyectores. Las primeras llamas ondularon sobre los carbones como pequeños espíritus sobre aguas nocturnas. La cámara de hierro que albergaba el hogar se iluminó con la trémula luz azul del metano.

Sacó del trastero de la escalera una gavilla de finas ramas que él mismo había separado de las más gruesas: eran excelentes para encender fuego en casa y enseguida hacían unas ascuas sutiles. La introdujo en el hogar y la empujó bien hasta el fondo. Con unos alicates largos cortó el alambre con el que había atado el haz y enseguida brotó una llamarada que lo envolvió.

Tenía los ojos violetas, cautivado como siempre que admiraba la actividad del fuego que se hinchaba y desplegaba sus velas vespertinas sobre la leña chisporroteante. Ni siquiera aquel fuego conseguiría derretir un poco del hielo que tenían sus ojos, atenuar su azul intenso. En su interior, sin embargo, ardía el tiempo, ese fuego especial que tiene por combustible a hombres y piedras: lo incineraba poco a poco, y no lo sabía.

Llamaron su atención un conjunto de voces: quejas, peticiones de ayuda, emanaciones y soplidos repentinos. Se asomó a la puerta de la caldera, de donde salían aquellos sonidos: bocanadas de humo ascendían describiendo arabescos hacia el tubo del humo. Fuera, el viento las esparcía; las rachas soplaban de aquí

para allá sin orientación. De la chimenea de los Fritzl empezó a salir una columna de humo gris que se recortaba contra el paisaje nevado.

Cerró la puerta, pero siguió mirando por el cristal aquel recinto diminuto, atento como una niña que observa su casa de muñecas. Miró el manómetro, luego el termostato, y decidió subir la temperatura. Echó una carga de leña y luego otra, hasta que casi ahogó el fuego. La temperatura fue subiendo, los conductos de regulación de la presión empezaron a vibrar. La vieja caldera había llegado a su máximo. Entre el calor del fuego, el esfuerzo de alimentarlo y los radiadores, Josef empezó a sudar. Tenía encendida la piel de la cara y de los brazos, la ropa empapada en sudor. Se frotó los ojos con los puños, lo que empeoró la situación: le escocían, pero se aguantó. Giró la palanca, abrió la puerta del hogar: el oxígeno fresco avivó aún más el fuego. Retiró los carbones candentes hacia los lados formando una corona ardiente, un fondo constelado de chispas, y en el centro dejó libre una cuna.

Alzó al pequeño con las dos manos, sosteniéndolo con cuidado por abajo. Sosteniéndolo así contra el resplandor del fuego, vio de nuevo los rasgos del pequeño. Las vendas habían borrado las pupilas y la piel, pero no habían podido allanar el relieve de la nariz, de la barbilla, de la frente redonda. Aunque lo molestó aquel juego de sombras, no le pareció justo echarlo a las ascuas boca abajo.

Quizá por hacer desaparecer aquella sensación antes que el cadáver, se dirigió a la caldera dispuesto a cumplir su deber. Apoyó la cabeza del niño en el borde del incinerador y lo empujó dentro por los pies, con las dos manos, para que no se plegase. Las ascuas ardían bien. El niño había conquistado su lecho.

Cubrió el cuerpo de ascuas, como con una manta, y arrimó los tizones ardientes a la cabeza y a las manos, como si fueran juguetes. Las vendas empezaron a quemarse, se aflojaban y se evaporaban como velos. Algunas, leves y volátiles, se consumían en chispas; otras, cenicientas, se hundían en la masa del cuerpo. Como en un negativo fotográfico, los contornos del niño se elevaron convertidos en humo. Cuando vio que los brazos, reblandecidos por el calor, se dilataban y ascendían como jugando a atrapar aquellas lenguas de fuego que revoloteaban en el aire, Josef cerró la puerta. Por el cristal observaba asombrado cómo una rodilla giraba y la otra pierna se estiraba. Pensó que el fuego devolvía la vida. Ésa era la respuesta que buscaba. El corazón ardía realmente.

Siguió contemplando aquella masa que se fundía chisporroteando y silbando:

los miembros derretidos fluían hacia la cavidad inferior. Cada gota arrastraba un poco de ceniza: lágrimas color de plomo, o violetas, o negras como la pez, que se reunían allí abajo como plata opaca. Una forma gris que contenía todos los colores del cuerpo humano, fundidos. La caja torácica se desmoronaba sobre sí misma como un castillo de fósforos carbonizados. Abajo, el líquido hirviendo se extendía y se aglutinaba en el fondo de acero formando un cuerpo único.

Las ramas y los huesos del niño se retorcían y se quebraban. Ya no podía distinguir las partes del cuerpo de los trozos de leña que, al consumirse, caían echando humo y se convertían en ascuas, chispas y pavesas candentes. De pronto vio moverse algo. Se destacó del fuego el bulto de un pie, o quizá era un leño muy verde que no ardía bien. Rodó de entre las ramas que ardían y dibujó un surco en la ceniza; le pareció una rodilla. El costado del niño derribó un montón de ascuas y giró sobre sí mismo, sacudiendo más leña del dominó general. Se expandió una nube de humo que invadió todo el espacio hasta el cristal, del que Josef se retiró rápidamente, como temiendo que lo embistiera. Cuando se acercó de nuevo y la nube de humo se hubo desvanecido, vio, en medio de la miríada de chispas que había estallado, algo que se movía en el fondo. Era el trasero del niño, que retrocedía a cuatro patas, como retirando la cabeza de las llamas. Observó que tenía de nuevo el tronco intacto, como si fuera de ceniza o no se hubiera carbonizado. Desplazándose sobre manos y rodillas, el pequeño se volvía hacia todas partes, golpeándose la cara y tocando con el dedo las puntas carbonizadas de los tizones sin quemarse. Tenía los ojos huecos pero lo veía todo. Buscaba a su padre con la mirada, y agitaba las manos contento. Se inclinó sobre un lado y trató de ponerse en pie. Lo intentaba una y otra vez, cayendo siempre sobre la leña, que se deshacía en miríadas de pavesas ligeras como luciérnagas. Cuantos más leños desbarataba al moverse, más se divertía. Josef llegó a oír las risas, atenuadas por el cristal. Trepaba por las montañas de ascuas. Usaba los tizones como escalones para subir de nuevo. Pero era torpe y caía sin parar. Por fin, tambaleándose, dio los primeros pasos. Pese al esfuerzo que suponía mantener el equilibrio, aprendió a caminar en pocos minutos. A ratos se arrojaba sobre las llamas queriendo cogerlas y caía de bruces sobre los montones de brasas. Salían más chispas y él, intrigado, con su cuerpo torpe, las seguía como podía. Jugando, aprendió a levantarse, mejoró los movimientos. Con ademanes ya adultos apartó las ramas más finas. Se volvió una vez hacia su padre, sonriendo, y se agarró al borde de un conducto que llevaba el aire caliente a los pisos superiores. Josef se corrió a un lado del cristal para no perderlo de vista. Vio que el niño ya tenía un hombro y la cabeza dentro del tubo. Instantes

después siguieron la cadera y las piernas. Josef lo buscó entre las ascuas; como no lo encontraba allí, miró fuera de la caldera, se lo imaginó deslizándose por el estrecho diámetro de los conductos. Lo oyó empujar y avanzar haciendo fuerza contra los pernos y tuercas que unían los segmentos del tubo. En la esquina del cuarto el tubo formaba un codo; el niño lo atravesó a gatas y luego se puso en pie. Descifrando los ruidos que venían de aquel punto, el padre se lo imaginó tratando de trepar por el medio metro vertical que el tubo recorría empotrado. Después de unos instantes de silencio, lo oyó más adelante, justo encima de su cabeza, por el tubo que salía de la pared y discurría paralelo al techo, ensanchándose. Estiró la mano hacia el punto del tubo en el que suponía que debía de encontrarse el niño, como para rogarle que se detuviera, pero no se atrevió. El niño superó el último obstáculo y, ya en la instalación nueva, pudo ponerse otra vez en pie. En aquel trecho aprendió a correr. El padre seguía con los ojos los ruidos que hacía a lo largo del tubo, tratando de anticiparse a sus movimientos. Pero su hijo corría cada vez más veloz y los ruidos se desvanecían rápidamente.

Cuando llegó a la última pared del sótano, junto a las escaleras, donde ya no pudo seguir el tubo, que desaparecía en el muro, Josef, con los brazos levantados, apoyó las manos en la pared, ladeó la cabeza y aplicó el oído, pero ya no oyó nada: apenas el eco de una vocecita, quizá una carcajada convulsa. El niño ya corría alegre por los tubos viejos y chirriantes, tanto los que iban por dentro de la pared como los que iban por fuera. Había conseguido salir de los circuitos del búnker persiguiendo la voz del vacío que jugaba a que la pillara. Doblando los codos de los tubos a gran velocidad, en un instante llegó a los pisos superiores. Recorrió todas las habitaciones, volviéndose cada vez más niño. Apareció en todos los rincones, y pasaba el dedo por los radiadores sin dejar de correr. Pasó por detrás del sillón en el que Rosemarie se había quedado dormida con su labor de ganchillo en la mano. Tamborileó desairado para que la mujer jugara también. Agitó la mano, confundiendo los sueños de ella, que dormía con el pelo rubio ceniza suelto sobre el respaldo.

Todos los ladrillos, pilares, vigas de la casa quedaron a la escucha.

Resignado, cubierto de polvo y de sudor, Josef volvió al búnker.

Se descalzó, agotado; estaba vaciando los bolsillos sobre la nevera cuando oyó unos ruiditos que venían del cuarto de las camas. Alargó el cuello para ver, pero por los angostos pasillos apenas atisbaba, más allá de la cortina, un brazo de Elisabeth. Descalzo, con la camisa desabotonada a medias, Josef se acercó sin

hacer ruido. Al llegar a la cocina mojó un trapo y se limpió las manos, pero aquel sonido húmedo no cesaba; pensó que quizá el dolor de haber visto morir a Michael había llevado a Elisabeth a herir al gemelo vivo. Se dirigió hacia allí más aprisa y al llegar al umbral la vio: recostada contra la pared en la cama, daba de mamar a Alexander. Sujetándose el pecho con la mano, se aseguraba de que el pequeño, envuelto en trapos que no se distinguían de su ropa, recibía suficiente leche.

Sólo entonces se dio cuenta Josef de que nunca la había visto amamantar a sus hijos. Lo más fácil de imaginar sacaba a Elisabeth del estado de animal salvaje al que él siempre la había relegado.

Desde la cama, Elisabeth lo miró. Kerstin, con la cabeza recostada, se abrazaba a su regazo, y enredado a sus piernas estaba Stefan, que dormía en la postura exhausta de un buscador de oro.

Josef pensó en acostarlos en sus camas, pero cuando quiso hacerlo, y tocó los tobillos de Kerstin para ir a cogerla, la pequeña se estrechó más contra su madre, y lo mismo ocurrió con Stefan. Se sintió excluido, inútil. Dejó que el cansancio lo invadiera. Sólo con él se iría a la cama.

## LA ESTRUCTURA DE LAS COSAS

En el mundo que Josef había construido, la materia que nosotros conocemos se había transformado en otra cosa. Allí abajo, todas las cosas tenían una doble naturaleza: una hecha de vibraciones y otra de partículas.

Así, también la muerte tuvo un peso específico en su historia. El invierno de 1996 fue más templado que los anteriores por una cantidad de calor que equivalía exactamente al peso del pequeño. Aquel hijo al que Josef se había negado a salvar, y que pensó disolver en el anonimato del fuego, fue un cataclismo que sacudió la reducida biosfera del búnker.

Pronto también él se daría cuenta, sólo era cuestión de tiempo. Aunque se empeñaba en hacer desaparecer las huellas de Michael, nunca podría extinguir aquel montoncito de cenizas al que había quedado reducido.

## 10. FELIX

### EL TÉRMINO ÚLTIMO

La última estrella se disponía a llegar. Después de milenios esperando venir al mundo –a aquel mundo–, empezó su caída imparable. Había de tardar seis años.

También Alexander fue llevado a la superficie. Por tercera vez escenificó Josef el drama de la hija que, hija de Satanás, paría otro hijo que no podía tener. Esta vez optó por hacerle escribir una simple nota. Grabar una cinta o escribir una carta habría llevado mucho tiempo, y además no era necesario: no quedaba nadie a quien convencer. Elisabeth era ya para todos un recuerdo lejano, una criatura legendaria de la que los vecinos, si se terciaba, podían hablar mal, una manchita en el currículum de la familia Fritzl.

Así pues, Lisa y Monika, en el piso de arriba, recibieron a aquel hermanito como un regalo, convencidas de que había nacido en el bosque o en sabe Dios qué yermo misterioso y remoto. Alexander tuvo en ellas a dos compañeras de juegos y en Rosemarie a una rolliza matrona que lo servía en todo. Josef, por su parte, desde aquel mes de diciembre de 1996, siguió tirando como buenamente pudo. Mientras que su mujer había encontrado, gracias a los nietos, nueva fuerza vital, él era presa del tedio cada vez con más frecuencia. Lo asaltaba una sensación de hastío mezclado de rabia porque no sabía cómo tomar nuevamente las riendas de la vida subterránea que había construido con tanto esfuerzo. Sabía que había renunciado a muchos aspectos de su proyecto, que se había visto obligado a cambiar de planes cada vez que ocurría algo inesperado. Sí, debía admitir que las maniobras de Elisabeth seguían siendo un secreto para él, pero nunca llegó a sentirse un cabeza de familia burlado, y las cóleras en las que de vez en cuando montaba con la esperanza de reconquistar el poder perdido – cuando al final del día subía las escaleras para irse a la cama– él mismo veía que acababan convertidas en un cansancio feliz. Quizá eso era la vejez; en cualquier caso, se dijo, nada había que temer.

Siguió conforme unos años más, luego empezó a declinar en sus convicciones. El único y largo día que había hecho de su vida con Elisabeth nunca acababa. Nunca se sentía satisfecho, cansado merecidamente. Seguía sin llegar aquel término último en el que poder reposar. Seguir viviendo no tenía sentido. La

pesada puerta de entrada y su sistema electrónico, la ropa que diseñaba y le hacía que vistiera, el búnker mismo en todas sus partes: le había dedicado tiempo, sudor, inteligencia y habilidad manual, y todos sus componentes tenían su función clara e identificable. La vida, en cambio, no encajaba en las proporciones. A aquellas alturas tendría que poder verla completa, construida; ante sí, distante. Pero cuanto más tiempo pasaba con Elisabeth, más solo se sentía.

En todos aquellos años no había podido pedir a nadie un consejo, una opinión sobre lo que había hecho con su hija. Con nadie podía hablar que no fuera ella y sólo ella, carne de su carne y de su amor. Procuraba ser fuerte como en otro tiempo, pero cuando la aprensión de que vinieran a buscarlo y le pidieran cuentas de todo le resultaba insoportable, volvía abajo desesperado. La tomaba de los brazos y la zarandeaba para que le dijera algo que le hiciera sentirse vivo. Elisabeth lo consolaba con tanta sencillez que a las pocas horas lo asaltaba una duda horrible y se sentía peor. Que sólo ella supiera lo que estaba ocurriendo y sobre todo cómo se desarrollaría y cuándo acabaría todo, lo sacaba de quicio. Cuando quería poseerla y ella se negaba con displicencia, despidiéndolo por ejemplo con un ademán o una mueca irritada, él trataba de obligarla cada vez más rabioso y más inseguro. Los setenta estaban cerca, los achaques e indisposiciones eran más que sus años.

Una vez que quiso forzarla exasperado, ella le propinó un puñetazo en el estómago. Se dobló emitiendo un quejido. En vano trató el viejo de agarrarse al cuerpo ajado de la hija, que simplemente se retiró, revelándose más fuerte que él. Elisabeth lo vio caer sin reaccionar, y sintió tristeza. Cualquier gesto de defensa la habría atado nuevamente a su condición de cautiva. Creyéndose libre, y por tanto siéndolo, se negaba a levantar las manos. Hacía años que había aprendido a obtener de él lo que quería. Y si lo que quería había cambiado con el tiempo – tanto que la voluntad de huir se había convertido en deseo de seguir encerrada–, poco le importaba. Había llegado casi a sentir necesidad de estar con él, y no le parecía mal. Por nada del mundo habría renunciado a aquella coherencia, a aquella identificación consigo misma. Al contrario, ahora que los hijos iban creciendo, su único objetivo era conservarse inmutable.

NACIMIENTO DE UNA ESTRELLA

Entretanto, el pequeño Michael seguía viviendo en la mirada de Elisabeth cada vez que pensaba en su gemelo. Le había dolido que le quitaran a Alexander, pero reaccionó preparando, como había hecho con las hermanas, un pequeño álbum en el que guardaría las fotos y los dibujos que Josef le trajera. Aprendió a conformarse con aquella pobreza. Tenía allí a dos hijos, y de los otros tres procuraba reunir todas las noticias posibles. Por eso quiso que Josef le contara cada vez con más detalle cómo se desarrollaba la vida en la superficie. Preguntó qué hacían las niñas durante el día, de qué sabores les gustaban los helados, qué las hacía reír y qué las hacía llorar, quiénes eran sus amiguitos.

Muchas veces las inquisiciones de Elisabeth eran tantas y tan minuciosas que Josef se maravillaba de que sus pensamientos y visiones superasen la vida real. Cuando preguntaba, Elisabeth mostraba una lucidez que él mismo lamentaba no poseer. Conocía hechos tan concretos del mundo exterior que a Josef le entraba hasta la absurda duda de si la había encerrado realmente. ¿Cómo podía saber, por ejemplo, que Lisa se había partido dos dientes al caerse de un columpio en el parque? ¿Cómo podía estar informada de aquella vez que sorprendieron a Alexander, con tres años, retozando con las dos hermanas? Josef se ganó incluso un reproche por haber castigado a los niños y habérselo ocultado a ella.

La miraba con desconfianza y terror, sin saber de dónde le venían aquellos dones adivinatorios. Él había perdido sus poderes mientras que ella había adquirido unos nuevos. Impasible en su celda –que de treinta y cinco metros cuadrados había pasado a tener cincuenta y cinco para hacer sitio a las nuevas generaciones–, sabía poner en el corazón monstruoso del padre dudas y miedos con un simple soplo. Y cuando ella se negaba a abrir las piernas, obligándolo a amenazarla con la peor de las amenazas –hacer con los hijos vivos lo que había hecho con el muerto–, ella replicaba mirándolo severamente a los ojos:

–¡Adelante, hazlo! Tengo el molde para hacer más.

En realidad, sabía que no los tocaría, sabía que los quería. Por mucho que él se empeñase en creer lo contrario, el mal que llevaba dentro se había debilitado y ella estaba decidida a refregarle aquella verdad. Quiso castigarlo por su voluntad de ser malo y premiarlo por ser un padre cariñoso con aquellos hijos ocultos en la sombra. Y eso hizo. Elisabeth se quedó embarazada no como consecuencia de la enésima violación de su padre, sino porque ella quiso.

EL CALCO

Era una cálida noche de agosto. Josef estaba en la puertaventana que comunicaba la cocina y el jardín, contemplando el cielo estrellado.

Salió al jardín y fue a la parte trasera del garaje. Arrastró una tumbona de la parte embaldosada y con un cuchillo empezó a tallar un trozo de madera; quería hacer una flauta para el niño que iba a nacer, cuando del fondo del jardín vio que se acercaba un bulto oscuro. No había verdadero motivo de alarma, pero en casos como aquél Josef tenía la sangre fría de seguir sentado y esperar. Confiaba en que fuera su justiciero, la persona que pondría la palabra fin a toda aquella historia. Pero cuando estuvo más cerca vio que se trataba de Hermann, y casi tuvo una decepción. Había cruzado la calle en zapatillas de estar por casa y pantalones cortos, y traía una botella de brandy y dos vasos.

–Querido amigo, ¿cómo estás? –le preguntó a Josef.

–Me hago viejo.

–Es una suerte de estos tiempos –dijo el otro, echándose en la otra tumbona.

Hermann tenía ganas de bromear, pero aquella noche Josef se sentía raro, y no estaba de humor. No era melancolía lo que había sentido al enterarse de que Elisabeth esperaba otro hijo, ni indiferencia por el hecho de que iba a ser padre por decimocuarta vez, sino una especie de zozobra. Después de tanto trabajo, la vida subterránea era la repetición idéntica de la que había tenido en el matrimonio.

Constató que no había sido capaz de cambiar la dirección que Elisabeth había impreso a su existencia en común y se sintió impotente. La derrota que presentía cada vez más claramente podía abatirse sobre él estando lejos de casa, como se abate muchas veces la muerte, o en un momento banal como aquél.

En esto pensaba, sin darse cuenta de que el amigo le preguntaba, lo llamaba, y no lo sacó de sus cavilaciones ni aun la sacudida que dio en broma a su tumbona. Hermann se puso serio cuando comprendió que Josef no fingía estar sordo, sino que realmente estaba ensimismado. Buscó sus ojos, últimos centinelas que mantenían vivo un atisbo de atención, pero también estaban ensombrecidos. Josef seguía tallando el trozo de madera: había llegado ya a la parte viva, y tenía el suelo y las rodillas cubiertas de astillas y virutas. Envuelto en la tela de la tumbona como si estuviera encajado él mismo en un tronco, se hundió aún más hondo en su conciencia.

Realmente había recreado la misma familia que tuvo con Rosemarie; engendrado el mismo número de hijos, del mismo sexo y en el mismo orden que sus hermanastros, o, mejor dicho, que sus tíos. Por fuerza, pues, cometía los mismos errores y experimentaba los mismos sentimientos, porque no había

creado un mundo distinto, como esperaba. Si aquel otro hijo nacía niño, sería la confirmación definitiva de esa odiosa idea que era mucho más amarga que una simple sospecha: la de que no era una coincidencia. Le aterrorizaba que pudiera existir una predestinación tan severa e inmutable, y que él fuera esclavo de ella. Después de haber tenido a Elisabeth encerrada dieciocho años, empezaba a comprender que se había equivocado por completo. Todo había sido en vano. Pensó que la nueva familia era una copia de la anterior a la vez distinta e idéntica, una falsificación extraordinaria. Como el calco de un escrito, la familia del subsuelo era la degradación del original y al mismo tiempo su superación. Había hecho posible la existencia de otro original que, sin embargo, resultaba desvaído, sometido como estaba al rápido decoloramiento que el tiempo causa en las falsas copias, en los sucedáneos, en los trasuntos de la realidad. Quiso consolarse diciéndose que todas las generaciones de los hombres son sucedáneos, sobre la tierra o bajo ella. Todas las vidas son vidas degeneradas.

Se dijo que si continuaba aquella vida absurda, dividida en dos partes tan próximas, al final no sabría cuál era la imagen principal y cuál su reflejo.

Se esforzó por encontrar algo en la nueva familia que escapase a aquella espantosa predestinación. Pero lo único que encontró seguía yendo contra su proyecto: la estatura de Stefan. No tenía ni quince años y ya amenazaba con llegar al techo en poco tiempo. No había imaginado que el muchacho pudiera crecer más de lo que había previsto, más que su padre. Sabiendo que la falta de luz solar debilitaba los huesos de Elisabeth y de los niños, Josef se preguntaba ahora cómo era posible que los de Stefan hubieran crecido tanto.

El extraordinario desarrollo se debía quizá a un factor que había subestimado, o podía ser que la documentación médica atentamente estudiada todos aquellos años no fuera tan exacta. Quizá Stefan se había dado cuenta de que las esperanzas que su padre había depositado en él –criarlo sano y robusto– se habían visto truncadas en cierto momento a causa de sus deformidades –en el pie, en la mandíbula–, deformidades que el padre se tomó como un agravio. Aunque esta idea lo enterneció, Josef no dejaría de buscar al varón que llevaba buscando toda la vida, el heredero de su grandeza. Se convenció de que sería el bebé que esperaba, y decidió que lo criaría también en el búnker.

Le vinieron a la mente los rostros de sus otros hijos. Todos tenían la misma sonrisa pálida y boba. Todos necesitaban gafas, pero él no había podido pedir receta médica más que para los que crecieron en la superficie, y recordó lo que le

había costado conseguir calzado ortopédico, fármacos, con la esperanza de remediar las malformaciones o al menos atenuar los dolores que aquejaban a los niños. Recordó los complementos alimenticios, la leche artificial, las lámparas bronceadoras que instaló para simular la luz del sol; aquellos volúmenes que consultó para evitar que aumentaran los trastornos psíquicos que padecían, las enfermedades de carácter psicossomático, las angustias que los despertaban de noche y los dormían de día, el fuerte sentimiento de culpa que estaban manifestando en la adolescencia. Saberlos enfermos y pese a ello tener que dar las gracias a la madre por haberlos traído al mundo le resultaba dolorosísimo. Sus ojos lloraban de nostalgia por la vida que vivía.

No, no todo había sido en vano.

Aquellos años había trabajado duro para eliminar la confusión que allí abajo anulaba la diferencia entre adultos y niños, entre pasado y futuro, y ahora llegaba a una firme certeza: para comprender no bastaba con tener una idea del mundo como lo entendían los seres humanos. Había que amar como ellos se amaban.

Tuvo la sensación de despertar, de abrir los ojos, pero se dio cuenta de que los tenía ya abiertos. Vio que la tumbona de su amigo, a su lado, estaba vacía. Los vasos, abandonados en la hierba, indicaban que no había soñado, y mientras él estuvo pensando y recordando, justo debajo de sus pies, a un metro y medio bajo tierra, Elisabeth había dado a luz.

## ALGO BUENO

Felix vino al mundo seis años después que los gemelos, y seis años antes de que los encontraran y los sacaran a todos. Creció rápidamente, y desde el primer momento mostró un carácter peculiar. Era más curioso que sus hermanos, y por eso, sin saberlo, sufrió más con la reclusión. Como Kerstin y Stefan a su edad, pensaba que el búnker era todo el mundo. Si los otros dos tardaron años en intuir que fuera había algo que existía de verdad, y su subconsciente tuvo que esforzarse por rechazar esta idea, Felix no dejaba de dar muestras de inadaptación a un mundo que le quedaba estrecho.

Corría de un sitio a otro. Era expansivo por naturaleza, lloraba muy a menudo, y ni Elisabeth ni Josef sabían cómo hacer que se callara.

Aunque lo rompía todo, el padre justificaba su comportamiento. «¡Claro, amor mío, no puedes estarte quieto!», le decía cuando empezaba a tirar objetos contra los colchones para ver cómo rebotaban, ya que él no podía saltar sobre ellos

porque el techo era demasiado bajo; o levantaba los somieres, o pintaba en las paredes.

–¡Este niño necesita moverse, por Dios! –exclamó una vez el padre, como si hubiera olvidado que los había enterrado vivos. Ante aquel duendecillo inquieto, Josef se echaba a reír–. ¡Mira cómo corre! ¡Míralo!

Después de varios intentos, por fin había encontrado la horma de su zapato.

–Es mi copia exacta –concluyó admirado.

Aunque Elisabeth se quejaba de su impetuosidad, Josef vio en su revoltoso último hijo el medio anhelado para combatir el tedio y la vejez.

Se sintió capaz de emprender toda una serie de trabajos pesados que harían funcionar de nuevo su espíritu decidido, su inteligencia, su habilidad constructora, y renovarían aquel sentimiento de vitalidad que en otro tiempo había tenido. Empezó a pensar a lo grande: la idea de construir un cuarto de juegos se convirtió pronto en todo un proyecto de piscina. La excavaría en la otra mitad de subsuelo de la casa, y sería una especie de palafito invisible para los vecinos, con agua salada para que pareciera mar, un sistema de palas que un motor debidamente escondido accionaría para imitar las olas y hasta una playa artificial. Todo eso por amor a Felix.

También él, como sus hermanos, dibujaba a mamá y a papá como elementos de un paisaje. Josef, un día, le dijo que coloreara los folios de un modo nuevo, muy extraño, que despertó la curiosidad del niño. Lo animó a pintar cada folio de un color distinto, que se diferenciara del anterior por un levísimo cambio de tono. Añadió que si confiaba en su padre y lo hacía bien, un día comprendería el porqué de aquellos papeles coloreados. Y así, en lugar de corretear de aquí para allá por el búnker, Felix se pasó horas enteras pintando con los pasteles, sentado tan formal a la mesa que parecía mentira.

–Has conseguido que se esté quieto..., ¡lo has engañado! –dijo Elisabeth, haciéndole un guiño al padre.

–No –replicó Josef–. Le he prometido que es por su bien.

Pasaron muchas semanas, una tras otra, y el deseo de Josef de que acabara aquella vida se había desvanecido por completo. Ahora le parecía que había vuelto a empezar, y se consagró en cuerpo y alma al trabajo.

Volvieron los encargos de material de construcción que Rosemarie no supo explicarse pero que esta vez renunció a entender. El viejo Sauer se la llevaba cada vez con más frecuencia de viaje por Europa, en misiones de testigos de

Jehová en las que la hacía participar. Se llevaba a los nietos y así Josef podía desentenderse de la vida en la superficie. Le parecía mentira. La ausencia de su mujer era una bendición. No es que tenerla allí fuera un problema, nunca lo había sido, pero cuando se ausentaba una o dos semanas, él podía trabajar en sus proyectos sin interrupción.

—¿Por qué no la dejas? —le preguntó aquel día Elisabeth, viéndolo aliviado por la partida de Rosemarie. Lo miraba manipulando en sus rollos de papel milimetrado, escuadras, lápices, como un niño estudioso. Él habría podido responderle muchas cosas. Aunque le gustaría mucho ver aquel culazo en el arroyo, y no le importase que la tomara por esposa el tonto de Sauer, debía admitir que tampoco podía echarla de casa. Creía, después de todo, que también las bestias merecían un poco de paz, si habían trabajado bien. Y su mujer, pensó, había trabajado lo suyo. Cierto es que con los años había dado en tener mil ideas que él no compartía, empezando por sus creencias religiosas, pero ¿qué se le iba a hacer?

Habría podido darle a Elisabeth infinitas explicaciones, pero se limitó a decir: —¿Y por qué? Dios me ha compensado contigo.

Era la primera vez que lo oía pronunciar el nombre de Dios sin blasfemar. La sorprendió. Pensó: «¿Adónde quieres ir a buscar a Dios, mamá? Es Él quien nos encuentra.» Se dijo que de un modo u otro algo bueno ocurriría. Sólo era cuestión de tiempo.

## EL ARCO IRIS EN LA MESA

Las obras continuaron durante meses, aunque no sin algún que otro imprevisto. La tos que siempre había atormentado a Kerstin se hizo más molesta con el paso del tiempo. La secreción de mocos mientras comía o dormía, la conjuntivitis seca, los dolores al defecar y la sudoración lenta y continua preocuparon mucho a Elisabeth. Le pasaba paños húmedos por la piel, o le preparaba apósitos que la aliviaban un poco, pero no imaginaba las mutaciones que se producían en aquel cuerpo flaquísimo. Josef estaba tan excitado con sus obras que no se daba cuenta: los proyectos que tenía en mente le ocupaban todos los pensamientos.

Elisabeth había notado algunas diferencias entre la nueva manera de trabajar y la de antes, y si le hacía notar una avería o un problema que duraba mucho

tiempo –un tubo de ventilación, o la humedad de una fuga–, él le contestaba que no se preocupara, que no hiciera caso, que se equivocaba o que ya lo arreglaría más adelante. Por una cosa nueva había otra que se caía a pedazos, y las dos constituían la imagen patética y dulce de quien se obstina en colocar sacos de arena en una presa que el río del tiempo no cesa de desmoronar. El búnker era ya tan viejo al menos como el propio Josef se había dado cuenta de que lo era él, pero procuraba desechar esta idea. Elisabeth volvió a pensar con angustia en la posibilidad de que le ocurriera algo cuando estuviera lejos, solo, haciendo algo. Pero no era por ella, ni por sus hijos: temía sinceramente por su padre, que cada vez estaba más cansado, se movía más despacio, se fatigaba. Lo veía salir arrastrándose por el angosto pasadizo que comunicaba con el nuevo recinto, que excavaba con herramientas precarias. Con lástima lo observaba ponerse en pie sobre las viejas piernas con un esfuerzo cada día más evidente. Recordó el túnel de antaño, que también estaba apuntalado con troncos medio comidos por la humedad, una humedad que allí no conseguía frenar y prefería fingir que no existía. No podía reprocharle su obstinación. Ahora conocía sus intenciones y las conocía también Felix, al que Josef había prometido una gran sorpresa para el día de su quinto cumpleaños:

–Pero no puedes ir a ver, ni tú ni tus hermanos. Tienes que esperar.

Pasaban los días y el pequeño Félix tenía cada vez más curiosidad. Para facilitar la tarea, esta vez Josef hizo algo temerario: al final del pasadizo practicó un agujero que daba al jardín, por el que podía pasar más cómodamente el material necesario para la construcción de la piscina. Por allí entraron los sacos de arena, la mismísima hormigonera y los muchos tubos para el agua. Los niños estaban asustadísimos con los ruidos, y la madre debía tranquilizarlos estrechándolos contra sí como ellos se aferraban a lo poco que tenían. Elisabeth conocía la existencia de aquella abertura, pero a la idea de escaparse se sobreponía un pensamiento: allí abajo ella era el ama y sabía cómo comportarse, qué pensar. En el mundo exterior se vería perdida, nunca podría sentirse como en casa. La misma palabra «mundo» no era para ella sino sinónimo de extrañeza. Además, temía que si salía, perdería su función ante sus hijos. Todo lo que decía sobre el origen de las cosas y el sentido de la realidad se vería contrastado por un raudal de luces y colores, así como de sombras, que lo sepultarían. Si algún día había que salir del búnker, deseaba que lo hicieran todos juntos, sin excluir a nadie. Ni a Josef.

La prueba de que no se escaparía no tardó en llegar, cuando el estado de salud

de Kerstin se agravó. El mal que la aquejaba y que ellos no sabían diagnosticar tenía un nombre: fibrosis quística. En el organismo de Kerstin, aunque no padecía la forma más aguda, la enfermedad había tenido tiempo de destruir los jóvenes pulmones y dañar el hígado. Elisabeth intentaba comunicar al padre la gravedad de la situación. Se le acercaba suavemente mientras él repasaba de nuevo los papeles en los que había consignado debidamente los cálculos, las medidas exactas, las modificaciones al proyecto originario que había tenido que introducir según avanzaban las obras. Pero estaba tan concentrado que no parecía ni darse cuenta de que le hablaban de su hija. Josef no se fijaba en Kerstin más que cuando Elisabeth, ante su mutismo, se acostaba derrotada en el otro cuarto. Entonces él iba, se ponía junto a la muchacha y la observaba, como si con eso resolviera el problema. Por las mañanas Elisabeth se despertaba con el temor de que su hija hubiera dejado de respirar. Nunca cambiaba de postura, y a veces dormía veinticuatro horas seguidas. La madre la encontraba tal y como la había dejado. Examinaba los pliegues de las sábanas para ver si realmente no se había movido nada desde el día anterior. La muchacha tenía una cara crispada e inexpresiva, y la mañana en la que Kerstin, exhausta, renunció incluso a abrir los ojos, Elisabeth se encaró con su padre:

–¡Haz algo, maldito! Esta vez no es un ataque, ¿quieres cargar también con ella en la conciencia?

Josef alzó la mirada de sus planos y la posó en Kerstin, tumbada en la cama: observó su tronco huesudo, su pecho hundido, sus piernas flacas.

–Falta poco, cielo. La sorpresa está casi lista.

Les prometió que era cuestión de días, y les pidió que aguantaran, que lo hicieran por él, si de verdad lo querían. A continuación besó a Kerstin en la frente, y la cara de ella, al sentirlo tan cerca, se distendió, como aceptando el pacto. Elisabeth se dejó caer en una silla, resignada.

Josef fue al cuarto de al lado y le dijo a Felix que los dibujos de colores que había hecho iban a cobrar sentido. Los sacó del arcón en el que había ido guardándolos con paciencia y los observó. Puestos en la mesa uno sobre otro, formaban una gran pila que el canto de los folios vivamente coloreado hacía parecer un arco iris.

## LA SORPRESA

Unos días después, Josef tomó en brazos a Felix y, poniéndoselo en las

rodillas, le preguntó al oído si quería esperar a su cumpleaños o recibir enseguida el regalo sorpresa del que llevaban hablando tanto tiempo. Esperaba una respuesta positiva y en consecuencia mostró al pequeño y a su hermano mayor los bañadores que les había comprado para la ocasión.

–¿Por qué debemos vestirnos así, papá? –preguntó Stefan mirando curioso aquellos extraños pantalones.

–No querréis estropearos la sorpresa –contestó Josef guiñándole el ojo a Elisabeth.

Ella se quedaría con Kerstin –que permanecía ahora estable– esperando a que volvieran. La extrañó que su padre le prometiera por adelantado a Felix un regalo de cumpleaños: ¿temía que no le diera tiempo? Aunque ¿tiempo para qué? Por mucho que Josef luchara contra su rápido avance, lo blanqueaba cada vez más como la cal blanquea la piedra colocada para siempre.

El padre y los dos hijos se pusieron a cuatro patas y entraron por el pasadizo nuevo. El primero en salir por la otra punta fue Josef, que se sacudió los restos de cemento de las rodillas; lo siguió Stefan, que ya era lo bastante mayorcito para hacer lo mismo; y por último salió el pequeño Felix. Enseguida notaron un fuerte olor que les cosquilleaba las narinas y les hizo estornudar.

–No es peligroso –los tranquilizó el padre–. Es cloro, sirve para desinfectar...

La atmósfera era cálida, y un sistema de ventilación más eficaz que el del búnker hacía acogedor el recinto. Allí fuera podía respirarse a pleno pulmón, y la temperatura era suave.

Josef se desabotonó la camisa, luego los pantalones, que dejó caer al suelo. Felix, entusiasmado, se tumbó, torpemente se cogió los bajos del pantalón y, retorciéndose, empezó a tirar con fuerza. Stefan, por su parte, estaba quieto, con el bañador en la mano. Veía la mirada de orgullo y complacencia que el padre dirigía a su hermano menor, y por primera vez experimentó un dolor sordo. A él nunca lo había mirado de aquel modo. Hasta que Felix nació, nunca había tenido un término de comparación, y no conociendo las formas que el amor podía adoptar, pudo sentirse amado. Ahora, sin embargo, Stefan se sintió perdido. Deseó tener las mismas piernas fuertes que su hermanito, sus mismos pulmones, su misma vitalidad y aquellos ojos límpidos. Agachó la cabeza. Josef lo notó y pidió a Stefan que lo mirara a la cara. El muchacho lo hizo, tímidamente. Esperaba que el padre le dijera algo que lo animara, pero aquel ruego de amor no trascendió las lentes de las gafas. Severo, Josef dejó que los ojos brillantes del hijo se clavaran en los suyos, y pudieran llorar.

La vista de Stefan se nubló definitivamente. Tuvo entonces la impresión de que poseía un cuerpo de más: iba a caer cuando de pronto sintió que lo cogían y lo salvaban. Fuera lo que fuera lo que lo sostuvo, lo consoló tan profundamente que Stefan lloró con todo su ser. No parecían brazos lo que lo sujetaba. No parecían palabras los sonidos que oyó cercanos. En la piel sentía un calor que le hacía sentirse querido, aunque no sabía decir por quién. Salió al fin de aquel lugar de consolación: estrechaban sus huesos y su carne otros huesos y otra carne. Pudo oír su propio llanto, y reconoció el olor del pecho de Josef.

Le gustó ver al padre arrodillado a sus pies, quitándole los zapatos y desabrochándole los pantalones. Le gustó incluso que su padre se hubiera puesto ya serio, que le pusiera el bañador sin mirarlo a la cara, porque así no se veía obligado a cruzar su mirada. La montura enorme de las gafas, sus lentes gruesas, eran finalmente inútiles.

Reinaba una penumbra que impedía ver lo que había alrededor. Con una mano, Josef tocó una nubecilla que flotaba en el aire, a poca distancia, recortada contra una pared azul. Felix tuvo la impresión de que su padre era tan alto que podía tocar el cielo. Rompió a reír estrepitosamente, dando golpes en el suelo con los pies descalzos, y Josef le correspondió con una gran sonrisa. Stefan se preguntó si aquella nube no sería una bola de algodón con la que su padre camuflaba algún artilugio. El muchacho alzó la cara para escrutar el techo que no acertaba a ver bien.

—Ánimo —dijo Josef, invitándolos a seguirlo.

Dieron unos pasos, y de pronto se les hundieron los pies. Casi sintieron miedo: los ladrillos habían terminado dando paso a un suelo extraño. Una arenilla caliente les cosquilleaba la planta de los pies y se les metía entre los dedos.

—Parece azúcar —exclamó Felix, dirigiéndose al hermano mayor, que cogió un poco en la palma de la mano y la olió.

—¿Cómo se llama esto? —preguntó Stefan al padre.

—Arena —contestó éste sin dejar de manipular en otro aparato—. Como la de las playas... —Alzó el brazo, señalando—. ¡Mirad allí, al fondo!

Al otro lado se levantó una pared pintada de un azul intenso, que la débil vista de Stefan confundió con un muro; en realidad era un enorme telón de papel que se enrollaba. Josef tosió sonoramente para ahogar el silbido del motor que levantaba aquella cortina. Y entonces apareció ante ellos un halo luminoso en forma de círculo, y alrededor de todo su perímetro una corona de arrecifes.

En fila india, el padre delante, recorrieron juntos una pasarela que había a un lado. Parecía que iban por el borde de un precipicio y los dos chicos, arrimados a la pared, miraron abajo, donde se abría una cavidad oscura y peligrosa.

Felix se cogió con fuerza de la mano de Stefan, que buscó una explicación en la cara de su padre. Entonces Josef tocó otra nubecilla, y les dijo que miraran.

Del abismo salió un resplandor. El padre mostró a los hijos una moneda, teniéndola bien visible en la palma de la mano. La lanzó con un chasquido de los dedos. Era el momento: Felix y Stefan siguieron con atención la parábola plateada que la moneda describió en el aire, y cuando tendría que haber caído al suelo, o desaparecido en el precipicio, oyeron un sonido que la engulló: *pluf*. La luz aumentó gradualmente hasta revelar un lecho de guijarros de colores, una gran masa de agua que lo cubría y los círculos concéntricos provocados por la moneda.

—¡Guau! —exclamó Felix abriendo los ojos con estupor, pero no soltó la mano de su hermano, al revés, la apretó con más fuerza.

También a Stefan lo impresionó, pero su asombro lo dejó serio, y con la mirada trató de seguir los círculos que se ensanchaban sobre la superficie del agua. La materia se hizo fluida: con una simple moneda, su padre la había sacudido.

De pronto, sobre sus cabezas, el círculo luminoso se inflamó con una luz intensa, blanquísima, que lo iluminó y a la vez casi lo borró todo. Felix se miró los brazos, las piernas, los pies, y le pareció que en muchos puntos estuvieran desvaneciéndose; Stefan, por su parte, no tuvo dudas: aquello era el sol cegador, caliente, como los personajes de la televisión decían que era. Entonces Josef los llamó para alejarlos de lo que los muchachos no sabían que era una gran lámpara halógena. El contador de la electricidad, instalado en esta parte del sótano, giraba como un remolino de energía consumida.

Al poco, y tal como se había inflamado, la claridad del sol se atenuó de nuevo; volvió a verse la cavidad redonda, ahora acogedora. Josef había llevado allí abajo una playa entera, y poco faltó para que se lo creyera él mismo.

Los dos hermanos fueron conscientes del principesco derroche de belleza que los rodeaba por todas partes. Se hallaban delante de una deslumbrante serie de tonalidades lilas y púrpuras, así como de un azul que se oscurecía conforme se alejaba del sol. Sus ojos curiosos no sabían dónde mirar; siguiendo la miríada de colores, volvieron a cruzar la mirada con Josef, que no dejaba de sonreír. Felix se abalanzó hacia él y se le abrazó a las piernas, sin saber qué decir sobre aquel

mundo tan distinto que su padre le había regalado. Inclínándose, Josef giró al pequeño hacia el mosaico de papeles coloreados colgados de la pared, señalándolos con la mano.

–Eso lo has hecho tú –le dijo en voz baja.

Felix se quedó atónito, tratando de entender.

Sin alterar la superficie del agua, Josef se metió en la piscina, suave y sinuosamente. El susurro provocado por las pocas brazadas que se necesitaban para recorrer el estanque de punta a punta despertó en la mente de los muchachos un eco tranquilo, un gotear como de caverna; evocaba en su imaginación imágenes sólo vistas en ciertas películas, y por eso se sentían exploradores afortunados.

A ellos y sólo a ellos les había tocado ser pioneros de aquel descubrimiento; los primeros que veían aquel espectáculo de la naturaleza, guiados por el jefe de todos los exploradores: su padre. Josef mismo se dio cuenta de que allí estaba la verdadera perfección de su proyecto: en aquel sentimiento que los hijos estaban experimentando y que podía leer en sus rostros. ¡Ojalá estuviera Elisabeth! Si viera el asombro que llenaba los ojos de sus hijos, quizá comprendiera un poco sus razones. Se propuso contárselo, aunque no sería lo mismo. Sólo de pensarlo sintió una inmensa tristeza. Por primera vez fue como si Elisabeth no estuviera en el búnker. Ella estaba allí, a unos pasos, pero lo bastante lejos para perderse la última muestra de amor paterno. Se sintió más solo que nunca.

Josef decidió echarse a Felix a cuestas y cruzarlo hasta la otra orilla. Nadaba lentamente, quería que aquellas horas pasadas juntos se grabasen bien en la memoria del pequeño. La profundidad del gesto paterno se traduciría, en la mente inmaculada del niño, en distancia que había que recorrer, de manera que todo le pareciese real y él y su padre fueran verdaderamente felices por lo menos una vez. Aquella piscina yacía tan honda en el seno del verdadero proyecto de Josef, tan dentro de su corazón –el corazón negro del búnker–, que era como si estuviera en otro sitio.

Felix, que se quedaba quieto como por arte de magia ante el espectáculo de los dibujos animados, reconoció el acto del padre: a sus ojos, construyendo la piscina había pintado un túnel en el cemento, como hace el Coyote en la pared de una montaña para parar al Correcaminos. Lo había pintado bien, para que la ficción pareciera verdadera. Pero la ficción no es lo contrario de la verdad, sino sólo el camino más largo para llegar a ella. En la ficción, muchas veces hay que

desear ser lo que no se es para sentirse completo. Quien finge contiene una cantidad contagiosa de vida y de ganas de existir.

Así, ante los folios que él mismo había coloreado, Felix aprendía a nadar. Stefan estaba de pie, deseoso de imitar al hermano pero aún vacilante. Su padre lo llamaba al agua:

—¡Lánzate, no tengas miedo!

Pero él iba y venía tomando carrerilla una y otra vez, sin decidirse.

A todo esto, Felix pataleaba contento, con los brazos estirados hacia delante y las gafas puestas, mientras la mano del padre lo mantenía a flote. Soplando para quitarse el agua de la cara y moviendo las caderas como un pato, preguntó al padre:

—¿Por qué hay un crepúsculo, papá?

Josef se quedó atónito. Se preguntó dónde habría aprendido el niño aquella palabra; cómo podía conocer la diferencia entre el principio y el fin del día. Comprendió que la tan esperada sorpresa había dejado ya de surtir efecto. La sencillez de aquella pregunta, que le hacía su segundo benjamín, nacido allí dentro y tan pequeño, bastó para truncar la esperanza del padre de continuar infinitamente aquella vida todos juntos.

A Elisabeth, que en todo aquel tiempo había tenido cogida la mano de Kerstin tan fuertemente que casi la sentía deshacerse entre las suyas, le pareció de pronto que el tiempo, por primera vez, jugaba a su favor.

Sacó a medias de la cama el cuerpo espectral de la muchacha y empezó a mecerse con él en brazos, consolándose también a sí misma. Le pasó los dedos por las pestañas, por la punta de la nariz. La mano enamorada que era a la vez de la madre y de la hermana. Le dijo, en voz queda:

—Espero verte en pie, amor. Mamá está contigo ahora y para siempre.

## EL PRINCIPIO DEL FIN

Al cabo de dos días de silencio, que pasó buscando la mejor manera de pedirle ayuda, Elisabeth lo abordó con las palabras más sencillas que se le ocurrían:

—Si no haces algo, tu hija morirá.

No esperaba que le contestara «Lo sé» con aquella expresión vaga y dulce en la cara. Josef levantó el cuerpo ligero de Kerstin, envuelto en las mantas, e hizo

seña a Elisabeth de que le cogiera las llaves del cuello. Ella alargó las dos manos hacia el pecho de su padre, mirando fijamente las llaves. Luego lo miró a él, a los ojos, acostumbrada como estaba a no fiarse de las apariencias. Sin dejar de mirarlo abrió el mosquetón del que las llevaba colgadas. No bajó la mirada hasta que las tuvo en la mano. Y se quedó inmóvil.

–Ánimo.

Temblando, introdujo la primera llave en la cerradura, procurando contener las lágrimas. Pensaba que un solo paso en falso haría que Josef cambiara de idea. Daba vueltas a la llave con la cabeza ladeada, tratando de ver si el padre, a sus espaldas, seguía con la hija en brazos o si, dándose de pronto cuenta de lo mucho que le concedía, iba a abalanzarse sobre ella para detenerla. Pero su padre estaba allí, esperando, sosteniendo con sus piernas secas el cuerpo sin sentido de Kerstin. Pensó que era más viejo de lo que creía. Quizá había perdido la memoria y no sabía lo que hacía, o creía estar viviendo en otra época de su vida. Ahora estaba más loco que nunca si no la detenía.

Cuando abrió la tercera y última puerta, ayudó a su padre a sacar el cuerpo de Kerstin, que una vez fuera depositaron en el suelo. Elisabeth se irguió para contemplar a su hija y decidir qué hacer. Su mente se quedó momentáneamente en blanco. No tenían más que cogerla de nuevo, invirtiendo las posiciones: él la cogería por las axilas y ella por los tobillos y subirían las escaleras hasta el piso superior, pero Elisabeth parecía incapaz de reaccionar. Algo a sus espaldas la había paralizado. El cuarto de la caldera, inmenso con sus tres metros de altura, la ventana que había en lo alto y el aire frío que se respiraba, le imponían como un presentimiento.

–Venga, ¿a qué esperas? –le dijo Josef, que estaba ya agachado esperando su ayuda.

Subieron las escaleras que daban al rellano de la entrada. Elisabeth volvió a ver la claraboya de cristal por la que se filtraba una luz extraña que no parecía deberse ni a la hora avanzada de la tarde, ni a la estación.

Viéndolos, en lo que más parecía el robo de un cuerpo que su salvamento, se diría que eran un viejo que transportaba un fantasma con la ayuda de un muerto.

Sosteniendo a Kerstin con un brazo, Josef giró la manivela de la puerta principal. La dejaron sin hacer ruido en un sofá que había en el recibidor y que Elisabeth nunca había visto. Tendida en aquel metro escaso, la cabeza y los pies sobresalían, colgando como los extremos de un pez en un plato pequeño.

Mientras su padre le susurraba instrucciones, Elisabeth distinguió de repente unas voces justo detrás de la puerta entornada. Una puerta que veinticuatro años antes no estaba y tras la cual sus otros hijos cuchicheaban cómplices en aquel momento. Juraría que no estaban jugando ni preparándose para cenar. Le pareció reconocer algunas palabras, entre ellas su nombre, o quizá el de Kerstin. Daba la impresión de que sabían lo que ella y Josef estaban haciendo. «Quizá», se dijo Elisabeth, «están hablando de mí.» Muda, con los ojos incrédulos fijos en la puerta, apenas tuvo tiempo de dejarse invadir por la nostalgia, porque Josef se le plantó delante, tapándole la vista, y le dijo:

–Muévete, no perdamos tiempo. Tengo que llevarla al hospital...

Elisabeth se volvió con paso inseguro. Aunque podían oírla, no gritó pidiendo ayuda. Y también podía huir a la calle, pero no lo hizo. Volvió a ver el pavimento ajedrezado del rellano, el pasamanos de la escalera que bajó camino del búnker, aturdida. Volver no fue una orden de su padre. Fue un acto suyo que realizó sin pensar. Había hecho lo que le correspondía, había conseguido que Josef reaccionara. Sin duda le faltó el valor de seguir adelante. El valor que falta cuando falta el miedo que lo sostiene.

Lo que ocurrió a continuación fue el fin de la vida como la conocían. Después de encerrar a Elisabeth en el búnker, prometiéndole que volvería pronto con buenas noticias, cogió el cuerpo de Kerstin y lo tendió en el asiento trasero del coche. La tapó completamente con las mantas, como si estuviera ya muerta. La llevó al hospital de Mostviertel, donde lo ayudaron los camilleros de urgencias. Dado el estado de la muchacha, la atendieron enseguida, y rellenaron su ficha después de ingresarla.

Josef contestó confusamente a las preguntas. Cuando le pidieron un documento de identidad, entregó el suyo, sin entender que le pedían el de Kerstin. Contó entonces que la había encontrado tirada en una acera, y que la había recogido y llevado allí sin saber quién era. Examinó los ojos del hombre que había tras el cristal. Asustado, Josef quiso recuperar su carné de identidad, pero el otro, sospechando de su actitud, retuvo el documento y anotó los datos. Josef observó el rostro severo del hombre que escribía, luego el de las personas de alrededor. ¿No sería capaz alguno de adivinar que mentía? Aterrorizado, volvió a casa.

¿DÓNDE ESTÁN LOS OTROS?

La tarde siguiente se presentaron unos policías en el número 40 de Ybbsstrasse y pidieron hablar con el dueño de la casa. Rosemarie los pasó al salón.

–Siempre está en el sótano trajinando –dijo con aire vagamente risueño–. Habrá que esperar a que venga...

Los agentes la miraron como si bromeara. Uno de ellos dio un paso enérgico, a la vez que tendía la mano con aire serio:

–Haga el favor de llamarlo, señora.

Rosemarie se llevó las manos juntas al vientre y se quedó así unos instantes, mirando fijamente a los hombres, sin saber qué decir.

–Ande, señora, vaya –la instó otro.

La mujer, confundida por aquella orden que se veía obligada a cumplir –sabía muy bien que su marido se enfadaría si la veía bajar, incluso aunque fuera mandada por la policía–, abrió bruscamente la puerta del rellano y, apoyando la espalda en el marco, empezó a gritar al marido desde lo alto de la escalera:

–¡Josef, querido!... ¡Sube, que te buscan!

Tenía vuelta la cara hacia el salón, para que la oyeran sobre todo los policías. La postura misma que había adoptado era la de quien puede estar tranquilo porque sabe que no recibirá respuesta. Volvió a gritar:

–¡Josef! ¿Me oyes? ¡Que es la policía!

Se quedó mirando la punta de los pies juntos, sonriendo, incapaz de dar un solo paso en dirección a la escalera. Sabía que era mejor para todos no molestar al marido cuando estaba allí abajo, y esperaba que los agentes asumieran la responsabilidad de aquel acto.

Uno de ellos acudió, y cuando se disponía a bajar él mismo la escalera, oyeron las pisadas sordas de las botas de Josef, que subía del sótano. Con una sonrisa ancha y displicente, hacía su aparición ruidosamente. Saludó a los agentes y les rogó que pasaran al salón y se pusieran cómodos.

–Bien, digan, ¿qué sucede? –preguntó, sentándose.

–Ayer tarde llevó al hospital a una muchacha a la que dice que encontró en la calle –dijo serio uno de los agentes–. ¿Es así?

–Sí, en efecto, así es –contestó él, dando inicio a un juego del que, una vez más, estaba convencido de que saldría vencedor. E incluso se volvió sonriendo hacia su mujer, que, en cambio, lo miraba preocupada.

–Muy noble por su parte –dijo otro policía.

–Ya ve, la juventud de hoy, que no sabe cómo vivir.

–¿Y cómo se llama la muchacha? –le preguntó el primero.

–No lo sé, la verdad. Se lo pregunté, pero no reaccionaba. Estaría drogada...

–Los análisis clínicos no han detectado ninguna sustancia ilegal en el cuerpo de la muchacha, esté tranquilo, señor Fritzl. Pero sí han descubierto otras cosas.

Josef se movió nervioso en la silla y el otro prosiguió:

–Está muy enferma; al parecer, lamentablemente, no sobrevivirá.

Josef perdió la arrogancia con la que había entrado. El miedo cruzó por su cara como la sombra de un ave, y el policía lo notó. Había mentido precisamente para provocar aquella reacción. A una señal de sus ojos, uno de sus colegas alejó a Rosemarie con una excusa. Esperó a que la puerta se cerrase para hablar:

–¿Aún no se ha dado cuenta de quién soy, señor Fritzl? ¿No me ha reconocido?

Josef alzó los ojos tenebrosos. Lo observó con atención pero tenía la mente en otra parte.

–Soy Albert Habicher –dijo al fin el hombre.

Josef lo miró mejor.

–¡Querido Habicher! –exclamó, alzando patéticamente los brazos. Quiso levantarse pero el policía se le adelantó y lo detuvo poniéndole la mano en el hombro.

–No se levante, Fritzl. No se agite por tan poco.

–Vaya si ha pasado tiempo –prosiguió Josef después de una larga pausa–. ¡Cuántas cosas han cambiado desde entonces! Hasta la comisaría ha desaparecido... La última vez era usted un muchacho, y mírese ahora: ¡todo un policía!

Habicher, en cambio, pensaba todo el rato que allí nada había cambiado. Los objetos eran los mismos, los recordaba bien. Quizá en lugar de un escritorio había un aparador; quizá habían cambiado la alfombra por otra más pequeña, pero todo lo demás estaba como tantos años antes. Incluso el salón tenía el mismo olor, un olor persistente, y aquella gravidez del tiempo que parecía no pasar.

Cuando archivaron el caso, Habicher consiguió salvar de la quema numerosos objetos: las fotografías de la ficha de Elisabeth de antes y de después de la fuga, una pulsera que los investigadores encontraron en la ciudad de Graz (y que en realidad no probaba nada), la presunta carta que Elisabeth escribió por propia voluntad muchos años antes. Con el tiempo, había concebido la sospecha de que Fritzl, en todos aquellos años, había mantenido con su hija relaciones más íntimas de lo que él daba a entender. Si de verdad no sabía su paradero, por lo menos debía de haberla visto. Seguramente había hablado con ella. Aunque no

tenía todos los instrumentos necesarios para descubrir la compleja máquina infernal que Josef había puesto en marcha, sí tenía bastantes para sospechar que aquella historia era más oscura de lo que parecía. Pero ahora que se hallaba frente a él, no estaba tan seguro de querer conocer la verdad. Se armó de valor:

–Usted sabe dónde se encuentra su hija, ¿no es verdad?

Josef fue presa del pánico. Creyó que el policía se refería al búnker y contestó:

–Sí, lo sé. –Tenía una cara más sombría de lo que Habicher hubiera esperado. Y empezó a desvariar.

Los agentes no entendían lo que decía, pero sabían que debían insistir. Lo observaban mirar alrededor con aire perturbado, buscando con las pupilas a su mujer, que estaba allí de pie, en el umbral, cada vez más pálida. Un policía la invitó a sentarse. Josef tenía sudores fríos y seguía delirando. Habicher quiso poner fin a aquel sufrimiento.

–Su nieta está bien, Fritzl. No se muere. Es su nieta, ¿verdad?

Josef pensó que Habicher lo había descubierto todo. Su mente, que había sido toda su vida una máquina perfecta de inventar coartadas y estrategias, se derrumbó. No porque fuera viejo y se sintiera cansado y acabado, sino porque la vida del búnker era para él lo más verdadero del mundo, y no podía ser el primero en ponerla en duda: siendo Kerstin nieta e hija a partes iguales e inseparables, no concibió que Habicher, nombrando una, no supiera de la otra.

Estaba trastornado, y unas horas después había de confesarlo todo en detalle. Los policías decidieron llevarlo a la comisaría. Sin quererlo, Habicher tuvo otra confirmación de sus sospechas cuando, ya en la puerta y con el sombrero puesto, preguntó a Rosemarie, que lo miró con unos ojos inexpresivos, dónde estaban los otros. Quería decir los otros nietos, los hijos de Elisabeth que se habían criado con los abuelos, y por los que Habicher preguntaba para asegurarse de que estaban bien.

–Están con la madre –contestó Josef.

## 11. LOS SECRETOS SON SUEÑOS REALIZADOS

### LA DEPORTACIÓN

En poco tiempo la policía tuvo mucho que hacer. La declaración del ciudadano Josef Fritzl degeneró en un torbellino de frases incoherentes. Empezó a contar comenzando por el final, sin que los agentes entendieran una sola palabra. Hablaba de Elisabeth, pero ellos pensaban que se refería a otra mujer, a otra historia que quizá contaba para explicar mejor la suya. Costó hacerse una idea general. Habicher escuchaba atento. Para creer en el testimonio de Josef, tenía que esforzarse por separar las palabras del hombre de su aspecto risible e inofensivo. Estaban como en suspenso, esperando obtener autorización para entrar en la casa y comprobar cuánto de verdad había.

Los locales de la comisaría, tan normales y seguros, se convirtieron para los mismos funcionarios en el lugar menos conocido y más inquietante del mundo. No se enfrentaban a un simple delincuente, sino a algo completamente nuevo. Se sentían desarmados. Parecía que había entrado la amenaza más terrible para la supervivencia de todos. Las armas de las que disponían resultaron de pronto juguetes inútiles. Los peores criminales con los que tenían que vérselas no dejaban de ser humanos. Aquél, en cambio, era un demonio salido de la tierra.

Una mujer que hacía guardia durante el interrogatorio vomitó. Uno de los oyentes, un agente que sudaba aunque se había arremangado, se orinó en los pantalones y tuvo que dejar la sala. Todo el mundo acabó convencido de que el mal había vencido una vez y para siempre.

Antes de proceder al registro de la casa de Fritzl había que disponer del examen del ADN del hombre y de la muchacha ingresada en el hospital. Hubo una gran agitación; no pocas personas tuvieron conocimiento de aquellas confusas declaraciones que en muchos puntos parecían contradictorias. Incluso el juez que instruía el caso ordenó las primeras diligencias sin tener una idea muy clara. Había que comprobarlo todo, y se sabía que completar el rompecabezas llevaría tiempo. La preocupación de que no hubiera filtraciones pasó a ser prioritaria. Incluso al juez se le pidió que asistiera con discreción a la apertura del lugar secreto. Todos los poderes tutelares de la democracia fueron convocados.

La realidad del monstruo en aislamiento pronto trascendió los muros de la cárcel de Sankt Pölten. Se decía que en la ciudad de Amstetten se había perpetrado el más complejo crimen contra el ser humano.

Un primer grupo de fotógrafos convocados por el tribunal se presentó en la casa de Ybbsstrasse. La policía científica lo tenía todo preparado: irrumpieron en la vivienda, bajaron las escaleras y se hallaron ante la librería que tapaba la primera de las diminutas puertas de acceso. Los agentes estaban inmóviles y asustados de pensar lo que verían, y tras ellos estaba Rosemarie. Sauer, que sin ser visto se había colado por el jardín, estaba arrodillado ante el ventanuco del sótano. Metido en la boca del lobo, llamó a la ventana y por gestos preguntó a Rosemarie qué ocurría. Un agente se lo llevó a la fuerza y lo intimó a encerrarse en su casa.

Retiraron la librería y vieron la primera puerta, tal como había dicho Fritzl, que aunque había descrito el búnker con todo lujo de detalles, además de perder la esperanza de continuar su vida con Elisabeth había olvidado los códigos de acceso del cierre electrónico. Falsificarlos habría requerido mucho tiempo, pues el mecanismo que había ideado constaba de un sistema de doble combinación numérica. Llegaron los obreros demoledores con martillos neumáticos. Rompieron el muro alrededor del marco de la puerta, pero al final se vieron obligados a renunciar: por allí era imposible entrar. El cemento armado pesaba toneladas, y como el contramarco, reforzado con acero, estaba encastrado en el muro con más tirantes y armaduras, decidieron perforar dos metros más allá. Con los golpes violentos de los operarios, los ladrillos caían en el hueco con un ruido cada vez más sordo. La luz se filtraba por la brecha, que expulsaba bocanadas de polvo. Varias veces tuvieron que cambiar las puntas de los martillos neumáticos porque se sobrecalentaban.

Aunque la policía sabía que había dos huecos y tres puertas, miraban el boquete con la respiración suspendida, esperando ver ya salir a alguien. Quitar los escombros, sin embargo, llevaba más tiempo que perforar.

No pocos empezaron a mirar el reloj. Unos para apuntar la hora exacta del descubrimiento, otros porque se sentían agotados, como puestos a prueba. Lo que más rabia les daba, en aquellas horas pasadas con el pañuelo en la boca, era que para saber la verdad debían seguir paso a paso las instrucciones de Josef Fritzl.

En el primero hueco encontraron dos sillas rotas, un tubo flexible defectuoso y

sobras de material eléctrico. Pero al perforar el segundo muro hallaron una especie de almacén. Estaba lleno de paquetes de compresas y pañales, servilletas, rollos de papel higiénico, botellas y conservas. Los escombros y el polvo cayeron sobre aquellas cajas aún embaladas como lo viejo sobre lo nuevo, como el caos sobre el orden.

La expedición fue complicándose conforme se acercaban al mundo subterráneo, porque no sabían cómo reaccionar, qué pensar, qué hacer. En cuanto comunicaran los dos mundos, la consternación inundaría sus corazones.

Llamaron por sus nombres a las personas de las que Josef había hablado, con la sensación de poner un nombre a Nadie, de convocarlo a la existencia por el mero hecho de nombrarlo. Aún había alguien que esperaba que todo fuera mentira; no los habría decepcionado ver que el último muro era macizo, que al otro lado no había ningún recinto, ningún búnker, ningún niño convertido en esclavo. Dejarían la demolición en aquel punto, los utensilios en el suelo. Desandando el camino exhalarían un suspiro de alivio, y la investigación consistiría entonces en comprender por qué un hombre anciano se inventaba una historia tan absurda. Pero los hombres siguieron golpeando hasta que notaron que el muro era más sólido y al otro lado sonaba a hueco. Los martillos neumáticos tampoco podían perforar mucho. Había que mantenerlos horizontales y así no rendían al máximo. Además, los operarios estaban agotados. Por eso decidieron desmontar el marco de aquella última puerta. Dos horas emplearon en hacer ceder el quicio de acero, y cada cierto tiempo interrumpían el trabajo para llamar a aquellas personas de las que no oían un ruido, una voz, una señal.

Saltaron los goznes. Cuando retiraron la puerta monolítica, que dejaron apoyada a la pared, en el suelo se dibujó un cuadrado de luz. El juez quiso abrirse paso entre los operarios, pero Albert Habicher, que hasta aquel momento había estado mirando, lo detuvo; sin dar tiempo al juez a reaccionar, se coló por el hueco. Cuando una vez dentro se enderezó como pudo –era muy alto para aquellos techos tan bajos–, se los encontró delante. Dispuestos en orden de altura, Stefan, Elisabeth y Felix estaban ante Habicher como los indígenas de América cuando vieron desembarcar a los españoles, no creyendo que eran humanos.

El policía estaba más asustado que ellos. Los miraba incapaz incluso de responder a los colegas que al otro lado le preguntaban qué había encontrado.

Quería concentrar sus ojos en los niños –atemorizados y curiosos–, pero no podía apartarlos de Elisabeth, que frunciendo furiosamente el ceño, estrechó contra sí a sus hijos y poco a poco empezó a retroceder.

Los tres iban vestidos con mucha ropa, como si se dispusieran a emprender un largo viaje cuya meta no conocían y que duraría el resto de sus vidas. La deportación empezaba en aquel momento.

Cuando oyeron que los golpes se aproximaban, Elisabeth cogió de prisa las cosas que creía necesarias. Se pusieron unas sobre otras camisas, chaquetas, pijamas, abrigos que nunca fueron tan útiles, y se llenaron los bolsillos con gorros de lana, comida y medicamentos. Elisabeth llevaba al brazo con el mísero tesoro de sus objetos una cesta de mimbre que por no haberse usado en tantos años se veía maltrecha como una maleta que hubiera recorrido el mundo. Contenía la fortuna de ellos, toda su pobre riqueza. En la otra mano llevaba una bolsa de plástico con dos nudos llena de fotografías y dibujos de aquellos hijos que Josef estaba criando en la superficie, y el sagrado trozo de cristal que había guardado encima del armario tanto tiempo.

Parecía una vieja leona, decrepita pero fiera; la nariz aguileña, el rostro demacrado, la frente cuadrada, como si hubiera tomado las facciones de los hijos retrasados para que no se sintieran diferentes. Habicher se sintió demasiado plétórico de salud y conocimiento de la vida para no conmoverse. Lloró en silencio, preguntándole, aunque sólo mentalmente, adónde quería ir con aquella pinta. Dónde esperaba que sus hijos tuvieran una acogida misericordiosa. La miraba con la cabeza gacha, apesadumbrado por hallarse ante ella sin saber qué hacer. Sólo sabía lo que el mundo querría de ella, lo que haría con ella, cómo abusaría de ella. En unos instantes las personas con las que había llegado vaciarían el búnker y con ello sus vidas.

La familia fue llevada secretamente a la clínica Mauer, donde, lejos de ojos indiscretos, en las horas siguientes recibieron los cuidados necesarios. Habicher y un grupo de agentes volvieron al búnker para inspeccionarlo.

El agente pasó las palmas abiertas por las paredes, como hizo Josef años antes creyendo que el muro había raptado a Elisabeth. Pero, al contrario que éste, no advirtió nada. El cemento era demasiado sólido, demasiado patente, y la mente de Habicher estaba demasiado acostumbrada a la luz del sol para descifrar el código del subsuelo. Aunque todas las estancias estaban llenas de señales, él no vio ninguna. Miró las estrellas marinas de papel, recortadas, coloreadas con

pastel y pegadas a la pared del baño, miró el pulpo que trepaba por el borde de la bañera con sus tentáculos, miró los pececitos y las burbujas de aire que subían por las paredes, los miró uno a uno pero no los vio. Repasó los cuadernos de páginas arrancadas, los avioncitos que recogió de debajo de las camas: buscó en ellos un indicio que le permitiera entender pero no lo encontró. Abrió los armarios y halló revueltos juguetes y ropa, pero tampoco los vio. En un cajón, cogidos con una goma, encontró un biberón y un sacaleches, pero no los entendió. Y no vio los detergentes bajo el fregadero de la cocina y en el baño, como en todas las casas del mundo. No vio las estrellas fosforescentes pegadas al techo del cuarto de los niños. No vio las marcas de los dedos en las paredes manchadas de carboncillo y rotulador, no vio las huellas en los vasos, los garabatos infantiles en las paredes. No vio los juegos de mesa ni los libros de cuentos. No vio el jarabe caducado ni los complementos alimenticios, y eso que todo lo miraba con el ceño fruncido, y lo estudiaba con el pensamiento. Vio una ventana dibujada con tiza en la pared pero no se asomó.

Algo dentro de él le había sugerido, en el momento de entrar en el búnker, que todo aquello debía de tener algún sentido. Ahora, sin embargo, se convenció de que era él quien quería encontrárselo, y en realidad aquel lugar no revelaba otra cosa que la horrible realidad de los hechos. Cuando al final de la jornada un colega se le acercó y dijo que era realmente tremendo, y sólo la pobre Elisabeth podría contar la verdad, Habicher sacudió la cabeza, perplejo:

–No lo sé –dijo suspirando–, no lo sé.

## LA PAJARERA

Habicher no vio la doble realidad de aquellas estancias, y tampoco los que entraron después en el búnker la atisbaron, porque la buscaban entre aquellos muros y no en el corazón de los supervivientes. En él se guardaba el sentido de la historia de Josef y de Elisabeth, quien, quizá, creyó en el proyecto del padre mucho antes que él.

Tenía apenas cinco años cuando, jugando a pillarse con su padre, acabaron en la pajarera que había al fondo del jardín. Distaban de casa mil millas, días y días de camino y carreras los separaban de Rosemarie y los hermanos. Huyendo de aquel ogro cariñoso, con una angustia gozosa, la niña se había escondido en un cuarto luminoso hecho de madera y malla metálica, dentro del cual había otro

igual, más pequeño. Las puertas de los dos recintos no estaban comunicadas, para que los canarios que el hombre criaba en el segundo, si llegaban a escaparse, no pudieran irse volando. Elisabeth, ya sin escapatoria, dando golpes con los pies en el suelo por la excitación de verse pillada, se echó a reír con el corazón palpitante, abandonando de pronto el juego para recordar que eran padre e hija. Y entonces se abrazaron con todo el amor que sentían.

Cuando, años después, Josef excavó el búnker, halló enterrada la idea de un pajarera perfecta en la que tener protegido al pajarito más frágil. El búnker existía aun antes de que los ladrillos se pegaran con argamasa. Estaba ya dentro de la locura del hombre, y la locura en el vientre de la tierra.

Para que Elisabeth reconociera la pajarera, Josef tuvo que pintársela, como el Coyote, habría dicho Felix. Sólo entonces la idea se convirtió en realidad; la imagen del túnel pintado se transformó en una forma de proseguir su vida juntos.

La verdadera libertad del hombre es haber nacido. Ponerla luego en peligro no hace sino volver más firme la certeza de haberla tenido: hacerlo es tarea de todos, pero conseguirlo es privilegio de unos pocos. Uno de éstos era Elisabeth, que acabó creyendo en la obra del padre hasta el punto de meterse en aquel túnel por voluntad propia, y seguir corriendo sin que la persiguieran. La magia es real sólo para quien sueña la vida que vive.

Que no se diga que Elisabeth creció en el búnker. Elisabeth creció con el búnker, y ahora podemos decir en qué consistía la locura de Josef: creía que la vida pertenecía sólo a los deseos y no al mundo en el que nacían; creía que la vida podía reducirse a sí misma.

## LA RENDICIÓN

Se celebró el juicio. Le pusieron delante una cámara de vídeo. Elisabeth empezó a declarar, a contar la historia que durante veinticuatro años había transcurrido paralela a la de la humanidad. En la sala se crearon dos bandos. Uno infinito, que salía por las puertas y bajaba por las escaleras del tribunal, presidido por hombres y mujeres que pedían la muerte del monstruo. El otro, compuesto por Josef y su abogado; el primero esposado y con la cara tapada con una carpeta vacía, el segundo sudado y apurado. En medio estaba Elisabeth, profundamente marcada, con el cabello gris pese a que no tenía más que cuarenta y dos años. La ropa ordinaria que la secretaria del tribunal le había

facilitado –y con las que las uniformadas mujeres cubrieron su cuerpo como con un velo piadoso– volvía precaria su liberación, que aún no se había producido del todo.

Fuera cual fuera la expresión de Josef en aquel momento, con la cara tapada con la carpeta, nadie la vio. Lo cierto es que, en un momento dado, el dolor de oír a su hija tratando de explicar lo que sólo ellos podían comprender lo venció y no pudo seguir con los brazos levantados sosteniendo el objeto ante la cara. Los jueces se estremecieron cuando lo vieron quitarse la máscara. Asociaron de pronto las palabras de Elisabeth a aquel rostro de viejo perdido. Inmóvil por momentos, y por eso tanto más inquietante, reducido a un silencio tan absoluto que casi parecía un ser inofensivo.

De pronto la voz de Elisabeth se quebró. Acababa de darse cuenta de que todo se había acabado.

Los jueces, el fiscal y los funcionarios, el jurado popular con las manos en la boca, los pocos periodistas que dejaron de tomar notas, todos se pusieron a la escucha de aquel silencio interminable. En el banquillo del tribunal hubo un hervidero de voces que duró unos instantes. Se concedió una tregua para que Elisabeth pudiera recogerse.

Viendo a aquellas personas que, a las palabras del juez, volvían a moverse como si estuvieran esperándolo impacientes, Elisabeth aprendió la primera gran lección del mundo al que había vuelto: supo que en la vida incluso el dolor pasa, incluso el dolor se olvida. Parecía tan profundo que nada lo extirparía de su alma, mientras que con el tiempo, en cambio, entre gente, no dejaría de mitigarse. Era el primer fallo de la vida con la que ahora se enfrentaba. Tuvo la clara conciencia de que sólo lo que consiguiera retener en la memoria perduraría.

Ya al día siguiente le pareció difícil seguir aquel propósito cuando reanudó su declaración: la encargada de la cámara de vídeo, cautivada por sus palabras, olvidaba pasar la cinta, por lo que parte de su historia se grabó con muchas omisiones. Parecía que el mundo era fisiológicamente incapaz de asimilar sus memorias.

Fuera estalló una guerra entre quienes querían que se colgara al monstruo de Amstetten y los delegados de las más eminentes asociaciones humanitarias, que acudieron a defender al ciudadano Josef Fritzl. Aunque luchando entre sí, las dos facciones dependían del hombre de uniforme que cada cierto tiempo salía de la

sala para informarlos del desarrollo del juicio. Sus gritos, aunque atenuados por los muros del juzgado, llegaban a Elisabeth como lamentos de almas en pena.

Cuando terminó la segunda sesión de su interrogatorio, y salió del pasillo subterráneo que conducía fuera del tribunal, Elisabeth sintió el viento en la piel, un viento que le trajo olores, recuerdos que no sabía que tenía, y aunque se emocionó, sintió también que, con la misma rapidez de aquel viento, podía esfumarse la posibilidad de dar un sentido al dolor de aquellos años que se esforzaba por conservar. Cuando uno llega a esta visión de la vida, no puede explicarla. Deja de necesitar al mundo. Pero no era en el mundo donde Elisabeth encontraría la paz, ni era paz lo que necesitaría. Vivir, en adelante, sería una lucha sin cuartel, sin razones. Buscar la felicidad aún tendría sentido si fuera no una distancia que había que recorrer, sino algo que puede construirse con lo que se tiene. La felicidad, pues, ya no consistía en ir lejos, sino en poder crear las condiciones para ser feliz. Fuera del búnker, temió haber perdido para siempre aquellas condiciones.

En la sala, escuchando las palabras del fiscal y del defensor de Josef, Elisabeth sacudió la cabeza por tercera vez, aunque sólo para sus adentros. Se dijo que no, que así no había sido. Aquellos hombres no entendían. Reconstruían los hechos basándose en puras conjeturas, ideas que no tenían nada que ver con la complejidad de los hechos. Miraba fijamente hacia el banco de los testigos, pero sabía que Josef la miraba. Quería volverse y hacerle un gesto con la cara como diciéndole: «¿Qué saben ellos, papá?»

Por casualidad cruzó la mirada con Habicher. De pie, apoyado en la pared lateral de la sala, cruzaba y descruzaba los brazos sin cesar. A diferencia de lo ocurrido en el búnker, esta vez el policía no apartó la mirada. Quería que sus ojos se abrieran camino por los de Elisabeth, pero ésta volvió la cabeza despacio, dejándolo fuera de su campo visual. No le concedería la paz que el hombre llevaba años buscando. La misma paz que la gran Austria había puesto en la Constitución y que al final no fue sino olvido: los habitantes del barrio de los Fritzl, siempre tranquilos y pacíficos, para no ceder a la desolación, rascaron incluso sus nombres de los timbres. Lo hicieron con tal frenesí que habrían borrado su misma existencia.

Dada la dificultad que Elisabeth tenía para dar una idea fiel de todos sus sentimientos –incluidos los de aquellas últimas horas–, la absolución que Habicher deseaba podía muy bien no producirse. Si era incapaz de expresar toda la verdad, al menos procuraría que no creyeran que habían entendido.

En la otra punta de la sala, Josef, esposado como siempre, doblaba la esquina de un folio que tenía delante y rumiaba. Le pareció que el juicio seguía adelante sin ellos; sin Elisabeth y sin él. Allí dentro, todos estaban convencidos de cosas demasiado absurdas para que él las interrumpiera y rectificara. De pronto se sintió idiota por no haber comprendido desde el primer momento lo que significaba haber dado otra vez vida a la familia que había tenido con Rosemarie en aquel recinto secreto. Estaba convencido de que al menos Elisabeth lo había comprendido.

## TU PADRE

Al final del tercer día de juicio, Elisabeth había completado su versión de los hechos. Dieciocho horas en total, extenuantes, sólo interrumpidas por traguitos de agua, al término de las cuales el tribunal, habiendo reunido todas las pruebas posibles, fijó fecha para el alegato del fiscal.

Tocaba ahora a los hijos. Kerstin, que seguía en coma en el hospital, ni aun queriendo habría podido testificar, y del pequeño Felix, como no era mayor de edad, ni se habló. Los exámenes psiquiátricos dieron a entender que, con las debidas precauciones, sería posible interrogar a Stefan, si él accedía. Cuando por la noche Elisabeth volvió al hospital y preguntó a Stefan si tenía intención de presentarse en la sala, él se tomó la cuestión muy a pecho. Su madre tuvo mucho tacto y le dijo que se lo pensara; no había ninguna prisa, y en caso de que no se viera con ánimos... Pero Stefan la interrumpió, pues no tenía dudas:

–No, mamá.

Elisabeth le pidió que recapacitara, pero Stefan replicó:

–También es tu padre, no lo olvides. –Y, avergonzado, bajó la cabeza.

Ninguno de sus hijos le había hablado nunca así. Elisabeth se sintió como esas madres cuyos hijos, muchas veces ya en la infancia, les dicen que ya no tienen nada más que aprender de ellas. En esos momentos se queda una atónita; pero hay que ser capaces de contestar.

Durante los dieciocho años de vida de Stefan, Josef había entrado y salido del búnker como cualquier padre entra y sale de casa por la mañana y por la noche, criándolo sin que le faltara de nada. Aquella vida juntos había tenido sentido, había sido su forma de sentido.

El muchacho seguía esperando la reacción de la madre, y la miraba de reojo.

–No te preocupes, cielo –le dijo, y se abrazaron. En la habitación

desguarnecida, en la segunda planta de la clínica que los había acogido, esperaron largo tiempo abrazados a que el día acabase.

La prensa dijo escandalizada que la decisión de Stefan era un absurdo más de los muchos que presentaba el caso. No faltó quien afirmó que la locura de Josef, en todos aquellos años, había acabado contagiando al muchacho. Nadie comentó aquella decisión de otro modo, ni la opinión pública tuvo en cuenta que lo primero que hizo Kerstin cuando salió del coma fue preguntar por su padre.

Los cargos que hasta aquel día pesaban sobre Josef eran secuestro de persona, violación repetida, incesto, sometimiento a esclavitud y ocultamiento de cadáver. La condena de la que se hablaba era de solamente tres años y medio de cárcel. El fiscal quiso averiguar si la muerte del pequeño Michael había sido natural o si la había causado él, para pedir cadena perpetua.

En los momentos en que parecía que Josef saldría bien parado después de todo, y en la sala se levantaba un gran clamor, Elisabeth lo miraba. La suya no era piedad por un viejo, cansado, encorvado y lento de movimientos. Había algo más. Los ojos del padre, que aún brillaban con orgullo en medio de un cráneo apagado como un caja oscura, aquellos ojos azules que a todos daban miedo, eran algo en lo que se reconocía. Contenían lo poco que también ella llevaba dentro, y que defendería hasta el final. Pensó que Josef se le parecía más de lo que los presentes podían notar. Desde luego, también en ella había tomado la vida un aspecto curvado, replegado hacia dentro como en busca de refugio. El tiempo les había minado el cuerpo a los dos, y sus ojos, temerosos de un mundo tan feroz, retrocedían del mismo modo. Aunque en las largas horas del juicio habían procurado poner de manifiesto la diferencia entre el verdugo y la víctima, padre e hija seguían pareciéndose, más allá de todo. Elisabeth pensó que sólo podría hacerse justicia si era una justicia compartida como compartido había sido el búnker, y, como éste, tan ceñida que nadie más cupiera. Si se hacía justicia, no sería la que saliera de aquella sala en la que deliberaban. Pasando a través de los recuerdos que tenían en común, saldría de dentro de ellos. Quizá los envolvía ya. Quizá pronto posaría sobre sus cabezas un velo común, como si fueran jóvenes esposos.

Cuando supo que la salud de Kerstin había mejorado, Josef tuvo fuerzas para responder al gesto de Stefan con una carta. Le habló del gran amor que sentía por todos ellos, y le pidió que fuera fuerte y cuidara de su madre. En la siguiente sesión del juicio, Josef se puso en pie y dijo con voz digna que había matado al

pequeño Michael, porque, necesitado de cuidados, no había hecho nada para salvarlo.

Por último tocó a Rosemarie, que, por falta de pruebas, quedó absuelta de la acusación de complicidad. En los meses siguientes se habló mucho de su persona, de si realmente no sospechó nada del delito que estaba cometándose en el sótano de su casa o, al contrario, estaba al corriente de todo. Un año después se habían hecho nuevas averiguaciones que parecían demostrar que, aunque el búnker estaba insonorizado, algo de lo que ocurría entre sus paredes tendría que haber trascendido. Era imposible que, en las noches sin viento, la mujer no hubiera oído ese ruido sordo, percutivo, que se propaga por ciertas viejas cañerías cuando la presión del agua varía, los golpes dados con cuchillos, cucharas o tenedores en los tubos de ventilación, el ruido de las puertas blindadas, las voces transmitidas por los conductos de lavabos y bañera.

## EL FUTURO

Su historia aún no ha acabado porque siguen vivos.

Ninguna historia verdadera puede acabar, es absurdo creer lo contrario. En alguna parte debe de haber aún una palabra. Quizá, como sugirió Stefan de pequeño, hay que buscar esa palabra en el hecho de que su mundo era más grande, sobre todo cuando abrían los brazos para significar lo muy grande que era. Quizá está en el silencio, o en las palabras incomprensibles que Elisabeth, durante el juicio, olvidando que tenía micrófonos delante, murmuraba constantemente, dejando que salieran de su boca como si fueran un hilo con el que recuperaba lo que tenía de más profundo en su ser, una cuerda a cuyo extremo había atado el objeto de su entendimiento: «No hay cosa más poderosa que una mujer con secretos.»

Terminada la declaración, se llevó la mano a la cadenita que llevaba al cuello con un ademán que le diera seguridad, y estrechó entre los dedos la piedra que Josef le había regalado hacía tantos años. El cristal devolvió la luz intacta, absolutamente clara, del sentido de todo lo que había ocurrido: incluso la muerte de Michael y el montoncito de cenizas que dejó, toda la soledad, la pobreza, el temor de no sobrevivir y el miedo a verse solos en el mundo, la desesperación y la falta de fuerzas habían sido definitivamente el bien más grande.

*Título de la edición original:*  
Elisabeth

Edición en formato digital: octubre de 2012

© de la traducción, Juan Manuel Salmerón, 2012

© Giulio Einaudi editore s. p. a., 2011

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2012  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3407-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)  
[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)